

Steven Brust

---

# YENDI

---

# DUELO DE RUFIANES

---

SERIE DE VLAD TALTOS 2



Lectulandia

En Adrilankha, la vida de un asesino no tiene mucho valor, sobre todo si es humano, ha comprado un título de la Casa Jherreg y controla los bajos fondos de uno de los barrios de la ciudad. Vlad Taltos, sin embargo, ha logrado hacerse un hueco en la sociedad dragaerana y está dispuesto a defender sus privilegios.

Unos pocos incidentes fronterizos con otro cabecilla Jherreg desembocan en una guerra abierta, y Vlad se descubre comprometiendo todos sus recursos en un conflicto que no puede ganar. Porque una guerra necesita, ante todo, financiación: gastos de protección contra hechicería, contratación de matones, pago de sobornos, sin contar la caída de los ingresos motivada por los disturbios.

Vlad Taltos, acostumbrado a actuar como cazador, descubre que esta vez él es la presa. Y sabe que *nadie* es capaz de eludir la muerte indefinidamente...

**Lectulandia**

Steven Brust

**Yendi**

**Duelo de rufianes**

**Vlad Tatlos 2**

ePub r1.0

epublector 13.06.14

Título original: *Yendi*  
Steven Brust, 1984  
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: epublector  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Reen, Coru'in, Afiara, Carolyn y mi suegro Bill.*

# Introducción

Cuando era joven, me enseñaron que cada ciudadano del imperio dragaerano nacía en una de las diecisiete Casas, que recibían su nombre de un animal. También me enseñaron que los humanos, u «orientales», como yo, éramos escoria sin valor. Me enseñaron que nuestras únicas alternativas, si queríamos llegar a tener algo, era jurar fidelidad a algún señor e integrarnos en la clase campesina de la Casa del Teckla, o bien, como hizo mi padre, comprar un Título de Nobleza de la Casa del jhereg.

Más tarde, encontré a un jhereg salvaje, lo amaestré y me dispuse a dejar huella en la sociedad dragaerana.

Cuando fui mayor, descubrí que casi todo cuanto me habían enseñado eran mentiras.

# El ciclo

El fénix se sume en la decadencia,  
el altivo dragón matar ansia.

El lyorn gruñe y baja el cuerno,  
el tiassa sueña y nacen las conspiraciones.

El halcón observa desde su orgulloso vuelo,  
el dzur acecha y se funde con la noche.

El issola impresiona con su elegante reverencia,  
el tsalmothb se mantiene aunque nadie sabe cómo.

El vallista destruye y luego reconstruye,  
el jhereg se alimenta de la caza de los demás.

El sigiloso iorich no olvida,  
el astuto chreotha teje su nido.

El yendi se aovilla y golpea, invisible,  
el orea describe círculos, poderoso y esbelto.

El asustadizo teckla se esconde en la hierba,  
el jhegaala cambia a cada momento,

El athyra gobierna el intercambio de mentes,  
el fénix resurge de las cenizas, gris.

# 1

## «Mantente apartado, por si se ponen rudos»

Kragar dice que la vida es una cebolla, pero no se refiere a lo mismo que yo.

Habla de pelarla, de profundizar cada vez más, hasta que al final llegas al centro y no hay nada. Supongo que hay algo de verdad en eso, pero durante los años que mi padre poseyó un restaurante, nunca pelé una cebolla, sino que las cortaba a trocitos. La analogía de Kragar no tiene mucho sentido para mí.

Cuando digo que la vida es una cebolla, me refiero a esto: si no haces nada con ella, se pudre. En eso, no se diferencia de ninguna verdura, pero cuando una cebolla se hace mala, puede ser desde el interior o el exterior. A veces, ves una que tiene buen aspecto, pero el núcleo está podrido. En otras, ves un punto negro en la superficie, pero si lo cortas, el resto está bien. El sabor es fuerte, pero para eso pagas, ¿no?

A los Señores Dzur les gusta imaginar que son jefes de despensa, y que van por ahí cortando la parte podrida de las cebollas. El problema es que, por lo general, no saben diferenciar las buenas de las malas. Los Señores Dragón son especialistas en localizar los puntos malos, pero cuando encuentran uno, prefieren tirar toda la cesta. Un Señor Halcón encontrará un punto malo cada vez. Te observará mientras cocinas la cebolla y te la comes, pero cabeceará sagazmente cuando la escupas. Si le preguntas por qué no te avisó, aparentará sorpresa y dirá: «No me lo preguntaste».

Podría continuar, pero ¿para qué? En la Casa Jhereg, se nos dan una cagada de teckla los puntos malos. Nosotros nos dedicamos a vender las cebollas.

No obstante, en ocasiones alguien me paga para eliminar un punto malo. Esto me ha reportado hasta el momento tres mil doscientos imperiales de oro, y para aliviar la tensión fui a visitar al grupo más o menos permanente reunido en la fortaleza de lord Morrolan. Estoy en su nómina como consejero de seguridad, lo cual me dispensaba una invitación a perpetuidad.

Lady Teldra me recibió cuando me recuperé de la teleportación, y me encaminé a la sala de banquetes. Examiné la masa de humanidad (utilizo la palabra de una forma aproximada) desde el portal, en busca de caras conocidas, y no tardé en localizar la forma alta de Morrolan.

Los invitados que no me conocían me siguieron con la mirada cuando avancé

hacia él; algunos hicieron comentarios destinados a mi oído. Siempre atraigo la atención en las fiestas de Morrolan, porque soy el único jhereg presente; porque soy el único «oriental» (léase humano) presente; o tal vez porque voy con mi familiar jhereg, Loiosh, a lomos de mi hombro.

—Hermosa fiesta —dije a Morrolan.

¿Dónde están las bandejas de tecklas muertos, ¿eh?, dijo Loiosh psiónicamente.

—Gracias, Vlad. Me complace que hayas venido.

Morrolan siempre habla así. Creo que no puede evitarlo.

Nos acercamos a una mesa donde un criado estaba sirviendo catas de diversos vinos, comentando sus virtudes. Cogí una copa de Darloscha tinto y lo sorbí. Bueno y seco, pero habría estado mejor frío. Los dragaeranos no entienden de vinos.

—Buenas, noches, Vlad, Morrolan.

Me volví y dediqué una reverencia a Alieria e’Kieron, prima de Morrolan y heredera del trono Dragón. Morrolan se inclinó y apretó su mano. Sonreí.

—Buenas noches, Alieria. ¿Algún duelo en perspectiva?

—Pues sí. ¿Te has enterado?

—De hecho, no. Sólo era una broma. ¿De veras hay un duelo programado?

—Sí, para mañana. Un teckla de un Señor Dzur reparó en mi forma de andar y comentó algo.

Meneé la cabeza y chasquéé la lengua.

—¿Cómo se llama?

Alieria se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo averiguaré mañana. ¿Has visto a Sethra, Morrolan?

—No. Supongo que está en la Montaña Dzur. Quizá venga más tarde. ¿Es importante?

—No. Creo que he aislado un nuevo factor regresivo e’Mondaar. Puede esperar.

—A mí sí me interesa —dijo Morrolan—. ¿Quieres hacer el favor de hablarme de ello?

—Aún no estoy segura de lo que es...

Los dos se alejaron. Morrolan, a pie. Alieria, la dragaerana más corta de estatura que he conocido jamás, levitaba; su vestido azul plateado llegaba al suelo para ocultar la circunstancia. Alieria tenía el pelo dorado y los ojos verdes..., por lo general. Si bien no la llevaba en aquel momento, tenía una espada más larga que ella. Había sacado la espada de la mano de Kieron el Conquistador, el fundador de su linaje, en los Senderos de los Muertos. Una historia muy interesante, pero da igual.

En cualquier caso, se alejaron. Renové mi vínculo con el Orbe Imperial, lancé un pequeño conjuro y enfrié el vino. Volví a beber. Mucho mejor.

*El problema de esta noche. Loiosh, es ¿cómo voy a echar un polvo?*

*A veces me das asco, jefe.*

*Explícamelo.*

*Aparte de eso, si eres el dueño de cuatro burdeles...*

*He decidido que no me gusta ir a burdeles.*

*¿Eh? ¿Por qué no?*

*No lo entenderías.*

*Ponme a prueba.*

*De acuerdo. Digámoslo así el sexo con las dragaeranas se acerca bastante al bestialismo. Con putas, es como pagar por... lo que sea.*

*Sigue, jefe. Termina la frase. Me has picado la curiosidad.*

*Oh, cierra el pico.*

*¿Por qué te pone tan cachondo matar gente?*

*Has dado en el clavo.*

*Necesitas una esposa.*

*Vete a la Puerta de la Muerte.*

*Ya fuimos una vez, ¿te acuerdas?*

*Sí, y también recuerdo lo que sentiste al ver al jherreg gigante.*

*No empecemos otra vez, jefe.*

*Entonces, deja en paz a mi vida sexual.*

*Tú sacaste el tema a colación.*

No podía decir nada al respecto, así que lo dejé correr. Bebí vino de nuevo, y experimenté esa sensación peculiar y acuciante de «tendría-que-haber-pensado-en-algo», heraldo de que alguien intenta entrar en contacto psiónico conmigo. Localicé al instante un rincón tranquilo y abrí mi mente para el contacto.

*¿Cómo va la fiesta, jefe?*

*Bastante bien, Kragar. ¿Qué sucede que no puede esperar a mañana?*

*Tu limpiabotas ha venido. Mañana van a nombrarle heredero del trono de Issola, así que está terminando sus compromisos.*

*Muy divertido. ¿Qué pasa, en realidad?*

*Una pregunta. ¿Has abierto un nuevo garito de juego en Malak Circle?*

*Claro que no. Ya te habrías enterado.*

*Eso pensaba. Entonces, tenemos un problema.*

*Entiendo. ¿Algún patán convencido de que no íbamos a darnos cuenta, o alguien que intenta introducirse por la fuerza en el negocio?*

*Parece profesional, Vlad. Tiene protección. ¿Cuántos?*

*Tres. Y conozco a uno. Ha hecho «trabajos».*

*Oh.*

*¿Qué opinas?*

*Kragar, ¿sabes lo que pasa cuando no se vacía un orinal durante días?*

*¿Sí?*

*¿Y sabes que, cuando por fin se vacía, queda toda la mierda pegada en el fondo?*

*¿Sí?*

*Bien, pues yo me siento como esa mierda.*

*He comprendido el mensaje.*

*Voy enseguida.*

Encontré a Morrolan en un rincón con Alieria y una dragaerana alta que tenía los rasgos faciales de la Casa del Athyra e iba vestida de color verde bosque, de pies a cabeza. Me miró por encima del hombro, figurada y literalmente. Es frustrante ser al mismo tiempo jhereg y oriental; la gente te desprecia por ambos motivos.

—Vlad —dijo Morrolan—, te presento a la Hechicera Verde. Hechicera, éste es el baronet Vlad Taltos.

Asintió, casi de forma imperceptible. Realicé una profunda reverencia, arrastrando el dorso de la mano por el suelo hasta posarla sobre mi cabeza.

—Benévola dama, estoy tan encantado de conoceros como vos de conocerme a mí —dije.

La mujer se puso rígida y desvió la vista.

Los ojos de Alieria destellaron.

Morrolan parecía preocupado, pero luego se encogió de hombros.

—Hechicera Verde —dije—, nunca he conocido a una athyra que no fuera hechicera, y verde por lo que veo, por lo tanto ignoro lo que el título...

—Ya es suficiente, Vlad —interrumpió Morrolan—, y ella no es...

—Lo siento. Quería decirte que ha pasado algo. Temo que he de irme. —Me volví hacia la Hechicera—. Lamento haceros esto, querida, pero no permitáis que os arruine la velada.

Ella me miró y sonrió con dulzura.

—¿Os gustaría ser un sapo?

Loiosh siseo.

—Te dije que lo dejaras, Vlad —dijo Morrolan con aspereza. Lo dejé correr.

—Me voy, pues —dije, e incliné la cabeza.

—Muy bien. Si puedo ayudarte en algo, avísame.

Asentí. Por desgracia para él, recordé el comentario.

¿Sabéis cuál es la única gran diferencia entre un dragaerano y un oriental? No es que sean mucho más altos y fuertes que nosotros; soy la prueba viviente de que el tamaño y la fuerza no son importantes. No es que vivan dos o tres mil años, comparados con nuestros cincuenta o sesenta; entre la gente con que me trato, nadie espera morir de viejo. Ni siquiera es que posean un vínculo natural con el Orbe Imperial, lo cual les permite utilizar la hechicería; los orientales (como mi difunto y nada llorado padre) pueden comprar títulos en la Casa del Jhereg, o jurar fidelidad a un noble, mudarse al campo y convertirse en un teckla, y así adquieren la ciudadanía

y consiguen el vínculo.

No, la mayor diferencia que he encontrado es ésta: un dragaetano puede teleportarse sin sentir el estómago revuelto a continuación.

\* \* \*

Llegué a la calle de mi oficina a punto de vomitar. Respiré hondo varias veces y esperé, mientras mis tripas se calmaban. Pedí a uno de los hechiceros de Morrolan que ejecutara el conjuro. Sé hacerlo, pero no soy muy bueno; un aterrizaje brusco empeora aún más las cosas.

En aquella época, mi oficina estaba en Copper Lane, en la parte trasera de un pequeño garito, que estaba en la parte trasera de una tienda de hierbas psicodélicas. Mis oficinas consistían en tres habitaciones. Una era una habitación de seguridad, que ocupaba Melestav, mi guardaespaldas-repcionista. A su derecha estaba el despacho de Kragar y los archivos, y detrás de Melestav mi despacho. Kragar tenía un pequeño escritorio y una silla de madera muy incómoda (no había sitio para nada más). La habitación de seguridad tenía cuatro sillas, que eran casi cómodas. Mi escritorio era un poco más grande que el de Kragar, más pequeño que el de Melestav, y había una butaca giratoria bien acolchada de cara a la puerta. Al lado de la puerta había dos sillas cómodas, una de las cuales ocupaba Kragar cuando hacía acto de aparición.

Dije a Melestav que avisara a Kragar de mi llegada y me senté a esperar ante mi escritorio.

—Eh, jefe.

—Oh.

Suspiré cuando comprendí que, una vez más, Kragar había entrado sin que yo lo advirtiera. Afirma que no lo hace a propósito, que le sale así de natural.

—¿Qué has descubierto, Kragar?

—Nada que no te dijera antes.

—Bien. Vamos a pulimos un poco de dinero.

—¿Los dos?

—No. Tú mantente apartado, por si se ponen rudos.

—De acuerdo.

Mientras salíamos me pasé la mano por el pelo. El movimiento permitió que mi brazo rozara el lado derecho de mi capa, y así me aseguré de que diversas armas estaban en su sitio. Con la mano izquierda me ajusté el cuello, y comprobé unas cuantas más de aquel lado.

Ya en la calle, eché un rápido vistazo a mi alrededor, y luego recorrí a pie la manzana y media que distaba Malak Circle. Copper Lane es lo que se llama una calle

de carreta y media, lo cual supone que es más amplia que muchas. Los edificios están apretujados, y la mayoría sólo tienen ventanas en los pisos altos. Malak Circle es una glorietta, con una fuente que, por lo que yo recuerdo, nunca ha funcionado. Copper Lane termina allí. Lower Kieron Road entra por la izquierda si te acercas por Copper Lane, y sale de nuevo, un poco más ancha, hacia adelante y a la derecha.

—Bien, Kragar —dije—, ¿dónde...? —Me detuve—. ¿Kragar?

—Delante de ti, jefe.

—Ah. ¿Dónde está?

—Primera puerta a la izquierda de la Taberna de la Fuente. Entra, sube la escalera, y a la derecha.

—Muy bien. Estate alerta.

—De acuerdo.

*Loiosh, intenta encontrar una ventana por la que puedas mirar. De lo contrario, sigue en contacto.*

*De acuerdo, jefe.*

Salió volando.

Entré, subí una escalera angosta, sin barandilla, y llegué arriba. Respiré hondo, comprobé mis armas una vez más y llamé.

La puerta se abrió al instante. El tipo que se asomó iba vestido con el negro y gris de la Casa Jherog, y llevaba una espada ceñida al costado. Medía casi dos metros treinta de alto y era más ancho de lo que es normal en los dragaeranos. Me miró desde la cumbre y dijo:

—Lo siento, Bigotes. Sólo humanos.

Y cerró la puerta. Los dragaeranos no parecen tener muy claro quiénes son los humanos.

Que me llamaran «Bigotes» no me molestó. Me lo había dejado crecer a propósito, porque los dragaeranos no pueden. Sin embargo, ser despedido de una casa de juegos que no podía estar allí sin mi permiso me desagradó inmensamente.

Examiné la puerta a toda prisa y descubrí que estaba cerrada con hechicería. Imprimí un giro a mi muñeca derecha y Rompchechizos, sesenta centímetros de cadena de oro delgada, cayó en mi mano. Golpeé la puerta y noté que el conjuro desaparecía. Escondí la cadena cuando la puerta volvió a abrirse.

El tipo entornó los ojos y avanzó hacia mí. Sonreí.

—Me gustaría hablar con el propietario, por favor.

—Veo que vas a necesitar ayuda para bajar la escalera —dijo, y siguió avanzando. Sacudí la cabeza.

—Es una pena que no seas capaz de colaborar con una sencilla petición, cadáver.

Se lanzó, y la daga de mi manga derecha apareció en mi mano. Me agaché bajo sus brazos. Quince centímetros de acero se hundieron entre su cuarta y quinta costillas, y

se retorcieron para alcanzar el esternón. Entré en la habitación mientras oía a mi espalda vagos gemidos y toses, seguidos por el ruido de un cuerpo al desplomarse. Contrariamente a lo que afirma el mito popular, el tipo seguiría vivo más de una hora, pero en contra de lo predicado por otro mito popular, estaría en estado de shock y no podría hacer nada para salvar su vida.

La habitación era pequeña, con una única ventana. Había tres mesas de piedras s'yang en acción, una de cinco jugadores, la otra de cuatro. La mayoría de los jugadores parecían tecklas, además de un par de jheregs y un tsalmoth. Luego, había otros dos jheregs que, como había dicho Kragar, daban la impresión de trabajar para el local. Se acercaron a toda velocidad, uno con la espada ya desenvainada. Vaya, vaya.

Interpuse una mesa entre uno de los atacantes y yo, y después la arrojé sobre él de una patada. En aquel momento, la ventana se rompió y Loíosh se lanzó contra el otro. Ya podía olvidarme del tipo durante unos minutos, como mínimo.

El tipo sobre el que había tirado la mesa, desparramando monedas, piedras y clientes, se tambaleó un poco. Desenvainé el espadín y le corté la muñeca cuando agitó el brazo ante mí. Soltó la espada y le propiné una patada en la entrepierna. Gimió y se dobló en dos. Descargué el pomo de mi espada sobre su cabeza y cayó como un saco.

Me dirigí hacia el otro.

*Basta, Loíosh. Déjale en paz y vigila mi espalda.*

*De acuerdo, jefe.*

El tipo intentó desenvainar la espada cuando me acerqué y Loíosh le dejó, pero yo ya había sacado la mía.

—Me gustaría hablar con el gerente —dije.

Dejó de moverse. Me miró con frialdad, sin el menor rastro de miedo en los ojos.

—No está.

—Dime dónde está y vivirás. De lo contrario, morirás.

Permaneció en silencio. Acerqué la punta de mi espada a su ojo izquierdo. La amenaza era clara: si destruía su cerebro, no podrían revivirle. Aún no distinguí señales de miedo.

—Laris —dijo.

—Gracias. Tírate al suelo.

Obedeció. Me volví hacia los clientes.

—El local queda clausurado —dije.

Se encaminaron hacia la puerta.

En aquel momento, percibí una corriente de aire, y cinco jheregs más entraron en la habitación, con las espadas desenvainadas. Ups. Sin pronunciar palabra, Loíosh se posó sobre mi hombro.

*Lárgate Kragar.*

*Entendido.*

Intenté teleportarme, pero fallé. A veces, deseo que los bloqueos de teleportación sean declarados ilegales. Me arrojé sobre uno de ellos, diseminé un puñado de cosas puntiagudas con mi mano izquierda y salté por la ventana rota. Oí maldiciones a mi espalda.

Probé un veloz conjuro de levitación, que debió funcionar un poco porque no me hice daño al aterrizar. Seguí avanzando, por si ellos también tenían cosas puntiagudas. Intenté teleportarme por segunda vez, y lo logré.

Me encontré tirado de espaldas, justo ante la puerta de la tienda que albergaba mis oficinas. Vomité.

Me puse en pie, sacudí el polvo de la capa y entré. El propietario me miró con curiosidad.

—La acera está sucia —dije—. Límpiala.

\* \* \*

—Conque Laris, ¿eh, jefe? —dijo Kragar un poco más tarde—. Uno de nuestros vecinos. Controla unas diez manzanas cuadradas. Hasta el momento, sólo posee un par de locales que dan a nuestro territorio.

Apoyé los pies sobre mi escritorio.

—Más del doble de mi zona —musité.

—Dio la impresión de que esperaba problemas, ¿verdad?

Asentí.

—O nos está poniendo a prueba, o pretende invadirme?

Kragar se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo con certeza, pero creo que quiere invadir.

—Bien —dije, con más calma de la que sentía—. ¿Podemos convencerle de que desista, o es la guerra?

—¿Estamos preparados para una guerra?

—Por supuesto que no —repliqué—. Sólo hace medio año que tengo mi propia zona. Tendríamos que haber esperado algo por el estilo. Maldita sea.

Kragar asintió.

Respiré hondo.

—Muy bien, ¿cuántos protectores tenemos en nómina?

—Seis, sin contar los que están asignados de forma permanente a determinados lugares.

—¿Cómo van nuestras finanzas?

—Excelentemente.

—Algo es algo. ¿Sugerencias?

Kragar pareció incómodo.

—No sé, Vlad. ¿Serviría de algo hablar con él?

—¿Cómo puedo saberlo? No sabemos bastante sobre él.

—Pues ése debería ser nuestro primer paso. Averiguar todo lo que podamos.

—Si nos da tiempo.

Kragar asintió.

*Tenemos otro problema, jefe. ¿Cuál, Loiosb?*

*Apuesto a que ahora vas muy salido.*

*Oh, cierra el pico.*

## 2

### «Voy a necesitar protección»

Cuando entré en la organización, tres años antes, trabajaba para un tipo llamado Nielar, como lo que nosotros llamamos «músculo». Controlaba un pequeño antro de juego en la calle Garshos Norte. Pagaba los derechos a Welok el Cuchillo.

Welok era una especie de jefe de nivel mediano. Su zona iba desde la calle del Mercado de Potter en el norte hasta Milenaria en el sur, y desde Prance en el oeste hasta Una-Garra en el este.

Todas estas zonas eran muy tentadoras y, cuando fui a trabajar para Nielar, el límite norte, a lo largo de Potter, era muy tentador. La primera vez que «trabajé», y la tercera, fue para cumplir el deseo del Cuchillo de que su frontera fuera más concreta. Su vecino del norte era un tipo apacible llamado Rolaan, quien intentaba negociar con Welok porque quería Potter, pero no quería una guerra. Rolaan se hizo aún más apacible después de caer desde su despacho de un tercer piso. Su lugarteniente, Pies Chamo, era todavía más apacible, de modo que el problema se resolvió a pedir de boca. Siempre he sospechado que Pies tramó la muerte de Rolaan, pues de lo contrario no se explica que Welok dejara en paz a Charno, pero nunca lo he podido saber con certeza.

Eso fue hace tres años. Por aquel entonces, dejé de trabajar para Nielar y entré al servicio del Cuchillo. El jefe del Cuchillo era Toronnan, que dirigía el cotarro desde los muelles en el este a la zona de la «Pequeña Puerta de la Muerte» en el oeste, y desde el río en el sur hasta la calle Issola en el norte.

Un año y medio después de que Rolaan partiera de viaje hacia las Cataratas de la Puerta de la Muerte, Welok tuvo una disputa con alguien de la Mano Izquierda del Jhereg. Creo que ese alguien trabajaba en el mismo territorio que Welok (nuestros intereses no suelen coincidir), pero ignoro cuál era el problema. Un día, Welok se esfumó, y su lugar fue ocupado por uno de sus lugartenientes, un tipo llamado Tagichatn, cuyo nombre ni siquiera sé pronunciar bien.

Yo trabajaba como árbitro de conflictos laborales para el Cuchillo, pero el tipo nuevo no tenía muy buena opinión de los orientales. El primer día, entré en su despacho, un pequeño local situado en Copper Lane, entre Garshos y Malak Circle.

Explicué lo que había hecho para Welok y le pregunté si quería que le llamara «mi señor», «jefe», o debía esforzarme por pronunciar bien su nombre. Dijo: «Llámame Dios-jefe», y así acabó la conversación.

Al cabo de una semana le odiaba. Al cabo de un mes, otro ex lugarteniente de Welok se independizó y empezó a dirigir su propio territorio, justo en mitad del de Tagichatn. Era Laris.

Dos meses de «Dios-jefe» fueron demasiado para mí. Muchos de los que trabajábamos para él nos dimos cuenta de que no hacía nada contra Laris. Lo tomamos como una señal de debilidad. A la larga, alguien ajeno o implicado en la organización de Tagichatn se aprovecharía. No sé qué habría pasado si no hubiera tomado la decisión de suicidarse..., apuñalándose en el ojo izquierdo.

Murió una noche. Aquella misma noche me puse en contacto con Kragar, quien trabajaba conmigo para Nielar, y de vez en cuando para Welok. Kragar trabajaba como apagabroncas en una taberna de la calle del Muelle.

—Acabo de heredar una propiedad —dije—. ¿Te gustaría ayudarme a administrarla?

—¡Es peligroso? —preguntó.

—Ya lo creo que es peligroso.

—No, gracias, Vlad.

—Empezarás con cincuenta imperiales a la semana. Si seguimos vivos al cabo de dos semanas, recibirás setenta y cinco más el diez por ciento de lo que yo gane.

—Cien al cabo de dos semanas, más el quince por ciento de los beneficios.

—Setenta y cinco. El quince por ciento de las ganancias.

—Noventa. El quince por ciento de los beneficios netos antes de que los repartas con la jerarquía.

—Setenta y cinco. El diez por ciento antes de que los reparta.

—Trato hecho.

\* \* \*

A la mañana siguiente, el secretario de Tagichatn entró y nos encontró a Kragar y a mí en las oficinas.

—Podéis trabajar para mí si queréis —dijo—. Si aceptáis, recibiréis un aumento del diez por ciento. Si os negáis, saldréis vivos de aquí. Si aceptáis y tratáis de engañarme, seréis pasto de las orcas.

Kragar dijo que no. Yo dije:

—Hasta la vista.

Después, fui a ver a un matón llamado Malestav, quien también odiaba a su ex

jefe, y con el que yo había trabajado un par de veces. Me habían dicho que hacía «trabajos», y sabía que era meticuloso.

—El jefe quiere que seas su secretario personal y guardaespaldas —dije.

—El jefe está chiflado.

—Yo soy el jefe.

—Acepto.

Conseguí un plano de la ciudad y dibujé un rectángulo alrededor del territorio del muerto. Después, dibujé otro rectángulo dentro del primero. Por algún motivo, los jefes tendían a delimitar las zonas por medias calles en aquella zona de Adrilankha. O sea, en lugar de decir «Yo tengo Dayland y tú tienes Nebbit», decían «Yo tengo hasta el lado oeste de Dayland, tú tienes a partir del lado este de Dayland». Por tanto, el rectángulo que yo dibujé iba desde la mitad de la calle del Muelle, donde terminaba el territorio de Laris, hasta Dayland, de Dayland a Glendon, de Glendon a Undauntra, de Undauntra a Solom, de Solom a Lower Kieron Road, y de Lower Kieron Road a la calle del Muelle.

Ordené a Melestav que se pusiera en contacto con el otro lugarteniente y los dos lacayos que habían trabajado a las órdenes directas de Tagichatn, y nos encontramos todos a una manzana de las oficinas de Toronnan. Les dije que me siguieran, sin más explicaciones. Les conduje a la oficina. Cuando llegamos, les dije que esperaran fuera y pedí ver al jefe.

Me dejaron entrar, mientras los demás esperaban fuera. Toronnan tenía el cabello claro, corto y bien peinado. Vestía jubón y calzas, lo cual no es habitual en un jhereg que trabaja, y su indumentaria negra y gris estaba en perfecto estado hasta el último hilo. Por otra parte, era bajo para un dragaerano, tal vez algo menos de dos metros diez, y poco corpulento. En conjunto, parecía un archivista iyorn. Se había ganado su fama con un hacha de armas.

—Mi señor —dije—, soy Vladimir Taltos. —Saqué el plano y señalé el primer rectángulo—. Con vuestro permiso, yo mando ahora en esta zona. —Indiqué el rectángulo más pequeño—. Creo que soy capaz de hacerlo. Fuera, aguardan unos caballeros que, estoy seguro, estarían encantados de dividirse el resto a vuestro capricho. No he hablado del tema con ellos. —Hice una reverencia.

Me miró, miró el plano, miró a Loiosh (que había estado posado en mi hombro todo el rato), y dijo:

—Si eres capaz de hacerlo, Bigotes, todo tuyo.

Le di las gracias y me marché. Dejé que diera explicaciones al resto de la partida.

Volví a la oficina, repasé los libros y descubrí que estábamos casi arruinados. Yo tenía unos quinientos imperiales, lo cual es suficiente para que una familia coma y viva con comodidad durante un año, tal vez. Controlaba ahora cuatro burdeles, dos salas (le juego, dos casas de préstamos y un quitamanchas, perista o tratante en

mercancía robada. No había lacayos (una palabra peculiar, que a veces significa «matón de dedicación exclusiva en nómina», y en otras «lugarteniente». Por lo general, me refiero a la última). Sin embargo, contaba con seis matones de dedicación exclusiva. También conocía a varios matones que trabajaban por libre.

Visité cada uno de mis negocios y presenté la misma oferta a mis propietarios. Ponía una bolsa con cincuenta imperiales sobre la mesa y decía: «Soy tu nuevo jefe. Esto es un premio, o bien un regalo de despedida. Tú eliges. Si lo aceptas como un premio e intentas engañarme, haz una lista de tus plañideras, porque vas a necesitarlas».

Esto me dejó casi sin blanca. Todos se quedaron, y yo contuve el aliento. Cuando empezó el Findesemana, nadie excepto Nielar, que estaba en mi territorio, había dado señales de vida. Creo que estaban esperando a ver qué hacía. En aquel momento, carecía de suficiente dinero para contratar a músculos independientes, y tenía miedo de utilizar a un matón (¿y si se negaba?), de manera que me encaminé al local más cercano a mi oficina, un burdel, y busqué al gerente. Antes de que pudiera decir nada, Clavé el lado derecho de su capa a la pared con un cuchillo arrojadizo, a la altura de la rodilla. Hice lo mismo con el lado izquierdo. clavé un shuriken en la pared junto a cada oreja, lo bastante cerca para que se cortara. Entonces, Loiosh se acercó y acarició con sus garras la cara del tío. Le di un puñetazo justo debajo del esternón, y cuando se dobló le aticé un rodillazo en la cara. Empezó a comprender que yo no estaba contento.

—Tienes un minuto —dije—, según el Reloj Imperial, para poner mi dinero en mi mano. Cuando lo hayas hecho, Kragar repasaré tus libros; luego, hablará con todas las putas para averiguar cuánto se trabaja. Si echo en falta un solo cobre, eres hombre muerto.

Dejó su capa en la pared y fue a por el dinero. Mientras tanto, me puse en contacto psiónico con Kragar y le dije que bajara. Cuando recibí la bolsa, esperé a Kragar.

—Escuche, jefe, iba a llevarle...

—Cierra el pico, o te arrancaré las tripas y te obligaré a comerlas.

Cerró el pico. Cuando Kragar llegó, volví a mi oficina. Kragar regresó dos horas después, y comprobamos que los libros cuadraban. Tenía diez pupilos trabajando, cuatro hombres y seis mujeres, que recibían a cinco clientes al día, por lo general, a tres imperiales por cabeza. Los pupilos ganaban cuatro imperiales al día. Las comidas costaban nueve orbes de plata, o medio imperial al día. Tenía un protector en dedicación exclusiva que cobraba ocho imperiales por día. Otro imperial se destinaba a gastos diversos.

Cada pupilo se tomaba un día libre a la semana, de manera que el local debía sacar una media de ciento treinta y cinco imperiales al día. Los gastos se elevaban a

cincuenta y uno por día, de modo que los beneficios diarios se podían calcular en unos ochenta y pico imperiales. Cinco días de la semana (la semana de Oriente tiene siete días; no sé muy bien por qué) deberían producir cuatrocientos veinticinco imperiales a la semana, de los cuales el gerente se queda el veinticinco por ciento, algo más de cien. Eso significa que yo debía ver trescientos veinte y pico imperiales cada semana. Tenía trescientos veintiocho, algunas monedas de plata y algunas de cobre. Estaba satisfecho.

Aún me quedé más satisfecho cuando, durante la siguiente hora, los demás aparecieron con las diversas ganancias de la semana. Todos dijeron algo así como «Lo siento jefe, me retrasé».

Yo respondí algo así como «No te vuelvas a retrasar nunca mas».

Al final del día, había recogido más de dos mil quinientos imperiales. Tenía que pagar a Kragar, a mi secretario y a los protectores, pero todavía me quedaban más de dos mil, la mitad de los cuales envié a Toronnan. La otra mitad quedó en mi poder.

No estaba nada disgustado. Para un chico oriental que se rompía el culo dirigiendo un restaurante que le proporcionaba ocho imperiales las mejores semanas, mil y pico no estaban nada mal. Me pregunté por qué no me había dedicado a esto antes.

Lo único importante que hice durante los siguientes meses fue comprar un pequeño negocio de narcóticos y drogas psicodélicas para justificar mi tren de vida. Contraté a un tenedor de libros para que todo tuviera buen aspecto. También contraté a unos cuantos protectores más, porque quería estar preparado si mis gerentes o algún capullo que intentara abrirse paso en mi territorio me causaban problemas.

El principal trabajo que les encargué fue el de «pasear por ahí». La frase lo dice todo: tenían que pasearse por el barrio. El motivo era la popularidad del barrio entre los jóvenes camorristas, sobre todo en la Casa de la Orca, que se dedicaban a molestar al personal. La mayoría de estos chicos estaban sin un céntimo casi siempre, cuando no apalizaban a los tecklas, que constituían la mayor parte de los ciudadanos. Iban a la zona porque estaba cerca de los muelles, y porque los tecklas vivían allí. El trabajo de «pasear por ahí» consistía en encontrar a aquellos idiotas y sacarlos a patadas.

Cuando era adolescente y cosechaba mojicones de tipos que salían a «cortar bigotes», la mayoría eran orcas. Por esta causa, di instrucciones explícitas a mis protectores sobre lo que debían hacer si pillaban a alguien por segunda vez. Y, como estas instrucciones se cumplieron a rajatabla, en menos de tres semanas mi zona era una de las más seguras de Adrilankha después de anochecer. Empezamos a esparcir rumores (ya sabéis, la virgen con la bolsa de oro a medianoche), hasta tal punto que casi me los llegué a creer.

Gracias a mi ingenio, el aumento de los negocios amortizó mis nuevos protectores

en cuatro meses.

Durante ese período, «trabajé» algunas veces para aumentar mis fondos, y para demostrar al mundo que aún era capaz de hacerlo. Pero, como ya he dicho, no ocurrió nada que deba importarnos ahora.

Y después, mi buen vecino Laris me demostró por qué no me había dedicado a esto antes.

El día después de intentar interrumpir la partida y terminar vomitando en la calle, envié a Kragar en busca de gente que trabajara o conociera a Laris. Pasé el tiempo en mi despacho, dedicado a lanzar cuchillos e intercambiar chistes con mi secretario (¿Cuántos orientales se necesitan para afilar una espada? «cuatro: uno para sujetarla y tres para mover la piedra de amolar»).

Kragar volvió poco antes del mediodía.

—¿Qué has averiguado?

Abrió su libreta y la examinó.

—Laris empezó como recaudador de un prestamista de la ciudad de Dragacra. Dedicó treinta o cuarenta años al asunto, después entabló algunas relaciones y fundó su propio negocio. Mientras recaudaba, también «trabajó» un par de veces, como parte de su ocupación.

»Se estableció como prestamista y vivió bastante bien durante unos sesenta años, hasta el Desastre de Adron y el Interregnum. Entonces, se perdió de vista, como todo el mundo, y apareció en Adrilankha hace unos ciento cincuenta años, vendiendo títulos jheregs a los orientales.

Le interrumpí.

—¿Pudo ser el que...?

—No lo sé, Vlad. A mí también se me ocurrió, lo de tu padre, pero no he podido verificarlo.

—Da igual. Sigue.

—De acuerdo. Hace unos cincuenta años fue a trabajar para Welok como protector. Por lo visto, «trabajó» algunas veces más, y luego empezó a dirigir una pequeña zona bajo las órdenes directas de Welok, hace veinte años, cuando Welok sustituyó a K'tang el Garfio. Cuando el Cuchillo emprendió el viaje...

—Sé la historia a partir de ahí.

—Muy bien. Y ahora, ¿qué?

Reflexioné.

—No ha sufrido reveses serios, ¿verdad?

—No.

—Nunca se ha enzarzado en una guerra, tampoco.

—Eso no es del todo cierto, Vlad. Me dijeron que él en persona dirigió la pugna contra el Garfio, por eso Welok le cedió la zona.

—Pero si sólo era un protector en aquella época...

—No lo sé. Intuyo que hay algo más, pero no estoy seguro de qué es.

—Ummmm. ¿Pudo regir otra zona en aquel tiempo? De incógnito, o algo así.

—Tal vez, o puede que tuviera atado de pies y manos a Welok.

—Eso es difícil de creer. El Cuchillo era un redomado hijo de puta.

Kragar se encogió de hombros.

—He oído que Laris le ofreció la zona del Garfio, si era capaz de controlarla. Intenté verificarlo, pero nadie ha oído hablar de ello.

—¿Dónde lo oíste?

—Me lo dijo un protector independiente que trabajó para Laris durante la guerra. Un tipo llamado Ishtvan.

—¿Ishtvan? ¿Un oriental?

—No, sólo un tipo con nombre oriental. Como Mario.

—¡Si es como Mario, lo quiero!

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Muy bien, envía un mensajero a Laris. Dile que me gustaría reunirme con él.

—Querrá saber dónde

—Cierto. Averigua si es dueño de algún restaurante bueno, y concierta la cita allí. A mediodía de mañana, digamos.

—Entendido.

—Y envía a un par de protectores. Voy a necesitarlos.

—De acuerdo.

—Manos a la obra.

Puso manos a la obra.

*Eh, jefe. ¿Para qué quieres protección?*

*¿Qué tiene de malo?*

*Para eso estoy yo, ¿no? ¿Para qué necesitas a esos payasos?*

*Tranquilidad de espíritu. Vete a dormir.*

\* \* \*

Uno de los protectores que estaba conmigo desde la época en que me había apoderado de la zona se llamaba N'aal el Curador. Cuenta la historia que recibió el apodo cuando fue enviado a cobrar un pago atrasado a un noble chreota. Él y su socio fueron al piso del tío y llamaron a la puerta. Pidieron el dinero. El tío resopló y dijo: «¿Por qué?».

N'aal sacó un martillo. «Soy curador —dijo—. Veo que tienes la cabeza entera. Yo te la curaré». El chreota comprendió el mensaje y N'aal consiguió la pasta. Su socio

contó la historia por todas partes y el apodo ya no le abandonó.

Sea como sea, N'aal el Curador llegó dos horas después de encargar a Kragar que enviara un mensajero. Le interrogué al respecto.

—Kragar me ordenó que entregara el mensaje —dijo.

—¿Alguna respuesta?

—Sí. Vi a un tipo de Laris y lo entregó. Contestó que le iba bien.

—Bien. Cuando Kragar vuelva, podré saber dónde...

—Estoy aquí, jefe.

—¿Eh? Joder. Piérdete, N'aal.

—¿Dónde estoy? —dijo, mientras se encaminaba hacia la puerta.

Kragar la cerró de un puntapié y se estiró.

—¿Dónde se ha concertado? —le pregunté.

—Un lugar llamado La Terraza. Un buen sitio. No sale por menos de un imperial por cabeza.

—Podré aguantarlo.

*Hacen una salchicha a la pimienta bestial, jefe.*

*¿Y tú cómo lo sabes?*

*Picoteo sus cubos de basura de vez en cuando.*

Haz una pregunta estúpida...

—Bien. ¿Has solucionado lo de mi protección? —pregunté a Kragar.

Asintió.

—Dos. Varg y Temek.

—Será suficiente.

—Yo también estaré discretito. Nadie se fijará en mi. -Sonrió.

—De acuerdo. ¿Algún consejo?

Meneó la cabeza.

—Soy tan novato en esto como tú.

—De acuerdo. Haré lo que pueda. ¿Alguna otra cosa?

—No. Todo va suave como la seda.

—Que siga así —dije, y golpeé el escritorio con los nudillos. Kragar me miro, perplejo.

—Una costumbre oriental —expliqué—. Se supone que trae buena suerte.

Siguió con aspecto perplejo, pero no dijo nada.

Saqué un cuchillo y empecé a lanzarlo.

\* \* \*

Varg procedía de una escuela peor que la mía. Era una de esas personas que hieden a

peligro, de las que matarían con sólo mirarte. Tenía la envergadura de Kragar, más bien bajito, y los ojos algo rasgados, lo cual indicaba que tenía algún antepasado de sangre dzur. Llevaba el cabello más corto que la mayoría, oscuro y echado hacia atrás. Cuando hablabas con él, mantenía una inmovilidad absoluta, sin hacer gestos extraños de ningún tipo, y te miraba con aquellos ojos entornados de un azul muy claro. Su rostro no expresaba la menor emoción, excepto cuando apalizaba a alguien. Entonces, su cara se deformaba en una sonrisa despectiva jhereg sin parangón alguno, y proyectaba suficiente odio para que un ejército teckla corriera en dirección contraria.

Carecía por completo de sentido del humor.

Temek era alto, y tan delgado que apenas le veías si le mirabas de costado. Tenía ojos pardos hundidos, unos ojos cordiales. Era un maestro en el uso de las armas. Utilizaba hachas, palos, dagas, cuchillos arrojados, cualquier tipo de espada, shurikens, dardos, venenos de todas clases, cuerdas, incluso pedazos de papel, maldita sea Verra. Además, era un brujo muy bueno para ser jhereg, aparte de la Patrulla Ruin (la Mano Izquierda). Era mi único protector del que sabía con un cien por cien de seguridad que había hecho un «trabajo»..., porque Kragar se lo había encargado de mi parte.

Un mes antes de que empezara el problema con Laris, cierto Señor Dzur había pedido prestada una cantidad importante a alguien que trabajaba para mí, y se negó a devolverla. Este Señor Dzur estaba «establecido», como suele decirse, o sea, la Casa del Dzur le consideraba un héroe, y lo había demostrado varias veces. Era un mago (algo así como un hechicero, sólo que más), y bastante bueno con la espada. Por lo tanto, pensó que no podríamos hacer nada si decidía dejar de pagar. Enviamos a unos muchachos para suplicarle que fuera razonable, pero tuvo la grosería de matarles. Esto me costó mil quinientos imperiales por la mitad de revivificar a uno (el prestamista pagó la otra mitad, por supuesto) y cinco mil que entregué a la familia del segundo, que no pudo ser resucitado.

No consideré esas cantidades una fruslería. Además, el tipo que habíamos perdido y yo habíamos sido amigos en otros tiempos. En suma, estaba irritado. Dije a Kragar: «Quiero que este individuo deje de contaminar el mundo. Encárgate de solucionarlo».

Kragar dijo que había contratado a Temek por tres mil seiscientos imperiales, una cifra razonable por un dzur tan formidable. Bien, cuatro días después (cuatro días, daos cuenta, no cuatro meses), alguien atravesó con una jabalina la nuca del gran héroe y clavó su cara a una pared. Su mano izquierda desapareció.

Cuando el Imperio investigó, sólo averiguaron que su mano había volado en pedazos al estallar su material mágico, lo cual explicaba también el fracaso de sus conjuros defensivos. Los investigadores se encogieron de hombros y dijeron: «Mario lo hizo». Nunca interrogaron a Temek...

A la mañana siguiente, cuando llegaron Temek y Varg, cerré la puerta y les indiqué que se sentaran.

—Caballeros —expliqué—, dentro de unas horas iré a un restaurante llamado La Terraza. Voy a comer con un hombre y hablaré con él. Existen ciertas posibilidades de que intente dañarme físicamente. Vosotros os encargaréis de impedirlo. ¿Entendido?

—Sí —dijo Varg.

—Ningún problema, jefe —dijo Temek—. Si intenta algo, le haremos pedazos.

—Bien. —Así me gusta que se hable—. También quiero que me acompañéis al ir y al volver.

—Sí —dijo Varg.

—Gratis —añadió Temek.

—Nos marcharemos quince minutos antes del mediodía.

—Estaremos aquí —dijo Temek. Se volvió hacia Varg—. ¿Quieres echar un vistazo al sitio antes?

—Sí —dijo Varg.

Temek se volvió hacia mí.

—Si no llegamos a tiempo, jefe, mi mujer vive sobre Cabron e Hijos, y tiene debilidad por los orientales.

—Muy amable —le dije—. Marchaos.

Temek salió. Varg clavó la vista en el suelo unos instantes, su forma de hacer una reverencia, y le siguió. Cuando la puerta se cerró, conté hasta treinta, lentamente, pasé junto a mi secretario y salí a la calle. Vi sus espaldas a lo lejos.

*Síguelos, Loiosh. Asegúrate de que hacen lo que dijeron.*

*Un poco suspicaz, ¿no?*

*Suspicaz no; paranoico. Lárgate.*

Se fue. Seguí su vuelo un momento, y después volví a entrar. Me senté en mi butaca y saqué unos cuchillos arrojadizos que guardaba en mi escritorio. Giré a la izquierda para ver el blanco y empecé a lanzarlos.

Tunk. Tunk. Tunk.

### 3

«Este teckla de Laris no es un teckla»

*¡Eh, jefe! Déjame entrar.*

*Voy, Loiosh.*

Salí de la oficina, entré en la tienda y abrí la puerta. Loiosh se posó en mi hombro.

*¿Y bien?*

*Hicieron lo que dijeron, jefe. Entraron y yo miré por la puerta. Varg miró a su alrededor. Temek pidió un vaso de agua. Eso es todo. No hablaron con nadie, y no me dio la impresión de que se comunicaran psiónicamente.*

*De acuerdo. Estupendo.*

Ya estaba de vuelta en la oficina. Consulté el Reloj Imperial mediante mi vínculo y descubrí que aún faltaba una hora. Lo malo de este negocio son las esperas.

Me recliné en la butaca, apoyé los pies en el escritorio y miré al techo. Estaba hecho de tablas de madera, pintadas en otro tiempo. Un conjuro de mantenimiento costaba unos treinta imperiales, y habría conservado la pintura durante unos veinte años, como mínimo. Pero «Dios-jefe» no lo había hecho. Ahora, la pintura, de un blanco enfermizo, se desportillaba y caía. Un Athyra lo habría tomado como una señal. Por suerte, yo no era un athyra.

Por desgracia, los orientales siempre han sido unos tontos supersticiosos.

—Jefe, Varg y Temek.

—Que entren.

Entraron.

—¡Justo a tiempo, jefe! —dijo Temek.

Varg se limitó a mirarme.

—Bien, vámonos —dije.

Los tres salimos de la oficina y entramos en la tienda. Me dirigía hacia la puerta, cuando...

*Espera un momento, jefe.*

Conocía ese tono telepático, de modo que me detuve.

*¿Qué pasa, Loiosh?*

*Yo primero.*

*¿Si? Oh. De acuerdo.*

Me aparté a un lado. Estaba a punto de decirle a Varg que abriera la puerta, cuando se adelantó y lo hizo. Reparé en el detalle. Loiosh salió.

*Todo despejado, jefe.*

*De acuerdo.*

Asentí. Varg salió primero, después yo, y luego Temek. Giramos a la izquierda y subimos por Copper Lane. Mi abuelo, cuando me enseñaba esgrima oriental, me había advertido que no me dejara distraer por las sombras.

—No hay sombras cerca del Imperio, noish-pa —dije—. El cielo siempre esta...

—Lo sé, Vladimir, lo sé. No dejes que las sombras te distraigan. Concéntrate en el blanco.

—Sí, noish-pa.

No sé por qué lo recordé entonces.

Llegamos a Malak Circle y fuimos hacia la derecha, para luego subir por Lower Kieron Road. Estaba en territorio enemigo. Me sentía como en casa.

Stipple Road, que venía del sudoeste, se encontraba en ángulo con Lower Kieron. Justo pasado ese punto, a la izquierda, había un edificio de piedra bajo encajado entre la tienda de un zapatero remendón y una fonda. Al otro lado de la calle había una casa de tres plantas, dividida en seis apartamentos.

El edificio bajo estaba retirado unos doce metros de la calle, y había una terraza con una docena de mesas pequeñas. Cuatro estaban ocupadas. Descarté tres, pues los clientes eran mujeres o críos. La cuarta, cercana a la puerta, estaba ocupada por un hombre, vestido con el gris y el negro de la Casa Jherég. Era como si llevara el letrero de «PROTECTOR».

Nos fijamos en él y continuamos. Varg entró primero. Mientras esperábamos, Temek miró a su alrededor sin disimulos, como un turista en el palacio imperial.

Varg salió y asintió. Loiosh entró volando y se posó sobre el respaldo de un reservado libre.

*Todo parece correcto, jefe.*

Entré y me detuve en el umbral. Quería que mis ojos se acostumbraran a la tenue luz. También tenía ganas de dar media vuelta y correr a casa. En cambio, respiré hondo dos veces y avancé.

Como anfitrión, tenía derecho a elegir la mesa. Descubrí una pegada a la pared del fondo. Me senté para poder vigilar toda la sala (descubrí a otros dos muchachos de Laris mientras tanto), al tiempo que Varg y Temek ocupaban una mesa situada a unos mil metros. Veían sin estorbos la mía, pero no podían oírnos, detalle muy de agradecer.

A mediodía en punto, un Jherég de edad madura (alrededor de los mil años) entró en la sala. Era de mediana estatura y envergadura normal. Su rostro carecía de rasgos

distintivos. Llevaba una espada de tamaño mediano al costado y una caja completa. No observé los signos distintivos de un asesino. No vi bultos donde solían ocultarse armas, sus ojos no se movían como los de mi asesino, no se comportaba con la constante viveza que yo, o cualquier otro asesino, reconocía. Sin embargo...

Pero poseía otra cosa. Era una de esas escasas personas que irradiaban poder. Sus ojos eran firmes, pero fríos. Sus brazos caían a sus costados, relajados, con la capa echada hacia atrás. Sus manos parecían perfectamente normales, pero tomé conciencia de que me daban miedo.

Yo era un asesino que intentaba ser un jefe. Laris había «trabajado» una o dos veces, pero era un jefe. Estaba hecho para *dirigir* asuntos jherregs. Se ganaría lealtad, trataría bien a su gente y exprimiría hasta la última moneda de cobre de todo cuanto cayera en sus manos. Si las cosas hubieran sido distintas, puede que yo hubiera acudido a Laris en lugar de Tagichatn, y nos habría ido de primera. Una pena.

Se sentó frente a mi, inclinó la cabeza y sonrió con afabilidad.

—Baronet Taltos —dijo—, gracias por la invitación. No vengo muy a menudo aquí; es un buen sitio.

Asentí.

—Es un placer, mi señor. Me han hablado muy bien de él. Me han dicho que la dirección es muy competente.

Sonrió, sabiendo que yo sabía, e inclinó la cabeza para agradecer el cumplido.

—Tengo entendido que sabéis algo sobre el negocio de la restauración, baronet.

—Llámame Vlad. Sí, un poco. Mi padre...

El camarero nos interrumpió.

—La salchicha de pimienta es particularmente buena —dijo Laris.

*¿Lo ves, jefe, como yo...?*

*Cierra el pico, Loiosh.*

—Eso me han dicho. —Me volví hacia el camarero—. Dos, por favor. Yo diría que vino tinto, mi señor...

—Laris —me corrigió.

—Laris. ¿Tal vez un Kaavren?

—Excelente.

Asentí al protector (perdón, al «camarero»), quien se inclinó y se alejó. Dedicué a Laris mi sonrisa más cordial.

—Es un lugar estupendo para hacerse cargo de él —dije.

—Tu crees?

Asentí.

—Es tranquilo, bueno, clientela fiel... Eso es lo importante: tener clientes fieles. Está abierto desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Desde antes del Interregnum, según me han dicho.

Asentí como si ya lo supiera.

—Algunas personas querrían ampliar este local —dije—, ya sabes, añadir un anexo u otra planta, pero ¿por qué? Tal como está, da para vivir bien. A la gente le gusta. Apuesto a que si lo ampliaran, cerraría antes de cinco años. Claro que algunas personas no comprenden esas cosas. Por eso admiro a los propietarios de este local.

Laris escuchó mi monólogo con una leve sonrisa asomada a sus labios, y asintió en alguna ocasión. Comprendía lo que yo estaba diciendo. Cuando terminé, el camarero apareció con el vino. Me lo dio para que lo abriera. Serví un poco a Laris para que lo catara. Asintió con solemnidad. Llené su vaso, y luego el mío.

Levantó la copa a la altura del ojo y la miró, mientras le daba vueltas por el tallo. Los tintos de Khaavn tienen mucho cuerno, y supongo que no penetra la menor luz. Bajó la copa, me miró y se inclinó hacia adelante.

—¿Qué puedo decir, Vlad? Un tío ha trabajado para mí durante mucho tiempo, una de las personas que me ayudó a organizar la zona. Un buen tipo. Viene a verme y dice: «Oye, jefe, ¿puedo montar un garito?».

»¿Qué iba a decirle, Vlad? No puedo negarle eso a un tipo así, ¿verdad? Pero si le pongo en algún sitio de mi zona, interferiré en los negocios de otra gente que ha estado conmigo durante mucho tiempo. Eso no sería justo. Así que echo un vistazo a mi alrededor. Tú sólo tienes un par de garitos, y hay mucho negocio, así que pienso: “Eh, nunca se dará cuenta”.

»Tendría que haberte consultado antes, lo sé. Te pido perdón.

Asentí. No sabía qué esperaba, pero no era esto. Cuando le dije que meterse en mi zona era una equivocación, me respondía que no había hecho eso, que sólo era un favor a otra persona. ¿Debía creerle? Y en ese caso, ¿debía dejárselo pasar?

—Lo comprendo, Laris, pero, si no te molesta mi pregunta, ¿qué pasará si vuelve a ocurrir?

Asintió como si esperara la pregunta.

—Cuando mi amigo me explicó que habías visitado el local y parecías muy disgustado, me di cuenta de lo que había hecho. Iba a pedirte disculpas, cuando llegó tu invitación. En cuanto al futuro... Bien, Vlad, si sucede, prometo hablar contigo antes de actuar. Estoy seguro de que ya nos inventaremos algo.

Asentí con aire pensativo.

*Y una mierda, jefe.*

*¿Eh? ¿Qué quieres decir?*

*Este teckla de Laris no es un teckla, jefe. Sabía lo que hacía cuando metió a alguien en tu zona.*

*Sí...*

En aquel momento llegaron nuestras salchichas a la pimienta. Las sirvieron con arroz verde cubierto de salsa de queso. Llevaban una rama de perejil al lado, como en

los restaurantes orientales, pero la habían frito con mantequilla, zumo de limón y algún tipo de licor; un efecto estupendo. La salchicha a la pimienta contenía carne de cordero, ternera, kethna y, me parece, dos clases diferentes de aves de caza. También llevaba pimienta negra, pimienta roja, pimienta blanca y pimienta roja oriental (que le proporcionaba un sabor extraordinario, a mi parecer). El conjunto era tan picante como la lengua de Verra, y buenísimo. La salsa de queso que cubría el arroz era demasiado sutil para hacer sombra a la salchicha, pero servía para apagar las llamas. El vino habría tenido que ser más fuerte.

No hablamos mientras comimos, así que tuve tiempo de reflexionar sobre la situación. Si dejaba que se saliera con la suya, ¿qué pasaría si quería más? ¿Me lanzaría tras él? Si no le dejaba, ¿podría aguantar una guerra? Tal vez debería decirle que aprobaba su idea, para ganar tiempo y prepararme, y después atacarle cuando hiciera otro movimiento. Pero ¿eso no le daría tiempo también a él para prepararse? No, ya debía estar preparado.

Este último pensamiento no era muy tranquilizador.

Laris y yo apartamos los platos al mismo tiempo. Nos estudiamos mutuamente. Vi todo cuanto caracterizaba a un jefe jhereg:

Inteligencia, redaños y una falta total de escrúpulos. El vio a un oriental, menudo, de vida corta, frágil, pero también un asesino, y todo lo que eso implicaba. Si no estaba, al menos, un poco defraudado por mí, es que era idiota.

Pero aun así...

De pronto, comprendí que, independientemente de mi decisión, Laris se había comprometido a apoderarse de mi negocio. Mis alternativas eran pelear o ceder. No tenía el menor interés de ceder. Eso solucionaba en parte el dilema.

Pero aún no sabía qué hacer. Si permitía que aquel único garito funcionara, tal vez me diera tiempo de prepararme. Si lo clausuraba, demostraría a mi gente que conmigo no se jugaba, que tenía la intención de conservar lo que era mío. ¿Qué era más importante?

—Creo —dije poco a poco— que puedo aceptar... ¿Más vino? Permíteme. Que puedo aceptar a tu amigo en mi zona. ¿Digamos un diez por ciento? ¿De los ingresos totales?

Sus ojos se ensancharon un poco. Después, sonrió.

—El diez por ciento, ¿eh? No había pensado en esa solución. —Su sonrisa se hizo más amplia y dio una palmada en la mesa con su mano libre—. De acuerdo, Vlad. ¡Trato hecho!

Asentí y alcé mi copa a guisa de saludo y luego bebí.

—Excelente. Si esto sale bien, nada impedirá que amplíemos el experimento, ¿eh?

—En absoluto.

—Bien. Espero que el dinero esté en mi oficina cada Finde semana, dentro de las

dos horas posteriores al mediodía. Sabes dónde está mi oficina, ¿verdad?

Asintió.

—Bien. Por supuesto, confiaré en tus cuentas.

—Gracias —dijo.

Alcé mi copa.

—Por una larga y provechosa asociación para ambos.

Levantó la suya. Los bordes se tocaron, y se oyó el tintineo que delata al cristal auténtico. Me pregunté cuál de nosotros estaría muerto al finalizar el año. Bebí el vino, seco y fuerte, y lo paladeé.

\* \* \*

Me derrumbé en mi butaca.

*Kragar, mueve el culo y ven aquí*

*Voy, jefe.*

—Temek.

—Así, jefe?

—Busca a Narvane, Bichobrillante, Wyrn y Mirafn. Tendrían que estar aquí hace cinco minutos.

—Voy.

Se teleportó para ir más deprisa.

—Varg, quiero dos de ellos como guardaespaldas. ¿Cuáles?

—Wyrn y Mirafn.

—Bien. ¿Dónde coño está...? Ah, Kragar, ve a hablar con la Patrulla Ruin. Quiero un bloqueo de teleportación alrededor de todo el edificio. Y bueno.

—¿En ambos sentidos?

—No. Sólo para que nadie entre.

—De acuerdo. ¿Pasa algo?

—¿Qué coño crees?

—Oh. ¿Cuándo?

—Tenemos hasta Findesemana.

—¿Dos días?

—Tal vez.

—Vlad, ¿por qué hace esas cosas?

—Vete.

Salió arrastrando los pies.

Temek no tardó en volver con Bichobrillante. No sé cuál era el nombre auténtico de Bichobrillante, pero tenía unos ojos azul brillantes y una maza de mango largo que

era un amor. Era un tipo muy agradable, casi jovial, pero cuando se acercaba a un cliente con aquella maza, sus ojos se iluminaban con un resplandor maniaco, y el cliente decidía que, sí, podría encontrar el dinero en alguna parte.

Se me ocurre que tal vez os esté dando la idea de que si os presto dinero y me lo devolvéis medio minuto más tarde, enviare a sesenta y cinco matones a por vosotros. No, si trabajara así, me gastaría más de lo que gano en independientes y músculos, No sobre todo teniendo en cuenta a los clientes en potencia que ahuyentaría.

Os daré otro ejemplo. Hace un mes y medio, unas ocho semanas, me parece, uno de mis prestamistas vino a explicarme que un tipo le había pedido cincuenta imperiales y no podía devolvérselos. El prestamista quería ser benévolo, pero ¿qué me parecía a mi?

—¿Cuánto paga?

—Cinco y uno —dijo, lo cual significaba cinco imperiales a la semana, más otro semanal hasta liquidar la deuda.

—¿Es el primer pago?

—No. Ya ha realizado cuatro, más los intereses de tres semanas.

—¿Qué le ha pasado?

—Es el propietario de una sastrería en Solom. Quería probar una nueva línea, y necesitaba cincuenta a toda prisa para conseguir la exclusiva. La línea...

—Ya sé, aún no ha calado. ¿En cuánto está valorado su negocio?

—Tres o cuatro de los grandes.

—Bien —dije al tipo—. Concédele seis semanas de respiro. Dile que, si después de eso no puede ni devolver los intereses, tendrá un nuevo socio hasta que hayamos cobrado.

Ya veis, no somos tan malos. Si alguien tiene problemas y se esfuerza por pagar, le echaremos una mano. Queremos que su negocio se recupere, y no sacamos ni un cobre perjudicando a la gente. Claro que siempre hay sujetos convencidos de que a ellos no puede pasarles, o bocazas que quieren demostrar lo duros que son, o leguleyos de tres al cuarto que amenazan con acudir al Imperio. Esta gente me obligó a seguir en el restaurante durante más de tres años.

Narvane, que llegó unos minutos después que Temek y Bichobrillante, era un especialista. Era uno de los escasos brujos que trabajaba para nuestra especialidad de la Casa Jhereg, pues la mayoría de los hechiceros jheregs eran mujeres y estaban integradas en la Mano Izquierda. Era tranquilo, introvertido y poseía facciones que recordaban vagamente a los dragones: rostro delgado, pómulos altos, nariz larga y recta, cabello y ojos muy oscuros. Se le llamaba cuando un trabajo requería dismantelar conjuros de protección personales, o clarividencia, en lo cual estaba a la altura de cualquier mago dzur que yo conocía, y de muchos athyras.

Tres se apoyaron contra la pared. Temek tenía los brazos cruzados, mientras

cantaba «Quiero saber de ti» desafinado y miraba al techo; Narvane tenía la vista clavada en el suelo, con las manos enlazadas delante de él; Bichobrillante miraba a su alrededor, como si comprobara las cualidades defensivas del despacho. Varg se encontraba alejado de la pared, inmóvil, como algo a medio camino entre una estatua y una bomba de relojería.

Kragar apareció cuando el silencio empezaba a ser embarazoso.

—La primera hora después de mediodía, mañana —dijo.

—De acuerdo.

Wyrn y Mirafn llegaron juntos. Ya formaban equipo cuando Welok les contrató, y lo siguieron formando cuando empezaron conmigo. Por lo que yo sabía, ninguno de los dos había «trabajado», pero tenían buena fama. Wyrn parecía un athyra. Tenía ojos grisazulados claros y siempre daba la impresión de que iba colocado. Cuando se erguía, se bamboleaba un poco de lado a lado como un árbol viejo, y sus brazos colgaban flácidos a sus costados, con ramas caídas. Tenía el pelo claro y enmarañado, y una forma de mirarte, con la cabeza ladeada y una semisonrisa soñadora que se insinuaba en las comisuras de su boca, que producía escalofríos.

Mirafn era enorme. Medía casi dos metros y medio de alto, de forma que hasta Morrolan parecía bajo. Al contrario que la mayoría de dragaeranos, sus músculos se veían. En ocasiones, se hacía el tonto y una gran sonrisa estúpida florecía en su cara, cogía a la persona que quería intimidar y decía a Wyrn: «Apuesto a que puedo tirar a éste más lejos que al último. ¿Quieres apostar?».

Y Wyrn contestaba: «Déjale en el suelo, grandullón. Sólo estaba bromeando cuando dijo que iba a testificar contra nuestro testigo. ¿Verdad?».

Y el tío decía que sí, que sólo era una broma, y de mal gusto, y lamentaba mucho haber molestado a los dos caballeros...

—¡Melestav! Entra un momento y cierra la puerta.

Melestav obedeció. Apoyé los pies sobre el escritorio y examiné a la pandilla.

—Caballeros —dije—, estamos a punto de ser atacados. Con suerte, tendremos dos días para prepararnos. A partir de este mismo momento, ninguno de vosotros saldrá solo. Todos sois objetivos, de manera que iros acostumbrando. Os daré órdenes exactas a cada uno de lo que debéis hacer, pero de momento solo quiero informaros de cómo está el patio. Ya sabéis, desplazaos en parejas, quedaos en casa siempre que podáis, el rollo habitual. Si alguno de vosotros recibe ofertas del otro bando, quiero saberlo. No es sólo por mí, porque si la rechazáis aún os convertiréis más en objetivo, y querré tenerlo en cuenta. Por cierto, si no las rechazáis, os convertiréis muchísimo más en obvio. Recordad, no me gusta que me den por el culo, caballeros. Os destruiré. ¿Alguna pregunta?

Se hizo el silencio por un momento.

—¿Con qué fuerzas cuenta el otro? —preguntó por fin Melestav.

—Buena pregunta —dije—. ¿Qué te parece si Narvane y tú salís a averiguarlo?

—Sabía que no debía haber abierto la boca —dijo con tristeza.

—Ah, sí. Otra cosa: vuestro sueldo acaba de doblarse, pero para pagarlo necesitamos ingresos. Y para tener ingresos, los locales han de estar abiertos. Es posible que Laris vaya a por vosotros, a por mí o a por mis negocios. Yo apuesto por los tres. ¿Alguna pregunta más?

No hubo ninguna.

—Muy bien —dije—. Una última cosa: a partir de este momento, ofrezco cinco mil imperiales por la cabeza de Laris. Creo que a todos os iría bien. No espero que sea fácil de conseguir, y no quiero que nadie cometa estupideces y se haga matar al intentarlo, pero si veis una oportunidad, no hace falta vacilar.

»Wyrn y Mirafn, quedaos en la oficina. En cuanto a los demás, esto es todo. Largaos.

Se marcharon y me quedé a solas con Kragar.

—Oye, jefe...

—¿Qué pasa, Kragar?

—A lo de doblar el sueldo iba también...?

—No.

Suspiró.

—Ya me lo pensaba. Bien, ¿cuál es el plan?

—Primero, encontrar cuatro protectores más. Tienes de tiempo hasta mañana. Segundo, hay que averiguar de dónde proceden los ingresos de Laris y cómo podemos perjudicarlo.

—De acuerdo. ¿Podemos permitirnos el lujo de cuatro protectores más?

—Sí..., de momento. Si la actuación se alarga, tendremos que pensar en otra cosa.

—¿Crees que va a concedernos dos días?

—No lo sé. Quizá...

Melestav apareció en la puerta.

—Acabo de recibir un informe, jefe. Problemas. El local de Nielar.

—¿Qué clase de problemas?

—No lo sé con exactitud. Recibí parte de un mensaje, pidiendo ayuda, y después el tío cayó muerto.

Me levanté y salí de la oficina. Recogí de paso a Wyrn y Mirafn.

—Jefe —dijo Kragar—, ¿es preciso que salgas? Esto huele a...

—Lo sé. Guárdame las espaldas y mantén los ojos bien abiertos.

—De acuerdo.

*Vigila, Loiosh.*

*Yo siempre vigilo, jefe.*

## 4

«¿Crees que no estarás disponible?»

La ciudad de Adrilankha se extiende a lo largo de la costa sur del imperio dragaerano. Durante casi toda su existencia fue una Ciudad portuaria de tamaño medio, y se convirtió en la capital Imperial cuando Ciudad de Dragaera se convirtió en un mar de Caos, aquel día de cuatrocientos años atrás cuando Adron estuvo a punto de usurpar el trono.

Adrilankha es tan vieja como el imperio. Sus auténticos comienzos estaban situados en un lugar que hacía poco (en términos dragaeranos) se había transformado en una piedra angular del nuevo palacio imperial. Fue allí donde, miles de generaciones antes, Kieroh el Conquistador se encontró con los chamanes y les dijo que podían huir a donde quisieran, pero él y su Ejército de Todas las Tribus esperarían a los «Demonios Orientales». Desde allí, caminó por un largo sendero que terminaba en un alto acantilado sobre el mar. Dicen aquello que viven de decir cosas que permaneció allí, inmóvil, durante cinco días (de ahí la semana dragaerana de cinco días), esperando la llegada de la Tribu de la Orca, que había prometido refuerzos, mientras el ejército oriental se acercaba

El lugar fue conocido como la Atalaya de Kieron hasta el Interegnum, cuando los conjuros que habían impedido el derrumbamiento de aquella parte del acantilado fallaron. Siempre lo he considerado divertido

Por cierto, para aquellos de vosotros interesados en la historia, los orcas llegaron por fin, y a tiempo. Demostraron ser un desastre como guerreros en tierra, pero Kieron ganó la batalla de todas las maneras, y puso así los cimientos del imperio dragaerano

Una pena.

El sendero que recorrió se conoce aún como Kieron Road. Nace en el nuevo palacio imperial, atraviesa el corazón de la ciudad, deja atrás los muelles y muere por fin sin mayores ceremonias a los pies de las colinas que se alzan al oeste de la ciudad. En algún punto inconcreto, Kieron Road se convierte en Lower Kieron Road, y atraviesa algunos barrios poco agradables. Junto a uno de estos trechos está el restaurante que pertenecía a mi padre, donde amasó la pequeña fortuna que luego

dilapidó comprando un título de la Casa Jherég. El resultado es que soy ciudadano del Imperio, y ahora puedo saber qué hora es.

Cuando llegué a la edad de decidir que quería una paga por lo que estaba haciendo (apalea dragaeranos), mí primer jefe, Nielar, vivía en un pequeño almacén en Lower Kieron Road. En teoría, el almacén vendía narcóticos, alucinógenos y suministros de hechicería. El auténtico negocio consistía en continuas partidas de shareba, que se olvidaba de notificar a los recaudadores de impuestos del Imperio. Nielar me enseñó el sistema de untar a los Guardias del Fénix (como casi todos son dragones, es imposible sobornarles por algo importante, pero les gusta jugar tanto como a cualquiera, y odian los impuestos como el que más), cómo llegar a acuerdos con la organización, cómo ocultar los ingresos a los recaudadores de impuestos y cientos de otros detallitos.

Cuando le quité esta zona a Tagichatn, Nielar se puso a trabajar de repente para mí. Fue el único que se presentó a pagarme la primera semana que dirigí la zona. Más tarde, se desprendió del negocio de narcóticos y se dedicó a las piedras syang. Después montó un burdel arriba. En conjunto, era el local que me proporcionaba más beneficios. Por lo que yo sé, la idea de estafarme alguna vez ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Me quedé junto a Kragar ante las ruinas calcinadas del edificio. El cadáver de Nielar yacía a mis pies. El fuego no le había matado; su cráneo estaba hundido. Loiosh acarició mi oreja izquierda.

—Entrega a la viuda diez mil imperiales —dije al cabo de un largo rato.

—¿Envío a alguien a decírselo? —preguntó Kragar.

—No —suspiré—, lo haré yo.

—Sus dos protectores también estaban allí —dijo Kragar más tarde, en mi oficina—. A uno se le puede resucitar.

—Hazlo, y localiza a la familia del otro. Ocúpate de que reciba una buena compensación.

—De acuerdo. Y ahora ¿qué?

—Mierda. ¿Y ahora qué? Casi me he quedado sin dinero. Mi mayor fuente de ingresos se ha esfumado. Si alguien me entregara ahora mismo la cabeza de Laris, no podría pagarle. Si la revivificación fracasa, y hemos de pagar a la familia del tío, bancarrota.

—Tendremos más dentro de un par de días.

—Fantástico. ¿Hasta cuándo durará?

Me encogí de hombros. Giré en mi silla y lancé un cuchillo contra el blanco de la pared.

—Laris es demasiado bueno, Kragar, maldita sea Verra. Asesto un golpe antes de que yo pudiera moverme, y me ha dejado lisiado. ¿Y sabes cómo lo hizo? Apuesto a

que sabe hasta el último cobre que gano, dónde lo gano y cómo lo gasto. Apuesto a que tiene la lista de toda la gente que trabaja para mí, mis puntos fuertes y débiles. Si salimos de ésta, voy a formar la mejor red de espionaje que esta organización ha visto nunca. Me da igual si tengo que arruinarme para ello.

Kragar se encogió de hombros.

—Si salimos de ésta.

—Sí.

—¿Crees que puedes devolvérsela, jefe?

—Tal vez. Con tiempo. Sin embargo, he de esperar a que lleguen algunos informes, y tardaré una semana, como mínimo, más bien tres, en disponer del contraataque.

Kragar asintió.

—Entretanto, hay que conseguir dinero.

—Bien. Puede que exista un método. Quería reservarlo, pero creo que no podré.

—¿Cuál es, jefe?

Sacudí la cabeza.

—Toma el mando. Si surge una urgencia, ponte en contacto conmigo.

—De acuerdo.

Abrí el cajón inferior izquierdo de mi escritorio y rebusqué hasta encontrar un cuchillo encantado. Grabé un tosco círculo en el suelo y realicé unas cuantas marcas. Después, me puse de en el centro.

—¿Para qué esos dibujos, jefe? No necesitas...

—Me sirve de ayuda, Kragar. Hasta luego.

Activé mi vínculo con el Orbe y me encontré en el patio del castillo de Morrolan, mareado. Evité mirar hacia abajo, porque la perspectiva del suelo desde un kilómetro de altitud no ayudaba en nada. Clavé la vista en las enormes puertas dobles, a unos cuarenta metros de mí, hasta que se me pasaron las ganas de vomitar.

Caminé hacia ellas. Cuando andas sobre el patio de Morrola experimentas la misma sensación que cuando caminas sobre losas, sólo que tus botas no hacen ruido, lo cual te desconcierta hasta que te acostumbras. Las puertas se abrieron cuando me encontraba a cinco pasos de distancia, y lady Teldra aparece con una sonrisa cálida en su cara.

—Lord Taltos —dijo—, es un placer veros, como siempre. Espero que, esta vez, podáis quedaros con nosotros unos días os vemos muy pocas veces.

Le dediqué una reverencia.

—Gracias, señora. Una misión muy breve, me temo. ¿Dónde está Morrolan?

—Lord Morrolan está en su biblioteca, mi señor. Estoy segura de que se sentirá tan encantado de veros como el resto de nosotros.

—Gracias. Conozco el camino.

—Cómo gustéis, mi señor.

Siempre me dispensaba el mismo recibimiento. Y conseguía que te creyeras todo aquel rollo.

Tal como había dicho, encontré a Morrolan en la biblioteca. Cuando entré, estaba sentado con un libro abierto ante él sobre la mesa, y sostenía un pequeño tubo de cristal suspendido mediante un hilo sobre una vela negra. Levantó la vista cuando entre, y aparto el tubo.

—Eso es brujería —dije—. Olvídalo. Los orientales se dedican a la brujería. Los dragaeranos, a la hechicería. —Olfateé el aire—. Además, estás utilizando albahaca. Deberías utilizar romero.

—Era un brujo muy bueno trescientos años antes de que tú nacieras, Vlad.  
Resoplé.

—Aun así, deberías utilizar romero.

—El texto no lo especificaba. Se ha quemado bastante mal.

Asentí.

—¿Qué intentas ver?

—La esquina. Un simple experimento. Pero siéntate, por favor. ¿Qué se te ofrece?

Me acomodé en una enorme butaca rellena en exceso, tapizada en piel negra. En una mesa contigua encontré una hoja de papel y una pluma. Me puse a escribir. Mientras tanto, Loiosh se posó sobre el hombro de Morrolan. Éste le rascó la cabeza. Loiosh aceptó las caricias, complacido, y volvió a mi lado. Tendí la hoja a Morrolan, y la examino.

—Tres nombres —dijo—. No me suena ninguno.

—Todos los jheregs. Kragar podría ponerte en contacto con todos.

—¿Por qué?

—Son especialistas en seguridad.

—¿Quieres que te ponga un ayudante?

—No exactamente. Tal vez te interese alguno de esos cuando ya no esté disponible.

—¿Crees que no estarás disponible?

—Por decirlo de alguna manera. Creo que estaré muerto.

Morrolan entornó los ojos.

—¿Qué?

—No se me ocurre otra manera de expresarlo. Creo que moriré pronto.

—¿Por qué?

—Estoy en desventaja. Alguien quiere apoderarse de mi territorio y no pienso permitirlo. Creo que lo va a conseguir, y eso significa que moriré.

Morrolan me estudió.

—¿Por qué piensas que lo conseguirá?

—Tiene más recursos que yo.

—¿Recursos?

—Dinero.

—Ah. Haz el favor de iluminarme, Vlad. ¿Cuánto dinero sería necesario?

—¿Eh? Uhm. Yo diría que unos cinco mil imperiales..., cada semana, mientras dure.

—Entiendo. ¿Y cuánto crees que se prolongará?

—Oh, tres o cuatro meses es lo habitual. Seis, a veces. Nueve es mucho tiempo, un año es muchísimo.

—Entiendo. Supongo que esta visita no es una manera disimulada de solicitar fondos.

Fingí sorpresa.

—¡Morrolan! ¡Por supuesto que no! ¿Pedir a un dragón que respalde una guerra jhereg? Ni siquiera me pasaría por la cabeza.

—Bien.

—Bien, sólo he venido para decirte eso. Ya es hora de que vuelva.

—Sí. Bien, buena suerte. Tal vez volvamos a vernos.

—Tal vez —concedí.

Incliné la cabeza y me marché. Bajé la escalera, recorrí el pasillo y me encaminé a las puertas delanteras. Lady Teldra sonrió cuando pasé a su lado.

—Perdonad, lord Taltos.

Me paré y di media vuelta.

—Creo que olvidáis algo.

Sostenía una bolsa grande. Sonreí.

—Caramba, sí. Gracias. No querría dejarme eso.

—Espero volver a veros pronto, mi señor.

—Casi estoy convencido de que así será, lady Teldra.

Le dediqué una reverencia y regresé al patio para teleportarme.

Llegué a la calle de mi oficina y entré a toda prisa. Ya en m oficina, grité a Kragar que viniera. Después, tiré el oro sobre el escritorio y empecé a contar.

—¡Santa mierda, Vlad! ¿Qué has hecho, limpiar la Tesorería de los dragones?

—Sólo una parte, amigo mío —dije cuando terminé de contar—. Unos veinte mil, más o menos.

Kragar sacudió la cabeza.

—No sé cómo lo has hecho, jefe, pero me gusta. Créeme, me gusta.

—Estupendo. Ayúdame a pensar en cómo gastarlo.

Aquella noche, Kragar se puso en contacto con siete protectores independientes y convenció a cinco de que trabajaran para mí durante el tiempo que duraran las hostilidades. Mientras él se ocupaba de eso, me puse un contacto psiónico con

Temek.

*¿Qué pasa, jefe? Apenas hemos empezado...*

*Me da igual. ¿Qué habéis conseguido, hasta el momento?*

*¿Eh? Poca cosa.*

*Deja eso. ¿Tenéis al menos un lugar, o un nombre?*

*Bueno, hay un burdel muy popular en Platería y Muelle.*

*¿Dónde, exactamente?*

*Esquina noroeste, encima del hostel Halcón de la Selva.*

*¿También es Propietario del hostel?*

*No lo sé.*

*De acuerdo. Gracias. Seguid en ello.*

Cuando Kragar contactó conmigo para informar, dije: *Deja eso por un rato. Localiza a Narvane. Que abandone lo que esté haciendo; está ayudando a Temek, el tiempo suficiente para arrasar la segunda planta del hostel Halcón de la Selva, en Platería esquina Muelle. Sólo el segundo piso. ¿Comprendido?*

*¿Comprendido, jefe! ¡Parece que vamos a entrar en acción!*

*Ya puedes apostar tus gratificaciones a que sí. Manos a la obra.*

Cogí un trozo de papel y empecé a garabatear algunas notas.

A ver, proteger cada uno de mis negocios contra ataques directos de hechicería durante dos meses costaría... Ummmm. Que sea un mes, pues. Eso me dejaría lo suficiente. Bien, ahora me gustaría...

*Corta, jefe.*

*¿Eh? ¿Cortar qué, Loioosh?*

*Estás silbando.*

*Lo siento.*

Quemar el negocio de un enemigo no es algo normal en una guerra jherreg. Es caro y llama la atención, y ninguna de ambas cosas es buena. Pero Laris había contado en echarme a las primeras de cambio. Mi respuesta fue demostrarle que no estaba ni derrotado ni herido, lo cual era mentira, pero debía desalentar otras acciones similares.

Narvane se presentó a la mañana siguiente para informar que el trabajo había salido a pedir de boca. Recibió un succulento premio por las molestias, y la orden de desaparecer una temporada. Me reuní con los nuevos protectores y les asigné sus tareas, todas de índole defensiva, como proteger tal o cual local. Aún me faltaba información sobre los negocios de Laris que me permitiera descubrir cómo hacerle daño, de modo que debía protegerme.

La mañana transcurrió con bastante tranquilidad. Imagino que Laris estaba estudiando su situación, basándose en los acontecimientos de la noche. Puede que hasta empezara a arrepentirse de todo, pero en aquel momento ya no podía dar

marcha atrás.

Me pregunté cómo me atacaría la siguiente vez.

Una hechicera llegó una hora después de mediodía. Depositó quinientos imperiales en su mano. Salió a la calle, levantó las manos, se concentró un momento, asintió y se fue. Quinientos Imperiales por cinco segundos de trabajo. Lo suficiente para lamentar mi profesión. Casi.

Una hora más tarde salí, con Wyrn y Mirafn como guardaespaldas, y visité todos mis negocios. Nadie pareció fijarse en mí. Bien. Confié en que la tranquilidad durara lo suficiente para que Temek reuniera una cantidad razonable de información. Operar a ciegas era frustrante.

El resto del día transcurrió con nerviosismo, pero no pasó nada. Igual que el día siguiente, excepto que varios hechiceros (le la Patrulla Ruin pasaron por cada uno de mis locales y los protegieron de la hechicería. Hechicería directa, quiero decir. No hay forma de protegerse de que alguien, pongamos por caso, levite una caja de ciento cincuenta litros de queroseno sobre un edificio, le prenda fuego y luego la deje caer. No obstante, los protectores contratados deberían ser capaces de ver algo así, tal vez a tiempo de hacer algo.

A tal fin, gasté más dinero en contratar a una hechicera que estuviera disponible a todas horas. De hecho, utilizarla me costó más de la cuenta, pero al menos estaba preparado.

Los informes de Temek indicaban que Laris había tomado medidas similares. Por lo demás, no parecía que Temek tuviera mucha suerte. Todo el mundo tenía la boca cerrada. Ordené a Mirafn que se llevara una bolsa con mil imperiales para ayudarle a abrir algunas de aquellas bocas.

El día siguiente, Finde semana, fue muy parecido al anterior, hasta poco después de mediodía. Acababa de enterarme de que el protector asesinado cuando intentaba proteger a Nielar había sido revivificado con éxito, cuando...

*¿Jefe!*

*¿Qué pasa, Temek?*

*Jefe, ¿te acuerdas del prestamista que trabaja al norte de Garshos?*

*Sí*

*Le mataron cuando iba a verte. Con un hacha, por lo visto; la mitad de su cabeza ha desaparecido. Voy a traer el dinero.*

*Mierda.*

*Si jefe.*

Se lo conté a Kragar, mientras me maldecía por seis tipos diferentes de estupidez. No se me había ocurrido que Laris iría a por la gente que hacía las entregas. Sabía cuándo se hacían y de donde salían, pero una de las principales leyes no escritas de los jheregs es que no nos robamos mutuamente. O sea, no ha pasado nunca, y os apuesto

lo que queráis a que nunca volverá a ocurrir.

Pero eso no significaba que los gerentes estuvieran a salvo. Ninguna razón en el mundo impedía que les cazaran, sin apoderarse del dinero.

Iba a iniciar otra ronda de feroces blasfemias, cuando me di cuenta de que podía hacer cosas más productivas. No conocía lo bastante bien a ninguno de aquellos gerentes como para ponerme en contacto psiónico con ellos, pero...

—¡Kragar! ¡Melestav! ¡Wyrn! ¡Mirafn! ¡Venid aquí, deprisa! Voy a cerrar las puertas y no me moveré de aquí. Dividios los locales, teleportaos a ellos ahora mismo, y no dejéis que nadie se vaya. Más tarde, me ocuparé de darles protección a todos. ¡Idos ya!

—Eh, jefe...

—¿Qué pasa, Melestav?

—No sé teleportarme.

—Maldita sea. De acuerdo. Kragar, ocúpate también de su parte.

—De acuerdo, jefe.

Se produjo una corriente de aire que casi me reventó los tímpanos, y Melestav y yo nos quedamos solos. Intercambiamos una mirada.

—Creo que aún tengo que aprender muchas cosas sobre este negocio, ¿verdad?

Le dediqué una leve sonrisa.

—Creo que sí, jefe.

Los alcanzaron a tiempo a todos, excepto a uno. Lo habían dejado por muerto, pero podía ser revivificado. El oro que llevaba encima casi bastaba para pagar su revivificación.

No perdí más tiempo. Me puse en contacto con Wyrn y Miratf para decirles que volvieran cuanto antes. Obedecieron.

—Sentaos. Bien, esta bolsa contiene tres mil imperiales. Quiero que penséis dónde piensan cargarse a H'noc; dirige el burdel que está al final de la calle. Averiguad dónde está el asesino, y cazadle. No sé si habíais «trabajado» antes, y me da igual. creo que dais la talla; de lo contrario, decídmelo. Lo más probable es que sólo haya uno. Si hay más, matad sólo a uno. Si queréis, podéis utilizar a H'noc como cebo, pero sólo queda una hora para que termine el período de entregas habitual. Después, empezarán a sospechar. ¿Queréis el trabajo?

Los dos se miraron y, supongo, discutieron psiónicamente. Wyrn se volvió hacia mí y asintió. Le pasé la bolsa.

—Adelante, pues.

Se levantaron y teleportaron. Entonces, me di cuenta de que Kragar había llegado.

—¿Y bien? —pregunté.

—Acordé que traerán el dinero durante los próximos dos días, excepto Tam, que sabe teleportarse. Llegará de un momento a otro.

—De acuerdo. Volvemos a estar arruinados.

—¿Qué?

Explicué lo que había hecho. Kragar parecía dudoso, pero asintió.

—Creo que tienes razón, es lo mejor que se puede hacer, pero esto es una sangría, Vlad. ¿Podrás sacar más de donde salió el otro?

—No lo sé.

Meneó la cabeza.

—Aprendemos con demasiada lentitud. Nos lleva la delantera. No podemos alcanzarle.

—¡Lo sé, por las escamas de Barlen! ¿Qué podríamos hacer?

Desvió la vista. Estaba tan despistado como yo.

*No te hagas mala sangre, jefe, dijo Loioh. Ya se te ocurrirá algo.*

Me alegré de que alguien se sintiera optimista.

## 5

### «Para ser un asesino, eres un amor»

He aquí un pensamiento deprimente: da la impresión de que todos mis amigos han estado a punto de matarme alguna vez. Morrolan, por ejemplo. Apenas llevaba tres semanas al mando de mi zona, cuando decidió contratarme para un trabajo. Ahora, no trabajo para personas ajenas a mi organización. ¿Para qué? ¿Van a apoyarme si me pifio los dedos? ¿Puedo contar con ellos para que paguen los honorarios de mis abogados, secuestren o amenacen a testigos y, sobre todo, les obliguen a mantener la boca cerrada? Ni por asomo.

Pero Morrolan me quería para algo, y encontró una manera tan original de contratarme que me llenó de admiración. Expresé dicha admiración en términos tan entusiastas que estuvo a punto de decapitarme con Varanegra, el batallón de infantería disfrazado de espada Morganti.

Pero estas cosas pasan. Al final, Morrolan y yo nos hicimos buenos amigos. Tan buenos, de hecho, que él, un Señor Dragón, me ha hecho un préstamo para llevar a cabo una guerra jhereg. Pero ¿éramos tan amigos como para hacerlo dos veces en tres días?

Probablemente no.

La experiencia me dice que, cuando la situación parece más desesperada, sigue pareciendo desesperada.

*Creo que hoy tengo un día de pensamientos deprimentes, Loiosh.*

*Tranquilo, jefe.*

Me teleporté de mi apartamento a un lugar situado frente al edificio de la oficina, y entré sin esperar a que mi estómago se calmara. Wyrn ya me estaba esperando en la calle, y Mirafn merodeaba cerca de la puerta.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—Hecho —dijo Wyrn.

—Estupendo. Después de esto, a los dos os irá bien desaparecer durante un par de días.

Mirafn asintió. Wyrn se encogió de hombros. Los tres entramos en la tienda, hasta llegar al conjunto de oficinas.

—Buenos días, Melestav. ¿Ha llegado ya Kragar?

—No lo he visto, pero ya le conoces.

—Sí. ¡Kragar!

Entré en mi oficina y descubrí que no me esperaba ningún mensaje. Eso significaba, al menos, que no se habían producido nuevos desastres.

—Eh, jefe.

—¿Qu...? Buenos días, Kragar. Nada nuevo, por lo que veo.

—Exacto.

—¿Alguna noticia de Temek?

—Narvane ha vuelto a trabajar con él. Eso es todo.

—Bien. Yo...

*¡Jefe!*

*¡Temek! Estábamos hablando de ti. ¿Tienes algo?*

*No exactamente, pero escucha, estaba husmeando por los alrededores del Mercado de Potter y Stipple Road, y me dejé caer por ese antro de klava para escuchar las habladurías, y ese teckla se acerca a mí; un tipo al que no había visto nunca, y dice: «Dile a tu jefe que Kiera tiene algo para él. Que se encuentre con ella en la sala de atrás de La Llama Azul dentro de una hora. Dile eso».*

*»Se levantó y salió. Le seguí; a menos de diez pasos, pero cuando salí ya había desaparecido. Eso es todo. Creo que puede ser una celada, jefe, pero...*

*¿Cuándo pasó?*

*Hace unos dos minutos. Busqué al tipo, y luego me puse en contacto contigo.*

*De acuerdo. Gracias. Vuelve al trabajo.*

Enlacé las manos y medité.

—¿Qué pasa, Vlad?

Repetí la conversación a Kragar.

—¿Kiera? —dijo—. ¿Crees que se refería a Kiera la Ladrona.

Asentí.

—Debe ser una trampa, Vlad. ¿Por qué no...?

—Kiera y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

Kragar pareció sorprenderse.

—No lo sabía.

—Bien. En ese caso, existen posibilidades de que Laris tampoco. Y eso significa que no es una trampa.

—Yo iría con cuidado, Vlad.

—Esa es mi intención. ¿Puedes enviar a algunos muchachos hacia allí, ahora mismo, a echar un vistazo, y colocar un bloqueo de teleportación para mantener alejado a todo el mundo?

—Claro. ¿Dónde has dicho que es la cita?

—En La Llama Azul. Está en...

—Lo sé. Ummmm. «Trabajaste» allí hace un año y medio, ¿verdad?

—¿Cómo coño lo sabes?

Me dedicó una de sus sonrisas inescrutables.

—Hay algo más —dijo.

—El propietario se va a unir a nosotros por ciento cincuenta. Apuesto a que cooperará muchísimo, si le abordamos con inteligencia.

—Me pregunto si Kiera lo sabía.

—Tal vez, jefe. Como suele decirse, está en todo.

—Sí. Muy bien. Tenemos unos cincuenta minutos. Manos a la obra.

Se fue. Me mordisqueé el pulgar un momento.

*Bien, Loiosh, ¿qué opinas?*

*Creo que va en serio, jefe.*

*¿Por qué?*

*Una intuición.*

*Ummmm. Bien, como tu trabajo consiste en tener intuiciones, creo que te haré caso, pero si te equivocas y me matan, me enfadaré mucho contigo.*

*No lo olvidaré.*

Mirafn salió primero, seguido de Loiosh; y después de Wyrn. Yo salí a continuación, seguido de Varg y Bichobrillante. Loiosh describía círculos en el aire, avanzando poco a poco.

*Todo despejado, jefe.*

*Bien.*

Todo esto para recorrer una manzana corta.

\* \* \*

Cuando llegamos a La Llama Azul, que estaba encajada entre un par de almacenes como si intentara esconderse, Bichobrillante entró primero. Volvió a salir, asintió, y Loiosh y Varg entraron. Yo lo hice a continuación. La luz del local era demasiado tenue para mi gusto, pero veía bastante bien. Había cuatro reservados en las paredes de cada lado, dos mesas de cuatro personas en el Centro y dos mesas de juego en medio. En un reservado alejado, de cara a mí, había un jherreg llamado Shoen, al que Kragar había alquilado.

Shoen era uno de esos tipos que trabajan por libre capaz de casi todo, y lo hacía bien. Era bajo, tal vez metro noventa y cinco, y robusto. Llevaba el pelo echado hacia atrás, como Varg. Tenía un grupo de músculos, regentaba un pequeño negocio de préstamos, hacía alguna «limpieza», a veces dirigía partidas de shareba... En un

momento u otro, había hecho de todo. Durante una temporada trabajó como contacto de la organización en el palacio imperial. Hacía «trabajos», desde luego. De hecho, era uno de los asesinos más competentes que yo conocía. Si no fuera tan adicto al juego, o si fuera mejor jugador, habría ganado lo bastante para retirarse años antes. Estaba muy contento de que estuviera con nosotros.

Sentado solo en una mesa de juego del otro lado había un muchacho (tal vez trescientos años) que se llamaba Chimov. Llevaba en la organización diez años, como mínimo, pero ya había «trabajado» dos veces, al menos. Esto se consideraba bueno (yo le superaba, pero soy oriental). Tenía el cabello negro, fuerte y cortado a la altura de la oreja. Sus rasgos faciales recordaban a la Casa del Halcón. No hablaba mucho, cosa que los jheregs consideraban estupenda en alguien de su edad.

En conjunto, me sentí muy bien protegido cuando entré en la sala de atrás. Wym, Mirafn y Loiosh me precedieron. La sala tenía una mesa larga y grande, diez mesas, y estaba vacía.

—Muy bien —dije—. Vosotros dos, largaos.

Wyrn asintió.

Mirafn vaciló.

—¿Estás seguro, jefe?

—Sí.

Se marcharon. Me senté en una silla y esperé. La única puerta de la sala estaba cerrada, no había ventanas y el edificio estaba rodeado por bloqueos antiteleportación. Me pregunté cómo entraría Kiera.

Dos minutos después me lo seguía preguntando, pero era puramente retórico.

—Buenos días, Vlad.

—Maldita sea. Te habría visto entrar, pero parpadeé.

Rió, me dedicó una reverencia y me besó con afecto. Se sentó a mi derecha. Loiosh se posó sobre su hombro y le lamió la oreja. Kiera le rascó bajo la barbilla.

—Bien, ¿para qué querías verme?

Introdujo la mano en su capa y sacó una bolsita. La abrió con destreza y me hizo un gesto. Extendí la mano y un único cristal blancoazulado cayó en mi palma. Medía algo así como un centímetro de diámetro. Me volví y lo alcé hacia la lámpara.

—Muy bonito —dije—. ¿Un topacio?

—Un diamante.

Giré en redondo para ver si bromeaba. No bromeaba. Lo examiné de nuevo.

—¿Natural?

—Sí.

—¿Incluido el color?

—Sí.

—¿Y el tamaño?

—Si.

—¿Me lo garantizas?

—Sí.

—Entiendo.

Dediqué otro minuto a estudiar el objeto. No soy un experto, pero sé algo sobre piedras preciosas. No detecté la menor imperfección.

—Supongo que lo habrás tasado. ¿Cuánto vale?

—¿En el mercado abierto? Tal vez treinta y cinco mil, si buscas un comprador. Veintiocho o treinta en una venta rápida. Un perista te daría hasta quince mil..., si aceptara el trato.

Asentí.

—Te daré veintiséis.

Ella meneó la cabeza. Me quedé sorprendido. Kiera y yo nunca habíamos regateado. Si me ofrecía algo, yo le daba el mejor precio que podía, y se cerraba el trato.

—No te lo estoy vendiendo. Es tuyo. Cierra la boca, Vlad. Se te va a desencajar la mandíbula.

—Kiera, yo...

—De nada.

—Pero ¿por qué?

—¡Vaya pregunta! Te doy una fortuna, y aún quieres saber por qué.

*Sí. Cierra el pico, jefe.*

Loiosh le lamió la oreja.

—De nada, a ti también —dijo ella.

De pronto, al mirar la piedra, se me ocurrió que la había visto antes, o a sus primas. Miré a Kiera.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté.

—¿Por qué demonios quieres saberlo?

—Dímelo, por favor.

Se encogió de hombros.

—Tuve la oportunidad de visitar hace poco la Montaña Dzur.

Suspiré. Ya me lo imaginaba. Sacudí la cabeza y le devolví la piedra.

—No puedo. Sethra es amiga mía.

Entonces, fue Kiera quien suspiró.

—Vlad, te juro por la Diosa Demonio que es más difícil ayudarte que engañar a Mario. —Quise hablar, pero ella alzó una mano—. Tu lealtad hacia tu amiga te honra, pero haz el favor de confiar en mí. No puede prestar su apoyo a una guerra jhereg, al igual que Morrolan, pero eso no detuvo a Morrolan, ¿verdad?

—¿Cómo sabes...?

Me interrumpió.

—Sethra sabe qué ha sido de esta piedra, aunque nunca lo admitirá. ¿De acuerdo?

Me quedé sin habla una vez más. Antes de que pudiera hablar, Kiera me tendió la bolsa. Guardé la piedra en la bolsa como un autómatas, y la bolsa en mi capa. Kiera se inclinó y me besó.

—Para ser un asesino —dijo—, eres un amor.

Se marchó.

Más tarde, Temek me entregó la lista de cinco locales propiedad de Laris. Encargué que algunos magos aparecieran en dos de ellos como clientes, para empezar la maniobra de infiltración. Mago, por cierto, significa un tipo particular de hechicero muy poderoso, o bien, en la Casa Jhereg, alguien que realiza un trabajo específico muy bien. Si os preguntáis cómo diferenciarlos... bien, pues yo también.

Sea como fuere, cuatro magos se infiltraron en dos locales de Laris, mientras Kragar preparaba la estrategia para los demás. Dimos el primer golpe aquella noche. Cuatro matones, casi todos de la Casa de la Orca y contratados por dos imperiales cada uno, fueron al local. Había dos protectores de Laris, que derribaron a uno de los nuestros por cabeza antes de ser reducidos. Los invasores emplearon cuchillos y porras en los clientes. No hubo bajas, pero nadie volvería a frecuentar el local por un tiempo.

En el ínterin, contraté a más individuos de esos para proteger mis negocios de un trato similar.

Dos días más tarde, atacamos otro, con excelentes resultados. Aquella noche, Temek informó que Laris había desaparecido y dirigía su cotarro desde algún lugar secreto.

A la mañana siguiente, Narvane, haciéndose eco de unos rumores, encontró el cadáver de Temek en una callejuela situada detrás del primer local que atacamos. No se le pudo revivir.

Tres días después, Varg informó que uno de los muchachos de Laris le había abordado para colaborar en un atentado contra mí. Dos días más tarde, Shoen encontró al individuo que había abordado a Varg, solo. El tipo salía del apartamento de su amante. Shoen le liquidó. Una semana después, dos de los magos que me habían infiltrado en uno de los locales de Laris volaron en pedazos mientras cenaban en un antro de klava, debido a un conjuro arrojado desde la mesa contigua.

Una semana más tarde, atacamos otro local de Laris. Esta vez, contratamos a veinticinco matones para que nos ayudaran. Laris había erigido defensas, de modo que seis de los míos emprendieron su último viaje, pero cumplieron el encargo.

En algún momento, Laris perdió la paciencia. Debió arruinarse, pero localizó a un hechicero capaz de doblegar mis conjuros protectores. Una semana después de mi ataque, la tienda de mi perista se incendió, junto con el perista y casi toda su

mercancía. Doblé la protección de los demás locales. Dos días después, Narvane y Chimov cayeron en una trampa cuando iban a escoltar a H'noc hasta mi oficina. Chimov fue rápido y afortunado, de modo que se le pudo revivir; Narvane no fue tan rápido pero sí mucho más afortunado, y consiguió teleportarse a un curador.

Los asesinos escaparon.

Ocho días más tarde, ocurrieron dos cosas la misma noche, casi al mismo tiempo.

Primero, un mago se infiltró en un edificio que alojaba un burdel regentado por Laris, esparció con todo cuidado más de cuarenta galones de queroseno y lo encendió. El local ardió hasta los cimientos. Los incendios se produjeron en la parte delantera del segundo piso y en la trasera del primero; nadie llegó siquiera a chamuscarse.

Segundo, Varg vino a verme para hablar de algo importante. Melestav me informó. Le dije que dejara entrar a Varg. Cuando Varg abrió la puerta, Melestav observó algo (aún no sabe qué) y gritó que se detuviera. No lo hizo, así que Melestav hundió un cuchillo en su espalda y Varg cayó a mis pies. Lo examinamos, y descubrimos que no era Varg. Di a Melestav una recompensa, entré en mi oficina, cerré la puerta y me puse a temblar.

Dos días después, la gente de Laris lanzó un ataque a gran escala contra mi oficina, además de quemar la tienda. Les rechazamos sin perder a nadie de forma permanente, pero el coste fue muy alto.

Narvane, que había sustituido a Temek, descubrió otra fuente de ingresos de Laris. Cuatro días después del ataque a mi oficina respondimos: apalizamos a algunos clientes, herimos a algunos de sus protectores y prendimos fuego al local.

En aquel momento, ciertos grupos ya estaban hasta el gorro del asunto.

Aquel día, me encontraba de pie entre los escombros agolpados ante mi oficina, mientras intentaba decidir si necesitaba un nuevo local. Wym, Mirafn, Bichobrillante y Chimov me rodeaban. Kragar y Melestav también estaban por allí.

—Problemas, jefe —dijo Bichobrillante.

Mirafn se colocó de inmediato delante de mí, pero yo ya había visto a cuatro jheregs que caminaban hacia el edificio en ruinas. Daba la impresión de que había alguien en medio, pero no estaba seguro.

Llegaron y cuatro de ellos se plantaron delante de mis guardaespaldas. Entonces, surgió una voz de entre ellos que reconocí al instante.

—¡Taltos!

Tragué saliva y avancé. Hice una reverencia.

—Saludos, lord Toronnan.

—Ellos se quedan. Tú vienes.

—¡Venir, lord Toronnan? ¿Dónde...?

—Cierra el pico.

—Sí, mi señor. *-Uno de estos días, bastardo, acabaré contigo.*

Dio media vuelta y yo le seguí. Miró hacia atrás.

—No —dijo—. Esa cosa también se queda.

Tardé un momento en adivinar a quién se refería, y dije: *Preparado, Kragar. Preparado, jefe.*

—No —dije en voz alta—. El jhereg se queda conmigo.

Entornó los ojos y sostuvimos la mirada.

—De acuerdo —dijo por fin.

Me relajé. Fuimos al norte, hacia Malak Circle, y después nos desviamos al este por la calle del Muelle. Por fin, llegamos a lo que antes había sido un hostel, pero que ahora estaba vacío, y entramos. Dos de sus muchachos se quedaron junto a la puerta. Otro le esperaba dentro. Llevaba útiles de hechicería. Nos paramos ante él.

—Hazlo —dijo Toronnan.

Noté un retortijón en las tripas, y me encontré con Toronnan y dos de sus guardaespaldas en una zona que reconocí como el noroeste de Adrilankha. Estábamos en las colinas, donde las casas eran casi como castillos. A unos veinte metros de nosotros se veía la entrada de una mansión blanca, con las grandes puertas dobles taraceadas en oro. Un lugar muy bonito.

—Adentro —dijo Toronnan.

Subimos la escalinata. Un criado abrió la puerta. Había dos jheregs en el interior; sus capas grises tenían aspecto de ser nuevas y bien cortadas. Uno de ellos cabeceó en dirección a los protectores de Toronnan.

—Que esperen aquí —dijo.

Mi jefe asintió. Seguimos hacia dentro. El vestíbulo era más grande que el apartamento donde viví después de vender el restaurante. La sala en que desembocaba, como una alcantarilla en un sumidero, era más grande que el apartamento en que vivía. Vi más oro invertido en chorradas del que había ganado en un uno. Nada de esto contribuyó a mejorar mi estado de ánimo. De hecho, cuando nos condujeron a una pequeña sala de estar, empezaba a sentirme más beligerante que asustado. Estar sentado allí diez minutos con Toronnan, esperando, tampoco me benefició.

Entonces, entró aquel tipo, vestido con los habituales tonos grises y negros, con pespuntos dorados alrededor de los bordes. Tenía el cabello cano. Parecía viejo, tal vez dos mil años, pero sano. No estaba gordo (los dragaeranos no engordan), pero daba la impresión de comer bien. Tenía la nariz pequeña y achatada; los ojos, profundos y de color azul claro. Habló a Toronnan con voz áspera y resonante.

—¿Es él? —preguntó.

¿Quién pensaba que era yo? ¿Mario Nieblagris? Toronnan se limitó a asentir.

—De acuerdo —dijo—. Sal.

Toronnan obedeció. El pez gordo me miró. Se suponía que debía ponerme

nervioso, imagino. Al cabo de un rato, bostecé. Me traspasó con la mirada.

—¿Te aburres? —preguntó.

Me encogí de hombros. Aquel tipo, fuera quien fuera, podía chasquear los dedos y ordenar que me mataran, pero no estaba dispuesto a besarle el culo. Mi pellejo no vale tanto.

Acercó una silla con el pie y se sentó.

—Ya veo que eres un caso perdido —dijo—. Me has convencido. Me has impresionado. Bien, ¿quieres vivir o no?

—No me importaría —admití.

—Bien. Soy Terion.

Me levanté y le dediqué una reverencia. Después, me senté. había oído hablar de él. Era uno de los cinco jefazos, uno de los cinco que dirigían la organización en la ciudad de Adrilankha (y en Adrilankha se llevaba a cabo el noventa por ciento de los negocios). Yo sí que estaba impresionado.

—¿En qué puedo servirte, mi señor?

*Oh, vamos, jefe. Dile que salte al caos, sácale la lengua y escupe en su sopa. Adelante.*

—Puedes ceder en tus intentos de quemar Adrilankha.

—¿Señor?

—¿Eres sordo?

—Os aseguro, mi señor, que no abrigo el menor deseo de quemar Adrilankha. Sólo una pequeña parte.

Sonrió y asintió. Después, sin previo aviso, su sonrisa se desvaneció y sus ojos se entornaron hasta formar unas tenues rendijas. Se inclinó hacia mí y sentí que la sangre se helaba en mis venas.

—No juegues conmigo, oriental. Si quieres pelear con ese otro teckla, Laris, hazlo de forma que el Imperio no caiga sobre nosotros. Se lo he dicho a él, y ahora te lo digo a ti. De lo contrario, yo arreglaré la disputa. ¿Has comprendido?

Asentí.

—Sí, mi señor.

—Bien. Ahora, vete cagando leches.

—Sí, señor.

Se levantó, me dio la espalda y salió. Tragué saliva un par de veces, me puse en pie y salí de la sala. Toronnan se había ido, con todos los suyos. El criado de Terion me acompañó a la puerta. Tuve que teleportarme de vuelta a mi oficina. Dije a Kragar que tendríamos que cambiar de métodos.

Sin embargo, no tuvimos tiempo de hacerlo. Terion estaba en lo cierto, pero había reaccionado demasiado tarde. El Imperio ya estaba hasta el gorro.

## 6

### «Voy a dar un paseo»

Cuando dices «emperatriz», lo más probable es que convoques la imagen de una matrona anciana, de mirada severa, cabello gris acero, vestida con ropajes dorados, con el Orbe girando alrededor de su cabeza, mientras emite edictos y órdenes que afectan a las vidas de millones de súbditos con un movimiento indiferente del cetro.

Bien, el Orbe giraba alrededor de su cabeza; esa parte era cierta. También llevaba oro, pero nada tan sencillo como ropajes. Solía llevar... Bueno, da igual.

Zerika era una joven de trescientos o cuatrocientos años que equivale a veintipico en los humanos. Su cabello era dorado, (y si hubiera querido decir «rubio», habría dicho «rubio»). Sus ojos eran del mismo color, como los de un lyorn, y muy hundidos. Tenía la frente despejada, las cejas claras y casi invisibles, y las piel muy pálida (pese a los rumores, no era una no muerta).

La Casa del Fénix siempre es la más pequeña, porque no te consideran un fénix hasta que un fénix de verdad pasa sobre tu cabeza en el momento de nacer. El Interregnum había eliminado a todos los fénix, excepto a la madre de Zerika, que murió al dar a luz.

Zerika nació durante el Interregnum. El último emperador había sido un fénix decadente, y como aquél era el decimoséptimo Ciclo, el siguiente emperador tenía que ser también un fénix pues se supone que un fénix renacido ha de seguir a un fénix decadente cada diecisiete ciclos. A propósito, por lo que yo sé, un fénix renacido es un emperador de la Casa del Fénix que aún no ha caído en decadencia al final de su reinado. Sea como sea, Zerika era la única fénix viva en aquella época, de modo que tenía que ser Zerika (todo este asunto de qué es necesario para ser un fénix es muy extraño, cuando se combina con aspectos de las relaciones entre las Casas, como la genética. O sea, parece absurdo sostener la opinión de la mayoría de dragaeranos acerca de crear híbridos, porque hasta el momento no existe otra manera de producir un heredero fénix que no sea por entrecruzamiento. Puede que me extienda más sobre esto en otro momento).

En cualquier caso, a la tierna edad de cien años o así, fue a las Cataratas de la Puerta de la Muerte y pasó, viva, por los Senderos de los Muertos, hasta llegar a la Sala

del Juicio. Allí, cogió el Orbe de la sombra del último emperador y volvió para declarar concluido el Interregnum. Esto sucedió cuando mi tatatatatarabuelo nació.

Por cierto, lo de descender las Cataratas de la Puerta de la Muerte es muy impresionante. Lo sé, porque yo lo he hecho.

La cuestión es que todos estos antecedentes proporcionan a Zerika cierta comprensión de la condición humana, o al menos, dragaerana. Era prudente e inteligente. Sabía que no iba a ganar nada si interfería en un duelo entre jheregs. Por otra parte, supongo que era imposible pasar por alto lo que Laris y yo estábamos haciendo.

Nos despertamos la mañana posterior a mi encuentro con Terion y descubrimos las calles patrulladas por guardias ataviados con el uniforme del Fénix. Advertencias clavadas en las paredes explicaban que no se permitía a nadie pasear por las calles después de anochecer, que no podían formarse grupos de más de cuatro personas, que toda utilización de la hechicería sería meticulosamente observada y regulada, que todas las tabernas y fondas estaban clausuradas hasta nuevo aviso. Se leía entre líneas que ninguna actividad ilegal sería tolerada.

Era suficiente para que deseara mudarme a un barrio mejor.

—¿Cómo lo llevamos, Kragar?

—Podremos aguantar, financiando todo sin ganar nada, unas siete semanas.

—¿Crees que esto se alargará siete semanas?

—No lo sé. Espero que no.

—Sí. No podemos reducir nuestras fuerzas a menos que Laris haga lo mismo, y no tenemos manera de saber silo hará. Eso es lo peor; sería el momento perfecto para empezar a infiltrarnos en su organización, pero no podemos porque tampoco funciona en este momento.

Kragar se encogió de hombros.

—Tendremos que sentarnos a esperar.

—Ummmm. Tal vez. Oye, ¿por qué no localizamos algunos locales legales con los que esté relacionado, restaurantes, por ejemplo, y hacemos amistad con los gerentes?

—¿Amistad?

—Claro. Les haremos regalos.

—¿Regalos?

—Dinero.

—¿Así por las buenas?

—Sí. Sin pedirles nada. Que los muchachos les den dinero, y *digan* que es de mi parte.

Kragar parecía más perplejo que nunca.

—¿De qué servirá?

—Bueno, funciona con los consejeros de la corte, ¿no? ¿No se consiguen relaciones así? Se mantienen buenas relaciones para que, si necesitamos algo, la gente esté bien dispuesta hacia nosotros. ¿Por qué no lo probamos ahora? No nos perjudicará.

—Nos saldrá caro.

—Olvídalo. Podría funcionar. Si les caemos bien, existen más posibilidades de que se vayan de la lengua, y puede que nos digan algo útil. Si no ahora mismo, quizá algún día.

—Vale la pena probar —admitió Kragar.

—Empieza con quinientos, y repártelos por ahí.

—Tú eres el jefe.

—Lo siguiente; tendríamos que averiguar cuándo será posible abrir algún local. ¿Alguna idea? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? Años?

—Como mínimo, días, tal vez meses. Recuerda que esos guardias están tan disgustados como nosotros. Se opondrán a la situación por su cuenta, y todos los comerciantes que no están implicados, también. Además, no hace falta decir que todos los contactos de la organización en palacio estarán trabajando en ello. No creo que se prolongue más de un mes.

—¿Terminará de repente, o poco a poco?

—Podría ser de cualquiera de ambas maneras, Vlad.

—Uf. Bien, ¿podríamos abrir un garito en, digamos, una semana.

—Puede que nos dejen, pero en cuanto abras un garito, ¿qué pasará la primera vez que un cliente se quede sin blanca? Hemos contar con alguien que le preste dinero, y puede que se retrase los pagos y se ponga a robar. Necesitamos un perista, o...

—En cualquier caso, no tenemos a ningún perista.

—Estoy en ello.

—Ah. De acuerdo. Sí, te entiendo. Todo está relacionado.

—Y otra cosa más: quien abra un local va a estar muy nervioso. Eso significa que deberías hacer visitas en persona, y eso es peligroso.

—Sí.

—Podríamos buscar una nueva oficina. Esta aún huele a humo.

—Podríamos, pero... ¿Sabes dónde está la oficina de Laris?

—Lo se, pero ya no va por allí. No sabemos dónde está el tipo.

—Pero sabemos dónde está su oficina. Estupendo. Allí estará mi nueva oficina.

Kragar aparentó sorpresa al principio, pero luego meneó la cabeza.

—No hay nada como la confianza —dijo.

\* \* \*

Aquella semana, Narvane estuvo en contacto conmigo constantemente, y poco a poco se fue aficionando al trabajo. Después de lo que le había pasado a Temek, iba con mucho cuidado, pero estábamos acumulando una lista de lugares, y algunos nombres.

Intenté lanzar un pequeño conjuro de brujería contra Laris, sólo para averiguar si valía la pena atacarle así, pero no conseguí nada. Eso significaba que gozaba de protección contra la brujería, e indicaba que me conocía bien, puesto que la mayoría de dragaeranos consideran superfluo preocuparse por el arte.

Mis protectores seguían a la gente conocida, e intentaban estudiar sus movimientos, por si la información nos era útil más adelante. Abordamos a un par de tipos con cantidades considerables, con la esperanza de descubrir el escondite de Laris, pero fracasamos.

El proyecto de entablar amistad con gente de Kragar fue mejor, si bien algo lento. No logramos nada útil, pero existían indicios de que, en el futuro, tal vez cambiaría la situación. Envié a algunos muchachos a hablar con los Guardias del Fénix. Nos contaron que el trabajo no les complacía, no esperaban que se prolongara mucho y estaban tan impacientes por volver a jugarse el dinero como nosotros por pagárselo. Reflexioné sobre el asunto.

Seis días después de que Zerika enviara a sus guardias, me encontré con Kragar y Sonrisas Gilizar. Sonrisas había protegido a Nielar, y se había recuperado muy bien de la revivificación. Se había ganado el sobrenombre porque sonreía casi tanto como Varg, o sea, nada.

Varg, sin embargo, apenas tenía expresión. Sonrisas exhibía una mueca despectiva permanente. Cuando daba la impresión de que iba a morderte en la pierna, era feliz. Cuando se enfadaba, su rostro se contorsionaba. Había elegido un arma oriental llamada lepip, que consistía en una pesada barra de metal envuelta en cuero para impedir cortes. Cuando no se dedicaba a la protección, musculeaba. Había empezado en los muelles, cobrando deudas para un prestamista de genio vivo llamado Cerill. Cuando Cerill se hartaba de ser razonable, enviaba a Sonrisas, y al día siguiente enviaba a otra persona para razonar con lo que quedaba.

Kragar y yo estábamos sentados con Sonrisas, que nos miraba ceñudo.

—Sonrisas, nuestro amigo H'noc va a abrir un burdel mañana por la noche. Le protegen Abror y Nephital. Quiero que vayas a echarles una mano.

Su mueca despectiva se acentuó, como si la tarea no fuera digna de él.

Le conocía lo bastante bien para no hacerle caso. Continué.

—Mantente alejado de los clientes, para no asustarles. Si los guardias intentan cerrar el local, déjales. ¿Serás capaz?

Resopló, y yo lo tome como una afirmación.

—De acuerdo, ve allí a la hora octava. Eso es todo.

Se fue sin pronunciar palabra. Kragar meneó la cabeza.

—Me asombra que puedas desembarazarte de él con tanta facilidad, Vlad. Da la impresión de que, para ello, sea necesaria una proscripción demoníaca.

Me encogí de hombros.

—Nunca ha «trabajado», por lo que yo sé.

—Nos interesaría saber algo mañana —gruñó Kragar—. ¿Alguna noticia de Narvane?

—Poca cosa. Va lento.

—Me lo imagino, pero al menos, debería comprobar si Laris va a abrir algo...

Me mostré de acuerdo. Me puse en contacto con Narvane y le di las órdenes pertinentes. Después, suspiré.

—Detesto estar en la inopia así. Contamos con una buena base para el futuro, pero seguimos sin saber casi nada sobre él.

Kragar asintió, y luego sonrió.

—¡Vlad! ¡Morrolan! ¿No eres su consejero de seguridad? ¿No tiene una red de espías?

—Claro, Kragar. Y si quieres averiguar cuántos hechicero tiene en nómina lord No Sé Cuántos de la Casa del Dragón, te lo podría decir en tres minutos, además de su especialidad, edad y vinos favoritos, pero eso no nos sirve de nada.

Una expresión vaga apareció en su rostro.

—Debería existir una manera de utilizar eso... —dijo.

—Si se te ocurre una, avísame.

—Lo haré.

\* \* \*

H'noc se puso en contacto conmigo la noche del día siguiente.

¿Sí?

*Sólo quería decirte que los guardias no nos han molestado todavía.*

*Bien. ¿Clientes?*

*Puede que dos.*

*De acuerdo. Algo es algo. ¿Has visto a alguien que tuviera pinta de trabajar para Laris?*

*¿Cómo puedo saberlo?*

*Bien. Seguiremos en contacto.*

Miré a Kragar, que últimamente pasaba más tiempo en mi oficina que en la suya.

—Acabo de hablar con H'noc. Ningún problema: no hay clientes.

Asintió.

—Si superamos la noche, tal vez mañana abramos una tienda de peritajes.

—Claro. ¿Quién?

—Conozco algunos ladrones que andan hablando de dedicarse al negocio.

—¿En plena guerra?

—Tal vez.

—De acuerdo. Averígualo.

—Lo haré.

Kragar localizó a un perista, y abrimos un par de noches más tarde. Al mismo tiempo, Narvane descubrió que Laris no hacía gran cosa. Empezamos a respirar mejor. Llegamos a la conclusión de que los Guardias del Fénix no tardarían en desaparecer, y la situación recobraría la normalidad.

¿La normalidad? ¿Qué significaba «normalidad», exactamente, en aquel momento?

—Kragar, ¿qué pasará cuando los Guardias del Fénix desaparezcan?

—Las cosas volverán a la... Ah, ya sé a qué te refieres. Bien en primer lugar, volveremos a ponernos a la defensiva. El empezará a atosigarnos, nosotros empezaremos a tratar de averiguar todo cuanto podamos sobre él y... Por cierto, alguien más que Narvane debería dedicarse a ello.

—Lo sé. Lo haremos, pero... Creo que es nuestra gran oportunidad de salir adelante.

—Er... ¿Cuál es?

—Esta. Ahora. Cuando ninguno de los dos pueda atacar al otro pero es posible poner en marcha de nuevo los negocios. Deberíamos forzar la máquina al máximo. Abrir todos los locales posibles, reunir suficiente dinero y entablar amistades con todos los muchachos de Laris que nos sea posible. Poner a Narvane y a quien esté disponible a investigarle... Todo el lote.

Kragar meditó, y después asintió.

—Tienes razón. Tenemos al perista trabajando, lo cual supone que podemos abrir una casa de préstamos. ¿Tres días? ¿Dos?

—Dos. Habrá que pagar sobornos extra, pero no durará

—Exacto. En cuanto eso marche, empezaremos a abrir los clubes de shareba. ¿Dentro de una semana, tal vez, si todo va bien?

—Eso suena bien.

—Estupendo. Al principio, no necesitaremos demasiada protección. Wyrn y Mirafn ayudarán a Narvane. Y quizá también Chimov y Bichobrillante, pero todos se seguirán turnando como guardaespaldas.

—Chimov no. No quiero que un independiente sepa demasiado sobre lo que yo sé. Tal vez N'aal. No es muy bueno, pero ya aprenderá.

—De acuerdo. Hablaré con ellos, y se lo diré a Narvane.

—Bien. ¿Nos dejamos algo?

—Es probable, pero no se me ocurre qué.

—Entonces, vamos a ello.

*Será agradable verte trabajar de nuevo, jefe.*

*Cierra el pico, Loioosh.*

Narvane sólo tardó dos días en conseguir más ayuda para su organización. El día que el prestamista empezó, empecé a recibir informes de ellos, y me quedé impresionado. Si bien no conocían a mucha gente de Laris, y la que conocían carecía de importancia, descubrieron siete establecimientos de Laris. Ante nuestra sorpresa, ninguno había reabierto. Laris no daba señales de vida. No sabía si alegrarme o ponerme nervioso, pero como la ciudad seguía plagada de Guardias del Fénix, nos sentíamos a salvo.

Unos días más tarde, abrí un garito de shareba, y al día siguiente uno de piedras s'yang y otro de banca de tres cobres. Nuestra ventaja sobre Laris aumentaba, pero no daba muestras de reaccionar. Me pregunté qué significaba aquello.

—Oye, Kragar.

—¿Cuántos dzurs hacen falta para afilar una espada?

—No sé.

—Cuatro. Uno para afilarla, y tres para iniciar una pelea que la haga necesaria.

—Ah. ¿Hay alguna moraleja?

—Pienso que sí. Creo que está relacionado con la necesidad de tener oposición para poder actuar.

—Ummmm. ¿Quieres decirme algo, o te gusta ser ambiguo?

—Voy a dar un paseo. ¿Quién me protege hoy?

—¿Un paseo? ¿Estás seguro de que no corres peligro?

—Por supuesto que no. ¿Quién está de turno?

—Wyrn, Mirafn, Varg y Bichobrillante. ¿Qué quieres decir con dar un paseo?

—Voy a visitar mis negocios. Correrá la noticia de que lo he hecho, y de que no estoy preocupado ni por Laris ni por el Imperio. Los clientes se tranquilizarán y los negocios mejorarán. ¿Cierto o no?

—¿Vas a demostrar que no estás preocupado, dando un paseo con tus guardaespaldas?

—¿Cierto o no? -Suspiró.

—Cierto, supongo.

—Llámales.

Obedeció.

—Quédate aquí —le dije— y toma el mando.

Salimos de la oficina, dejamos atrás las ruinas de la tienda (no me atrevía a dejar que alguien se me acercara lo bastante para iniciar las reparaciones) y pisamos la calle. Había un par de Guardias del Fénix en la esquina noroeste de Garshos y Copper Lane.

Tomamos aquella dirección, precedidos por Loiosh, y sentí que sus ojos se clavaban en mí. Nos desviamos por Garshos hacia Dayland, y me sorprendí al no ver a más guardias. Fuimos a la tienda del perista, ubicada en el sótano de una fonda llamada Los Seis Chreotas, que daba la impresión de estar desmoronándose desde hacía unos miles de años.

Entré a ver al perista. Era un tipo de aspecto risueño llamado Renorr, bajo, moreno, de cabello castaño rizado y facciones aplastadas que indicaban algún antepasado jhegaala. Tenía los ojos límpidos, lo cual demostraba que llevaba poco tiempo en el negocio. No es posible sobornar a los guardias imperiales para que hagan la vista gorda en esa actividad, y hay que ir con cuidado para impedir que te descubran. Los peristas siempre terminan con los ojos huidizos y aterrorizados. Renorr hizo una reverencia.

—Es un honor conoceros por fin, mi señor —dijo.

Asentí.

Señaló hacia el exterior.

—Parece que se han marchado.

—¿Quién? ¿Los guardias?

—Sí. Había varios cerca esta mañana.

—Ummm. Bien, mejor. Quizá estén reduciendo las fuerzas.

—Sí.

—¿Cómo van los negocios?

—Lentos, señor, pero en alza. Acabo de empezar.

—Muy bien. —Sonreí—. Sigue así.

—Sí, señor.

Salimos, continuamos hasta Glendon, seguimos hasta Copper Lane y nos desviamos hacia el norte. Cuando pasamos ante la Llama Azul, me detuve.

*¿Qué pasa, jefe?*

*Los guardias, Loiosh. Había dos en aquella esquina hace quince minutos. Ahora ya no están.*

*No me gusta esto...*

—¿Te has dado cuenta de que los guardias han desaparecido, jefe? —preguntó Bichobrillante—. Una coincidencia asombrosa. No me gusta.

—Espera —dije.

*Creo que deberíamos volver a la oficina, jefe.*

*No creo...*

*¿Recuerdas lo que dijiste sobre mis «intuiciones»? Bien, esta es fuerte. Creo que deberíamos regresar ahora mismo.*

*De acuerdo, me has convencido.*

—Volvamos a la oficina —dije a Bichobrillante.

Pareció aliviado. Varg no reaccionó. Wyrn asintió, con ojos soñadores, y su semisonrisa no se alteró. Mirafn asintió con su enorme cabeza desgredada.

Dejamos atrás La Llama Azul y empezamos a tranquilizarnos. Llegamos a la esquina de Garshos y Copper. Wyrn y Mirafn miraron en ambas direcciones y asintieron. Doblamos la esquina y la oficina apareció ante nuestros ojos. Oí un ruido extraño a mi espalda, un paso en falso, y me volví a tiempo de ver a Varg caer de rodillas, con una expresión de estupefacción en el rostro. Vi por el rabillo del ojo que Bichobrillante se desplomaba.

*¡Cuidado, jefe!*

Por un brevísimo instante, no creí lo que estaba pasando.

Había sabido desde el principio que mi vida corría peligro, pero nunca había creído que yo, Vlad Taltos, asesino, pudiera ser atacado en la calle como un vulgar teckla. Pero Bichobrillante estaba cayendo, y vi que el pomo de un cuchillo sobresalía de la espalda de Varg. Aún no había perdido la conciencia, intentaba arrastrarse hacia mí, mientras movía la boca sin poder articular palabra.

Entonces, mis reflejos funcionaron, cuando comprendí que estaba vivo, y que Wyrn y Mirafn me cubrirían las espaldas. Lancé la mano hacia mi espadín mientras intentaba localizar al lanzador de cuchillos, y...

*¡Detrás de ti jefe!*

Giré en redondo y vi que Wyrn y Mirafn retrocedían cuando una dragaerana alta con... Espera un momento. ¿Retrocedían? Pues sí. Me miraban fijamente mientras retrocedían con cautela, lejos de la escena. Entretanto, una dragaerana alta se acercaba hacia mí, lenta y firmemente, con una enorme espada en la mano.

Me olvidé del espadín y empuñé un cuchillo arrojadizo en cada mano. Quería llevarme por delante, al menos, a aquellos dos bastardos que me habían vendido. Loiosh abandonó mi hombro y voló hacia la cara de la asesina. Aquello me concedería el tiempo que necesitaba para tomar puntería y...

Algo me dijo que saltara a un lado, a la derecha, y algo afilado desgarró la parte derecha de mi espalda. Giré en redondo, con los cuchillos preparados y...

Loiosh lanzó un grito psiónico cuando algo hendió mi costado izquierdo desde atrás. Comprendí que la asesina de la espada enorme se había librado de Loiosh. Sentí frío, y me di cuenta de que había un pedazo de acero en mi interior, entre mis huesos, músculos y órganos, y me sentí mareado. Rechacé las náuseas y descubrí a la persona que me había atacado por detrás. Era una mujer, muy baja, y empuñaba un par de cuchillos de combate. Me miraba sin pestañear, como indiferente. Arrancó la espada de mi costado con brusquedad y caí de rodillas. La asesina que tenía delante cargó hacia mí, con un cuchillo dirigido a mi garganta y el otro hacia mi pecho. Intenté levantar los brazos para parar...

Y brotó sangre de su boca, y cayó a mis pies. Uno de sus cuchillos desgarró mi

pecho. Cuando cayó al suelo, alojó el otro en mi estómago. Oí alas que batían sobre mi y me alegré de que Loiosh siguiera con vida, mientras esperaba el mandoble por detrás que terminaría conmigo.

Sin embargo, oí una voz muy parecida a la de Alier, que gritaba: «¡Tú..., tú eres una dragón!». Y el tintineo del acero al golpear. De alguna manera, conseguí volverme mientras caía, y vi que era, en efecto, Alier, que empuñaba una espada gigantesca más alta que ella, y luchaba con la asesina. Morrolan contemplaba la escena, con una expresión de furia en la cara y Varanera en su mano. Loiosh gritó: *¡Apártate!*

Lo hice, pero no a tiempo de impedir que la otra, aun viva, hundiera su cuchillo hasta la empuñadura en mi riñón. Un espasmo musculoso me tiró al suelo, de bruces, sobre la hoja hundida en mi estómago, y sólo deseé morir con rapidez y acabar de otra vez.

Un instante antes de que se cumpliera mi deseo, mi cara se encontró a escasos centímetros del rostro de la otra asesina. Aún brotaba sangre de su boca, y en sus ojos se leía una sombría determinación. De pronto, comprendí que era una oriental. Eso casi me dolió más que lo otro, pero entonces el dolor se desvaneció, y yo con él.

## 7

### «A veces, se hacen tonterías»

El rastro persistente de una luz verde apagada, sin ojos para verla. La memoria como un pozo, la conciencia como un cubo, pero ¿quién tira de la cuerda? Pensé que pensaba. Existencia sin sensaciones, y el cubo aún no había llegado al agua.

Supe lo que era la «visión» cuando se produjo, y me descubrí mirando a un par de cosas brillantes y redondas que, por fin, comprendí que eran «ojos». Flotaban en la niebla gris y daban la impresión de yerme. Eso debía ser importante. «Pardos» vino a mi mente, al mirar los ojos, más o menos en el mismo momento que vi una cara definirse a su alrededor. Mientras miraba la cara, otras palabras acudieron a mi mente. «Niña» era una. «Mona» era otra. Y «sombría».

Me pregunté si era humana o dragaerana, y comprendí que había recuperado algo más.

Me examinó. Me pregunté qué veía. Su boca se abrió y surgieron sonidos. Me di cuenta de que llevaba un «tiempo» escuchando los sonidos, sin ser consciente. Los sonidos eran apagados por completo, como en una habitación que careciera de eco.

—¿Tío Vlad? —repitió, pero esta vez lo registré.

Dos palabras, «Tío» y «Vlad». Ambas poseían un significado. «Vlad» se refería a mí, y el descubrimiento me alegró. «Tío» tenía algo que ver con la familia, pero no estaba muy seguro de qué. Pensé un poco más en las palabras, pues las consideraba importantes. Mientras, una oleada de luz verde pareció surgir alrededor de mí, me bañó un momento y después paró.

Me di cuenta de que también aquello se prolongaba desde hacía rato.

Las sensaciones se multiplicaron, y noté que volvía a tener cuerpo. Parpadeé, y lo encontré delicioso. Me lamí los labios, y también fue agradable. Devolví mi atención a la niña, que me miraba con atención. Ahora parecía tranquilizada.

—¿Tío Vlad? —dijo, como una letanía.

Ah, eso está bien. «Vlad». Yo. Estaba muerto. La oriental, el dolor, Loiosh. Pero él estaba vivo, así que tal vez...

—¿Tío Vlad?

Sacudí la cabeza e intenté hablar.

—No te conozco —dije, y oí que mi voz era fuerte.

La niña asintió con entusiasmo.

—Lo sé —dijo—, pero mamá está muy preocupada por ti. ¿No quieres volver, por favor?

—¿Volver? No comprendo.

—Mamá trata de encontrarte.

—¿Te envió a buscarme?

La niña negó con la cabeza.

—No sabe que estoy aquí, pero está muy preocupada, tío Vlad. Y también tío Rollan. ¿Quieres volver, por favor?

¿Cómo podía negarme a aquella petición?

—¿Dónde estoy, pues?

La niña ladeó la cabeza, con expresión perpleja. Abrió y cerró la boca varias veces. Después, volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé, pero haz el favor de volver, ¿eh?

—Claro, cariño, pero ¿cómo?

—Sígueme.

—Muy bien.

Se alejó unos pasos, se detuvo y me miró. Me descubrí moviéndome hacia ella, pero no daba la impresión de que caminara. No tenía ni idea de la velocidad a que nos desplazábamos, o de dónde a dónde, pero el gris se fue oscureciendo gradualmente.

—¿Quién eres? —pregunté mientras nos movíamos.

—Devera —contestó.

—Encantado de conocerte, Devera.

Se volvió hacia mí y rió. Su rostro se iluminó.

—Ya nos conocíamos, tío Vlad.

Sus palabras desencadenaron algunos recuerdos que no conseguí ubicar, pero...

—Ah, tío Vlad...

—¿Sí, Devera?

—Cuando volvamos, no digas a mamá que me has visto, ¿vale?

—Muy bien. ¿Por qué? ¿No deberías estar aquí?

—Bien, no exactamente. Es que, en realidad, aún no he nacido...

La negrura era absoluta, y de repente me sentí aislado. Después, una vez más, la luz verde me bañó, y ya no recuerdo más.

...el dzur había impreso un largo arañazo en el ala del jherég. Las fauces del jherég se dirigieron hacia el cuello del dzur, pero el dzur casi tenía la boca cerrada alrededor del cuello largo del jherég, similar a una serpiente. El jherég era de crianza normal. No era uno de los gigantes carentes de veneno que habitaban sobre las Cataratas de la Puerta de la Muerte, pero era uno de los más grandes que había visto en mi vida, y

debía de ser capaz de enfrentarse con éxito a... Parpadeé. La escena no había cambiado. El cielo rojoanaranjado era correcto, pero me di cuenta de que yo estaba en el interior, en una cama, para ser exacto. Estaba contemplando un cuadro que ocupaba todo el techo. Sin duda, alguien había considerado una broma divertida que me despertara y viera aquella pintura. ¿Podía ver el cuadro de tal modo que el jhereg diera la impresión de estar ganando? Podía y lo hice. Un cuadro bonito. Respire hondo y... ¡Estaba vivo!

Volví la cabeza y paseé la vista por la habitación. Era espaciosa, según mis parámetros: unos siete metros en la dirección de la cama, tal vez cuatro y pico en la otra. Ni una ventana, pero excelente ventilación. Había un hogar en el centro de la pared a la que apuntaban mis pies, con un coquetón fuego que chisporroteaba y enviaba chispas de vez en cuando hacia la habitación. Había velas negras diseminadas por doquier, que proporcionaban la mayor parte de la luz. Había las suficientes para dotar a la habitación de una apariencia alegre, pese a las paredes negras.

Negro, negro, negro. El color de la hechicería. Lord Morrolan, el Castillo Negro. Sin embargo, no habría utilizado velas negras, a menos que estuviera haciendo brujería, y no capté rastros de conjuros. Tampoco tendría una pintura como aquella. Por lo tanto..., la Montaña Dzur, por supuesto.

Me recliné contra la almohada (¡plumas de ganso, qué lujo!) y moví poco a poco mis extremidades. Imprimí un movimiento a cada una, y a cada dedo. Reaccionaron con normalidad, pero me costó cierto esfuerzo. Vi mi capa y mi ropa dobladas pulcramente sobre un estante situado a un metro de mi cabeza. Advertí, divertido, que la persona encargada de desnudarme había dejado a Rompehechizos enrollada alrededor de mi muñeca, por eso no me había sentido desnudo de inmediato.

Me incorporé hasta sentarme. Fui consciente de una sensación general de debilidad y dolores repartidos por todo el cuerpo. Les di la bienvenida, como nuevos signos de vida, y pasé los pies por encima del borde de la cama.

*¿Piensas decir hola, jefe?*

Me volví y vi a Loiosh posado sobre un armario ropero, al fondo de la habitación.

*Buenos días, o lo que sea. Me alegro de verte bien.*

Voló y se posó sobre mi hombro; me lamió la oreja.

*Gracias por partida doble, jefe.*

Había un orinal en un rincón de la habitación, que utilicé durante un largo rato. Me vestí poco a poco y encontré mis armas visibles alineadas bajo la capa. Casi todo lo que contenía la capa seguía en su sitio. Vestirse fue una tarea penosa. Ya habíamos hablado bastante.

Cuando estaba a punto de terminar, alguien llamó con suavidad a la puerta.

—Adelante.

Aliera entró.

—Buenos días, Vlad. ¿Cómo te encuentras?

—Bastante bien, dentro de todo.

Morrolan apareció en el umbral, detrás de ella. Nos saludamos con la cabeza.

—Habríamos venido antes —dijo—, pero hemos ido a ver a otro de nuestros pacientes.

—Ah, ¿sí? ¿A quién?

—A la «dama» que te atacó —dijo Alieria.

—¿Está viva?

Tragué saliva sin querer. Que te maten cuando intentas ejecutar un trabajo es una de las pocas cosas que rescinden el contrato entre asesino y patrón. Confiaba en que las dos hubieran emprendido el largo viaje.

—Las dos —dijo Alieria—. Las revivificamos.

—Entiendo.

Eso era diferente. Ahora tenían la opción de reanudar el recuerdo o no. Confié en lo último.

—Eso me recuerda algo —dijo Morrolan—. Vlad, te pido perdón. La oriental no tendría que haber sido capaz de atacarte. Desgarré varios de sus órganos internos, lo cual habría debido dejarla en coma al instante. No se me ocurrió seguir vigilándola.

Asentí.

—Será una bruja —dije—. La brujería es buena para eso. —Morrolan lo sabía, por supuesto. Sólo le estaba haciendo la puñeta—. Pero todo ha terminado bien. ¿Cómo os fue con la otra?

—Es una guerrera formidable —admitió Alieria—. Notabilísima. Luchamos durante más de un minuto, y me hirió dos veces.

Era una bonita ironía que Alieria, especialista en hechicería, se hubiera batido a espada con aquella, en tanto Morrolan, uno de los espadachines más diestros del Imperio, hubiera utilizado la hechicería. Pero como los dos estaban muy por encima de la norma, daba igual.

Asentí.

—¿Cuándo fue? —pregunte.

—Llevamos a cabo la revivificación en cuanto llegaste aquí —explicó Alieria—. Has dormido dos días.

—No sé cómo darte las gracias, o a Sethra, por resucitarme.

—Fui yo —dijo Alieria—, y las gracias no son necesarias.

Alieria sacudió la cabeza.

—La más difícil de mi vida. Pensé que te íbamos a perder. Fue una tarea titánica reparar tu cuerpo, incluso antes de la revivificación. Después, lo intenté cuatro veces antes de que funcionara. Luego dormí durante medio día.

Sólo entonces recordé el sueño que había tenido. Me dispuse a mencionarlo, pero

Aliera continuó.

—Creo que deberías descansar. Intenta permanecer acostado un día más. Además, no...

Eso me recordó otra cosa, así que la interrumpí.

—Perdona, Aliera, pero ¿cómo fue que Morrolan y tú aparecisteis?

—Morrolan me arrastró. Pregúntale a él.

Me volví y lo hice con las cejas.

—Kragar —dijo Morrolan—. Me explicó que necesitabas ayuda inmediata, pero no sabía en qué forma. Por casualidad, Aliera estaba conmigo en aquel momento. Parece que casi llegamos demasiado tarde. Y, repito, me disculpo por mi distracción con la oriental.

Deseché sus disculpas con un ademán.

—Muy bien. Seguiré tu consejo, Aliera. Creo que echaré una siestecita.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Consulté con mi parte prominente y asentí.

—Un poco. Quizá cuando despierte.

—De acuerdo. Consultaré con Sethra al respecto. ¿Sientes náuseas, o te apetece un banquete?

—Estoy bien. Sólo cansado.

—Bien.

Dediqué una reverencia a cada uno y volví a la cama en cuanto se marcharon.

*No estás más cansado que yo, jefe.*

*Es verdad, pero me duele todo el cuerpo. Cállate un ratito*

Me puse en contacto con Kragar. Tardé un poco pero al final respondió.

*¡Vlad! ¡Bienvenido!*

*Gracias. Es fantástico estar vivo otra vez.*

*Ya me lo imagino. Aliera me dijo que habías emprendido el viaje pero habían conseguido recuperarte. Ya empezaba a preocuparme, de todos modos. Han pasado tres días.*

*Lo sé. ¿Cómo están Varg y Bichobrillante?*

*Bichobrillante está bien. El cuchillo le alcanzó en un riñón, pero actuamos a tiempo.*

Hizo una pausa. *Varg no lo consiguió. La revivificación fracasó.*

*Proferí una maldición. ¿Cómo van nuestros ingresos?*

*Lentos y escasos.*

*Uf ¿Con qué fondos contamos?*

*Quedan unos nueve mil.*

*Muy bien. Tres mil quinientos por cabeza para quien me traiga a Wyrn y Mirafn.*

*jefe, van a estar protegidos, nunca...*

*Estupendo. En ese caso, no tendré que pagar nada, pero corre la voz.*

Encogimiento de hombros mental. *Bien, dijo. ¿Algo más?*

*Sí Mucho cuidado. Me refiero a todo el mundo. No se hará nada hasta que yo vuelva, pero no quiero que nadie salga solo. ¿Entendido?*

*Entendido.*

*Y gasta otros mil en mejorar la protección de todos nuestros locales. No quiero más sorpresas.*

*Entendido. ¿Algo más?*

*Sí. Gracias.*

*De nada.*

*¿Cómo lo supiste?*

*Recibí un mensaje de una de esas personas cuya amistad intentamos cultivar. Parece que el asunto se acordó en la sala superior de su taberna, y decidió ayudarnos.*

*Bien, pues... dale doscientos.*

*Ya le he dado ciento cincuenta.*

*Bien. Kragar..., todos los Guardias del Fénix desaparecieron, se largaron, justo cuando yo salí de la oficina. No puedo creer que se trate de una coincidencia, y no puedo creer que hayan conseguido la ayuda de la emperatriz, o del comandante de la Guardia del Fénix, a ese propósito. ¿Sabes algo al respecto?*

*Nuestro contacto dijo haber oído que «se tomarían las medidas oportunas».*

*Ummmm. Entiendo. Investígalo, ¿de acuerdo?*

*Lo intentaré.*

*Bien. ¿Sabes quiénes eran esas dos que me liquidaron?*

*Eran cojonudas. Realizaron la mitad del trabajo, en cualquier caso, incluso después de que Morrolan y Aliera aparecieran.*

*Hubo una pausa. ¿No lo sabes, jefe?*

*¿De qué estás hablando? ¿Cómo quieres que lo sepa?*

*Piensa un poco, jefe. Dos asesinas. Una dragaerana, otra oriental. Una con una espada, la otra con cuchillos. ¿Cuántos equipos así existen?*

*Oh... Yo... Er, hablaré contigo después, Kragar.*

*Claro, Vlad.*

*Y el contacto se interrumpió.*

Cuando hablas de buenos asesinos, el nombre de Mario Nieblagris ocupa un lugar preponderante. Es el mejor, siempre lo ha sido y, por lo que a mí concierne, siempre lo será. Pero después de Mario, varios nombres acuden a la mente, entre aquellos que saben de estas cosas: los que son buenos, fiables, cobran tarifas elevadas y son temidos por cualquiera que piense en hacerse un poderoso enemigo en el seno de la organización.

La mayoría de asesinos trabajan solos. El asesinato es algo muy íntimo. Sin embargo, hay algunos equipos. Uno de estos consta en la lista que he mencionado

antes. Había oído hablar de ellas, y sus nombres estaban relacionados con cierto número de trabajos realizados durante los últimos cinco años. Ninguna de estas historias está demostrada, y puede que no sean ciertas, pero aun así... Este equipo incluía a una dragaerana que utilizaba una espada con la habilidad de un Señor Dragón y a una oriental que empleaba cuchillos. Hay que pensar que la Mano Izquierda del Jherég cuenta con muy pocas mujeres (está Kiera la Ladrona, y algunas más, pero son una excepción). Este par de asesinas se hacían llamar «La Espada del Jherég» y «El Cuchillo del Jherég», y nadie sabía de dónde habían salido. Era muy difícil ponerse en contacto con ellas. Por lo general, si querías contratarlas, corrías el rumor por las calles y esperabas a que ellas se enteraran y estuvieran interesadas.

Debo señalar que lo máximo que me han ofrecido por un asesinato han sido seis mil imperiales, y esas dos ni siquiera te hablan por menos de ocho o nueve. Jamás se me ocurrió enviarlas a por Laris, porque habrían pedido veinte mil, como mínimo, y no había forma de reunir aquella cantidad sin arriesgarlo todo a un solo golpe, una estupidez, porque todo el mundo puede fallar (yo aún no, pero he tenido suerte).

Me pregunté cuánto valía yo, y dónde había encontrado los fondos Laris. Descubrí que estaba temblando, otra estupidez, puesto que la amenaza había desaparecido. A menos que decidieran concluir el trabajo. Seguí hablando.

*¿Estás bien, jefe?*

*Pues no. Vamos a dar un paseo.*

Salí de la habitación a los fríos y negros pasadizos de piedra de la Montaña Dzur. Enseguida supe dónde me encontraba. A mi derecha estaba la biblioteca, donde había conocido a Sethra. A mi izquierda habría más dormitorios. Guiado por un impulso, giré a la izquierda. Había puertas a cada lado del pasillo, que continuaba adelante. Me detuve. ¿Estarían las asesinas en alguna de éstas? ¿Ocuparían dormitorios separados? Decidí seguir caminando; no ganaba nada con verlas. O sea, como asesino, nunca había tenido nada que decir a mis víctimas; como víctima, ¿qué iba a decir a mis asesinas? ¿Suplicar por mi vida? Seguro. No, era absurdo... Descubrí que no me había movido. Suspiré.

*A veces, se hacen tonterías, Loiosh.*

Abrí la puerta con el mayor sigilo posible y miré dentro.

Estaba despierta y me miraba. Tenía la cara serena, los ojos inexpresivos. Era tan humana como yo, sin duda. Sus ojos se desviaron hacia mi mano derecha; descubrí que aferraba el cuchillo de mi cinturón. No dio muestras de estar asustada.

Estaba incorporada en la cama. Un camisón azul descubría su piel clara a la tenue luz del único juego de velas encendido. Su cabello era castaño oscuro, casi negro. El camisón pretendía ser recatado, pero también estaba hecho para una dragaerana, de modo que el escote cortaba la respiración. Tampoco dio muestras de turbación.

Sus ojos se desplazaron desde el cuchillo a mi cara. Nos estudiamos un rato.

Después, obligué a mi mano a relajarse, y a relajar su presa sobre el arma.

¡Maldita sea! Era yo quien iba armado, era ella la indefensa. No tenía motivos para estar asustado de ella. Conseguí hablar.

—¿Tienes nombre? —pregunté. Mi voz sonó seca, casi quebradiza.

—Sí —dijo con voz de contralto.

Esperé a que continuara. Como no dio muestras de hacerlo, proseguí.

—¿Me dirás cuál es?

—No.

Asentí. El Cuchillo del Jhereg deseaba que la llamaran El Cuchillo del Jhereg. De acuerdo.

—¿Cómo se escapó de Loiosh tu socia? —pregunté.

—No lo hizo. Le di unas hierbas para que el veneno no la afectara, y se limitó a no hacerle caso.

Esperé a que Loiosh hiciera algún comentario; no lo hizo.

—¿En cuánto estaba valorada mi cabeza?

—Te sentirías halagado.

Siguió mirándome. Las velas parpadearon e hicieron cosas a su cabello, su cara y cuello, y a las sombras que proyectaban sus pechos sobre la pared de detrás. Tragué saliva.

—Hemos devuelto el pago —dijo.

Experimenté una sensación de alivio, como si hubieran detenido al Verdugo Imperial justo antes de alcanzar el hacha. Noté que se reflejaba en mi cara y maldije mi flaqueza.

Sus ojos se posaron en Loiosh, y después extendió la mano. Loiosh vaciló y se removió inquieto sobre mi hombro.

*Jefe...*

*Tú decides, colega.*

Voló y rodeó su muñeca con las garras. Ella le rascó bajo la barbilla.

—El jhereg es precioso —dijo.

—Se llama Loiosh.

—Lo sé.

—Ah, claro. Habrás averiguado muchas cosas sobre mí.

—Por lo visto, no las suficientes. ¿Cómo se enteraron Morrolan y Alier, a propósito?

—Lo siento.

Asintió.

—Tú... tienes talento para conseguir que la gente te subestime.

—Muchísimas gracias. —Entré en la habitación y dejé que la puerta se cerrara a mi espalda. Con un cuidadoso esfuerzo por aparentar indiferencia, me senté en el

borde de la cama—. Y ahora, ¿qué?

Se encogió de hombros, un gesto que valía la pena presenciar.

—No lo sé. Morrolan y Alieria intentaron sondear mi mente. No funcionó, y no sé qué intentarán a continuación.

Me quedé sorprendido.

—¿Qué intentaban averiguar?

—Quién nos contrató.

Me reí.

—Podrían habérmelo preguntado. No te preocupes. Para ser Señores Dragones, no son mala gente.

Sonrió con ironía.

—Y tú me protegerás, ¿verdad?

—Claro. ¿Por qué no? Has devuelto el dinero, aunque no fuera necesario, lo cual demuestra que no volverás a atentar contra mí. Los orientales deberíamos ayudarnos mutuamente, ¿no?

Comprendió la intención de mis palabras y bajó la vista.

—Nunca había «trabajado» en un humano, Vlad. Estuve a punto de negarme, pero...

Volvió a encogerse de hombros. Me pregunté cómo podría convencerla de que lo siguiera haciendo.

—Me alegro de que Alieria sea especialista en revivificaciones.

—Supongo que sí.

—Por los dos —añadí, y lo dije en serio.

Ella me miró con atención. Hubo un momento en que el tiempo hizo cosas extrañas. Si hubiera tirado bien mis piedras, podría haberla besado entonces. Por lo tanto, lo hice. Loiosh voló de su brazo cuando nuestros labios se encontraron. No fue un beso muy apasionado, pero descubrí que había cerrado los ojos. Qué raro.

Siguió mirándome, como si fuera capaz de leer en mi cara.

—Me llamo Cawti —dijo a continuación, con toda la intención.

Asentí, y nuestras bocas volvieron a encontrarse. Rodeó mi cuello con los brazos. Cuando nos separamos en busca de aire, le bajé el camisón hasta las caderas. Liberó sus brazos y empezó a manipular la hebilla de mi capa. Decidí que aquello era una locura. Nunca se le presentaría mejor oportunidad de arrebatarme una daga y terminar conmigo. Verra, pensé para mis adentros, creo que he perdido.

Mi capa cayó al suelo, y ella me ayudó a quitarme el justillo. Hice una pausa para desembarazarme de mis botas y medias, y nos abrazamos de nuevo, y la sensación de su cuerpo menudo y fuerte contra el mío, sus senos contra mi pecho y su respiración en mi oído, mi mano sobre sus riñones, su mano detrás de mi cuello... Nunca había sentido nada igual, y deseé seguir así eternamente, paralizado en el instante.

Mi cuerpo, no obstante, tenía sus propias normas, y me leyó la cartilla. Empecé a acariciar su columna. Apartó mi cara y me besó; esta vez, los dos fuimos al asunto. Saboreé su lengua, y me resultó muy agradable. Me oí lanzar gemiditos cuando mis labios resbalaron desde su garganta hasta el valle de sus pechos. Besé cada uno, con delicadeza, y volví a sus labios. Empezó a manotear en busca del cinturón de mis pantalones, pero la interrumpí cuando encontré sus nalgas con mi mano derecha y la aplasté contra mí.

Nos echamos atrás y volvimos a mirarnos. Entonces, paramos el tiempo suficiente para echar a Loiosh de la habitación, porque el amor, como el asesinato, no requiere testigos.



## «Yo me quedaré a limpiar la sangre»

Es triste, pero cierto, que pocas veces te despiertas con el pensamiento «¡Eh, estoy vivo!», lo cual resulta sorprendente. Aún no había llegado al límite de tales ocasiones, así que tuve la reacción obligada, seguida de un «Querida Verra, cómo me duele».

Sentía el costado, donde la espada me había alcanzado, caliente y febril, y la zona alrededor de mi riñón, donde mi amante me había hundido su cuchillo, picaba, quemaba y dolía. Gemí. Entonces, tomé conciencia del sonido de voces al otro lado de la puerta, pasillo abajo.

Mi brazo rodeaba el hombre de Cawti, que tenía la cabeza apoyada sobre mi pecho. La sensación era placentera, pero las voces habían despertado mi curiosidad. Me moví con el mayor cuidado posible para no despertarla. Me vestí en silencio y procuré evitar el menor tintineo.

Mientras tanto, el tono de las voces se había elevado. En cuanto me sentí peligroso de nuevo, abrí la puerta e identifiqué la voz de Alier, aunque no entendí las palabras. Las paredes de piedra oscura del pasillo me recibieron; el aire era frío y húmedo, el pasillo, alto y amplio. Pensé en mi primera visita a la Montaña Dzur y me estremecí. Me volví hacia las voces. Identifiqué la de Morrolan. Cuando me acerqué, habló él.

—...tú dices puede que sea cierto, pero no es nuestro problema.

—¿No es nuestro problema? ¿De quién, entonces? ¡Mira! ¿Lo ves? Has despertado a uno de mis pacientes.

—Da igual —dijo Morrolan, y me saludó con la cabeza—. Has acabado con mi paciencia.

La habitación era larga, poco iluminada y llena de libros. Había varias butacas cerca, todas forradas de cuero negro, pero ninguna ocupada. Morrolan y Alier estaban de pie, encarados. Morrolan tenía los brazos cruzados sobre el pecho; Alier, los brazos en jarras. Cuando se volvió hacia mí, vi que sus ojos, por lo general verdes, habían virado al azul. Es una señal de peligro, como cuando los tentáculos del cuello de un dragón se ponen tensos. Me senté en una butaca para calmar el dolor. Tenía toda la pinta de ir a montarse una buen trifulca.

Alier resopló al oír el comentario de Morrolan y se volvió liada él.

—¡Ja! Si no ves lo evidente, es por tu culpa. ¿Qué pasa, no es lo bastante sutil para ti?

—Si hubiera algo que ver —contraatacó—, lo habría visto antes que tú.

Aliera insistió.

—Si tuvieras el sentido del honor de un teckla, lo verías con tanta claridad como yo.

—Si tuvieras la vista de un teckla, serías capaz de ver lo que nos concierne y lo que no.

Aliera lanzó una nueva estocada.

—¿Cómo no va a concernirnos? Un dragón es un dragón. Sólo que ésta resulta ser jherreg. Quiero averiguar por que, y tú también deberías interesarte.

Morrolan me señaló con la cabeza.

—¿Conoces al ayudante de Vlad, Kragar? Es tan dragón...

Aliera resopló de nuevo.

—¿Esa serpiente? Fue expulsado de la Casa, como sabes muy bien.

—Tal vez...

—En ese caso, lo averiguaremos, y después por qué.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Nunca me lo diría, ya lo sabes. Ni siquiera admitirá que es una dragón, y mucho menos...

Morrolan bufó y probó una maniobra de fantasía.

—Sabes muy bien que nuestro único interés en esto es encontrar a alguien más como heredero.

—¿Y qué? ¿Qué tienen que ver mis motivos con...?

—¡Aliera! —exclamó de pronto Morrolan—. Quizá se lo deberíamos preguntar a Sethra.

Aliera calló y ladeó la cabeza.

—Siiii. Una idea excelente. ¿Por qué no? Quizá pueda meter un poco de sentido común en tu mollera.

Morrolan pasó por alto la frase.

—Vamos a verla. —Se volvió hacia mí—. Volvemos enseguida.

—Estupendo —dije—. Yo me quedaré a limpiar la sangre.

—¿Qué?

—Da igual.

Desaparecieron. Me puse en pie penosamente y volví a la habitación del Cu..., a la habitación de Cawti. Cawti. Dejé que el nombre diera vueltas en mi cabeza. Caw-ti. Cawwww-tiii. Cawti. Un bonito nombre oriental. Me dispuse a abrir la puerta, pare y llamé con suavidad.

—¿Quién es? —contestó.

—Tu víctima —dije.

—¿Cuál?

—Muy divertido.

—Entra. Allá tú.

Entré.

—Buenos días.

—Mmmmmmmmm.

—Acabo de darme cuenta de que anoche no me mataste.

—Claro que sí. Seis veces, pero perdí la cuenta y te revivifiqué siete.

Me senté en la cama a su lado. Aún no se había vestido. No hice caso de la sequedad de mi boca.

—Ah. Me habré olvidado.

—Tú también podrías haberme matado —dijo, en tono repentinamente serio.

—Sí, pero tú sabías que no lo haría. No te conocía tanto.

—Aceptaré tu palabra.

Lanzó una leve risita. Puse su risa, junto con su encogimiento de hombros, en la lista de cosas que deseaba verle hacer más menudo. La vela chisporroteó, de modo que rebusqué hasta encontrar más, y las encendí todas con el trozo que quedaba. Volví a la cama y palmeé su costado con delicadeza. Se pegó más a la pared y yo me tendí. Apoyó la cabeza en mi brazo.

Siguieron unos agradables momentos de silencio.

—Acabo de escuchar una interesante conversación —dije después.

—En relación a tu socia.

Se puso en tensión.

—¿Qué dijeron?

Repetí la conversación. Se alejó de mí y se apoyó en el brazo para mirarme mientras yo hablaba. Me escuchó con el ceño fruncido. También estaba muy bonita así.

—¿Es una Señor Dragón? —pregunté, cuando finalicé relato.

Cawti sacudió la cabeza.

—Es un secreto que no me concierne a mí.

—De acuerdo. Pareces preocupada.

Sonrió un poco y apoyó la cabeza sobre mi pecho.

—Para ser un asesino, sois muy sensible, lord Taltos.

—En primer lugar, no soy un asesino. Has prestado oídos a demasiados rumores sobre mí. En segundo, lo mismo digo de ti, y duplicado. Y en tercero, ¿no está un poco fuera de lugar lo de «lord Taltos», teniendo en cuenta las circunstancias?

Lanzó una risita.

—Como quieras, Vlad. Vladimir. —Lo repitió, poco a poco—. Vladimir. VLA-di-

mir. Vlaaaaaadimir. Vladimir. Me gusta. Un bonito nombre oriental.

—Mierda. Ayúdame con este condenado justillo, ¿quieres? Y cuidado con no acuchillarte...

Un rato después. mientras estábamos enzarzados en un frenético manoseo, dije:

—Es muy probable que Morrolan y Alieria investiguen a tu socia.

—Mmmmm. No descubrirán nada.

—No estés tan segura, Cawti. Ya me han sorprendido otras veces.

Chasqueó la lengua.

—No deberías dejarte sorprender, Vladimir.

Resoplé, y reprimí algunos comentarios.

—Lo digo en serio. Encontrarán algo. No me digas qué, pero piensa en ello. ¿Te has puesto en contacto con ella?

—Por supuesto.

—Entonces, avísala...

—¿Y a ti qué más te da?

—¿Eh? No lo sé. Los jheregs son los jheregs, supongo. Tú ya no representas una amenaza para mí, y no entiendo por qué han de figonear. Alieria, más bien. Morrolan tampoco entiende por qué.

—Mmmmmm.

Me encogí de hombros, lo cual provocó que su cabeza rebotara sobre mi pecho. Rió, lo cual no paraba de complacerme y asombrarme. ¿Habéis conocido alguna vez a un asesino que riera lo absurdo de toda la situación era...

Decidí que debía largarme. Me incorporé y me liberé de su abrazo.

—Voy a ver qué hacen nuestros anfitriones.

—Y una mierda, amor mío. ¿Qué es lo que te molesta?

—¿Qué me has llamado?

Ella también se incorporó. Las sábanas cayeron hasta su cintura. Me miró con ojos llameantes.

—No empieces a ponerte sentimental conmigo, asesino oriental.

—¿Qué me has llamado?

—Asesino oriental.

—Sí, querida, y tú también lo eres. Antes, quiero decir.

—Vladimir...

—Oh, Puerta de la Muerte. Me voy.

Me vestí a toda prisa y salí al pasillo. Tuve que emplear toda mi fuerza de voluntad para no volverme a mirarla. Volví a mi habitación y me derrumbé en la cama. Loiosh me atizó un buen mordisco (literalmente) por haberle abandonado, y después me puse en contacto con Kragar.

¿Noticias?, le pregunté.

*Tengo cierta información sobre los Guardias del Fénix. No sólo se retiraron de la zona donde se hizo el trabajo. Se han marchado.*

*Estupendo. Bien, me alegro de que ya no estén, pero me pregunto qué significa. ¿Alguna idea?*

*No.*

*De acuerdo. Quiero que intentes averiguar algo. Claro. ¿Qué es?*

*Todo lo que puedas sobre La Espada del Jhereg. ¿Es una broma?*

*¿A ti qué te parece?*

*Estupendo. Te contestaré dentro de cien años, o así Vlad, ¿cómo voy a...?*

*En otro tiempo fue una Señor Dragón; eso podría ayudarte. Lo más probable es que la expulsaran.*

*Maravilloso. ¿Intento sobornar a un lyorn o a un dragón?*

*Un lyorn sería más seguro, pero puede que un dragón colabore más.*

*Era puro sarcasmo.*

*Lo sé. Yo no lo comparto.*

*Suspiró telepáticamente.*

*Veré qué puedo hacer. ¿Te importa decirme por qué hacemos esto?*

*Una cuestión delicada. No me apetecía decirle que su jefe se había encaprichado de su ejecutora.*

*Oh, imagino que lo comprenderás si te esfuerzas, conteste.*

*Silencio.*

*Quieres averiguar si hubo algo oscuro en su expulsión, para poder exonerarla que te deba un favor, para luego enviarla contra Laris. ¿No es cierto?*

*Ummmmm. No estaba nada mal.*

*Muy listo, dije. Una brillante deducción. Tendría que darle una recompensa, si salía bien.*

*Bien, manos a la obra.*

*Rompí el contacto. Me estiré en la cama. Después de todo esto, necesitaba dormir. También necesitaba controlar mis sentimientos.*

*\* \* \**

Lo primero que noté cuando me desperté fue que el costado y la espalda ya no me dolían tanto. Además, me sentía como nuevo. Permanecí tendido unos minutos más, dedicado tan sólo a respirar y disfrutar de la sensación. Después, me obligué a saltar de la cama. Además de sentirme recuperado, también me sentía sucio a causa de dormir con mis ropas. Me desnudé, encontré una bañera en un rincón, calenté el agua con un rápido conjuro y me lavé. Mientras lo hacía, conseguí alejar a Cawti de ¡ni

mente, al menos por un ratito, y concentrarme en mi problema principal: Laris.

La idea de Kragar no estaba nada mal, pero dependía de demasiadas cosas que escapaban a nuestro control. De todos modos, valía la pena probarlo. También valía la pena investigar por qué los Guardias del Fénix habían elegido aquel momento preciso para marcharse. ¿De dónde habían partido las órdenes? ¿Cómo se las habían arreglado?

Chasqué los dedos y me llené los ojos de jabón. Esa pregunta, al menos, tenía una respuesta. Me concentré en un tal Tsalmoth, que trabajaba para Morrolan y me informaba directamente a mí.

*¿Quién es?, preguntó Tsalmoth.*

*Vlad.*

*¡Oh! ¿Si mi señor?*

*Necesitamos cierta información...*

Explicué qué me interesaba, y accedió a investigarlo. Interrumpí el contacto y charlé con Loioosh mientras terminaba de bañarme. Contemplé con desagrado mis prendas sucias, me encogí de hombros y empecé a ponérmelas otra vez.

*Mira en la cómoda, jefe.*

*¿Eh?*

Pero lo hice, y sonreí. Alieria estaba en todo. Me cambié de ropa muy contento, y después salí al pasillo con Loioosh sobre mi hombro. Daba la impresión de que volvía a hacer las cosas bien. Estupendo. Bajé a la biblioteca, la encontré desierta y subí a la planta que albergaba el comedor y varias salas de estar.

Lo siguiente, decidí, era ver si podía obtener más información del tipo que había soplado lo del asesinato a Kragar. El hecho de que hubiéramos averiguado algo por su mediación era una buena señal. Mi mayor problema seguía siendo la falta de información, y aquello podía significar que empezábamos a resolverlo. Pensé en ponerme en contacto de nuevo con Kragar para pedirle que trabajara más en eso, pero deseché la idea. Como dice la frase popular: si alguien te defiende, no empujes el brazo con el que maneja la espada.

Encontré a Morrolan y Alieria en la primera sala en que entre, junto con Sethra. Sethra Lavode: alta, pálida, no muerta, algo vampírica. Se calculaba su edad entre diez y veinte mil años, una parte significativa de la edad del propio Imperio. Se vestía y rodeaba de negro, el color de la hechicería. Vivía en la Montaña Dzur; tal vez era la Montaña Dzur, pues no existen documentos de una época en que ella, o alguien de su familia, no viviera allí. La Montaña Dzur posee su propio misterio, y es un tema que no puede ser comprendido por alguien como yo. Lo mismo puede decirse de Sethra.

Físicamente, poseía los rasgos altos y delgados de la Casa del Dragón. Los ojos rasgados hacia arriba y las orejas puntiagudas recordaban a los Señores Dzur. Se decía que era medio dzur, pero yo lo dudaba.

Para Sethra, más aún que para la mayoría de dragaeranos, la vida de un oriental era un parpadeo. Tal vez por eso era tolerante conmigo (la tolerancia de Morrolan se debía a haber vivido muchos años, en su juventud, entre orientales, durante el Interregnum. Nunca había comprendido la tolerancia de Alieria. Sospecho que sólo se mostraba educada con Morrolan). La mayoría de dragaeranos habían oído hablar de Sethra Lavode, pero muy pocos la habían conocido. Se la consideraba periódicamente una heroína, y había sido Señor de la Guerra del Imperio (cuando aún vivía) y Capitán de los Lavode (cuando aún existían Lavodes). En otras épocas, como ahora, se la consideraba una bruja malvada y el azote de los Señores Dzur. Periódicamente, algún héroe incauto subía a la Montaña Dzur para destruirla. Ella los convertía en jhegaalas o yendis y les enviaba de vuelta. Yo le había dicho que no iba a servir de nada, pero ella se limitó a sonreír.

A su lado estaba la daga llamada Llamahelada, que era como una Montaña Dzur de mano, o algo así. No sé más de esa cosa, y pensar en ella me pone nervioso.

Saludé con una reverencia a los tres.

—Gracias por acogerme, Sethra —dije.

—Ha sido un placer, Vlad —contestó—. Me gusta tu compañía. Me alegra ver que te has recuperado.

—Yo también. —Me senté—. ¿Qué podéis decirme, magníficos especímenes de la Casa Dragón, sobre la Guardia del Fénix?

Morrolan arqueó una ceja.

—¿Qué deseas saber? ¿Quieres alistarte?

—¿Podría?

—Temo que tu especie está en contra.

—Pero mi Casa no, ¿verdad?

Pareció perplejo y miró a Alieria.

—Si quisiera, un jhereg podría alistarse —dijo Alieria—. Creo algunos lo han hecho, nadie dedicado al negocio, supongo, sino de aquellos que compraron títulos Jhereg en lugar de quedarse sin Casa.

Asentí.

—Así que todos no son dragones, ¿eh? Eso era lo que me intrigaba.

—Oh, no —dijo Alieria—. Son sobre todo dragones, porque todos los dragones han de servir periódicamente, pero hay otros de todas las Casas, excepto athyras, a quienes nunca ha interesado, y fénix, porque no hay bastantes.

—Supón que algún coronel de algún ejército de Señores Dragones va a servir. ¿Sería coronel en la guardia?

—No —dijo Sethra—. La jerarquía de la guardia no tiene nada que ver con ninguna otra jerarquía. Los oficiales de los ejércitos privados suelen servir a las órdenes de sus propios subordinados.

—Entiendo. ¿Surgen problemas por esa causa?

—No —dijo Alieria.

—¿Por qué te interesa? —preguntó Sethra.

—Me intriga que los guardias encargados de hacer cumplir el edicto imperial se marcharan justo cuando nuestras amigas me atacaron. Me niego a creer que fuera una coincidencia.

Se miraron entre si.

—No se me ocurre otra cosa —dijo Sethra.

—¿Quién pudo tomar la decisión? ¿La emperatriz, o quien esté al mando de la guardia?

—La emperatriz les envió; tuvo que ser ella quien ordenó la retirada —dijo Alieria. Morrolan asintió.

—Muy bien —dije—. No creo que se mezclara en esto a propósito, ¿verdad? —Tres cabezas negaron—. Entonces, ¿pudo alguien sugerirle que aquél era un buen momento, confiando en que ella actuaría de inmediato?

Sethra y Alieria miraron a Morrolan, que iba a la corte con más frecuencia que ellas. Tamborileó con los dedos sobre el brazo de la butaca.

—Se dice que su amante es un oriental —explicó—. No le conozco, pero podría tener esa influencia. Después están sus consejeros, pero, para ser franco, apenas les hace caso. Creo que me escucha con atención a mí, pero podría equivocarme. En cualquier caso, yo no le formulé esa petición. Presta atención a Sethra la Menor, pero el único interés de Sethra es invadir Oriente.

Sethra Lavode asintió.

—Es bueno tener una ambición —dijo—. Sethra la Menor es la única aprendiz que nunca intentó matarme.

Me volví hacia Morrolan.

—¿Se te ocurre alguien más?

—En este momento, no.

—Muy bien. ¿Qué otra cosa pudo ser? ¿Un mensaje falso, tal vez? ¿Haced esto a la voz de ya, sellado y todo eso?

—¿Quién se molestaría en escribir un mensaje, en lugar de ponerse en contacto psiónico con ella? —preguntó Morrolan.

—Bien, alguien con quien no hable a menudo. Ha de ser difícil ponerse en contacto directo con ella, y...

—No lo es —dijo Alieria, y me miró como perpleja.

—Claro que no. Cualquier ciudadano puede ponerse en contacto con Alieria mediante su vínculo. ¿No lo sabías?

—No, pero recibirá miles de mensajes...

—No. Si considera que no vale la pena dedicarle tiempo, destruye a la persona.

Eso reduce bastante la cantidad de intentos.

—Oh... Mi padre nunca consideró necesario decírmelo. Su pongo que tenía miedo de que lo hiciera. En cualquier caso, aún no se me ocurre quién pudo convencerla de que retirara las tropas. Morrolan, en la corte se te respeta mucho. ¿Lo intentarás averiguar por mí?

—No —contestó Morrolan—. Como ya te he explicado, no quiero tener nada que ver con una guerra jherreg, directa o indirectamente.

—Sí, de acuerdo.

Me alegró ver que Alieria le dirigía una mirada de desagrado. Se me ocurrió que el método más sencillo habría sido crear algo real que hubiera impulsado a la emperatriz a retirar las tropas. ¿Qué pudo ser? ¿Disturbios civiles? ¿Alguna amenaza de invasión?

*Kragar.*

*SÍ, Vlad.*

*Averigua si ocurrió algo en la ciudad que hubiera necesitado la intervención de los Guardias del Fénix*

*Buena idea, jefe.*

*Para eso me pago.*

Después, me puse en contacto con Fentor y le ordené investigar cualquier posible amenaza exterior. Con suerte, lo sabría dentro de uno o dos días. Devolví mi atención a los otros. Alieria y Sethra estaban enfrascadas en otra discusión.

—Desde luego —dijo Sethra—. Y en lo que a mí concierne, déjala.

Alieria frunció el ceño.

—Sólo estamos empezando a recuperarnos, Sethra. No podemos permitirnos el lujo de invadir Oriente con decenas de miles de soldados hasta estar convencidos de la estabilidad del Imperio.

—¿De qué habláis? —pregunté.

—Has provocado otra discusión, Vlad —explicó Morrolan— Alieria se opone a que Sethra la Menor conquiste Oriente hasta que el Imperio se haya estabilizado, y nuestra Sethra particular —la señaló con la cabeza— piensa, al igual que yo, que como Sethra, la otra, quiere hacerlo, ¿por qué no? ¿Qué tiene de malo? Nos expulsarán de nuevo dentro de unos cientos o miles de años. Por eso Kieron el Conquistador les dejó allí, para empezar, para que tuviéramos a alguien contra quien luchar y no nos destrozáramos mutuamente.

Podría haber dicho muchas cosas al respecto, pero me contuve.

—Ésa no es la cuestión —dijo Alieria—. Si dilapidamos la mayor parte de nuestros recursos, ¿qué ocurrirá si aparece un enemigo real? Los orientales no representan ninguna amenaza para nosotros en este momento...

—¿De qué enemigo real hablas? —la interrumpió Sethra—. No hay nin...

Me levanté y les dejé absortos en su discusión. En cualquier caso, no tenía nada

que ver conmigo.

## 9

### «Creo que querían verte»

Volví a mi habitación y decidí que quería ver a Cawti otra vez; también, que me apetecía mucho cenar con Sethra, Morrolan y Alier. Me di cuenta de que se estaba muy bien en la Montaña Dzur, mientras Kragar se ocupaba de todo desde la oficina. En otras palabras, mientras todo cuanto había construido se derrumbaba por las Cataratas de la Puerta de la Muerte. Kragar no era incompetente, pero hay ciertas cosas que uno debe hacer por sí mismo, y llevaba ausente ya cuatro días.

*¿Alier?*

Después de una pausa, llegó la respuesta.

*¿Sí; Vlad?*

*Ha pasado algo. He de volver a la oficina ahora mismo. Haz el favor de transmitir mis excusas a Sethra y Morrolan.*

*Como quieras, pero no hagas demasiados esfuerzos.*

*Ni se me ocurriría.*

*¿Quieres que te ayude a teleportarte?*

*Sí; por favor. Sería estupendo.*

*Muy bien.*

—Voy enseguida —concluyó de viva voz, parada delante de mí. Menuda demostración.

Le transmití la imagen de un callejón situado detrás de una hilera de edificios encarados a Malak Circle, y amplié la imagen para mostrarle en qué vecindad de las partes de Adrilankha familiares a ella estaba.

Asintió.

—¿Preparado? —preguntó.

—Preparado.

Hubo un giro, un retortijón en mi estómago, y ya había llegado. Podría haberme teleportado ante el edificio de la oficina, pero quería echar un vistazo y tomar el pulso a la zona, mientras daba a mi estómago la oportunidad de recuperarse.

Caminar por las calles no era tan peligroso como suena. Si bien no llevaba guardaespaldas, nadie sabía que había vuelto. La única forma de que Laris pudiera

atacarme era destacar a un asesino a las cercanías de mi oficina, con la esperanza de verme entrar. Nunca había aceptado un «trabajo» así, pero tengo una idea de los riesgos que comporta. Cuanto más te ciñes a un lugar concreto, más posibilidades existen de que alguien te identifique como el encargado del trabajo. Pagar a alguien para que haga eso cuesta más que contratar a la Espada y el Cuchillo para liquidar al individuo. Por lo tanto, no estaba muy preocupado.

El barrio parecía un poco mustio. Era primera hora de la tarde, y la zona no se animaba hasta el anochecer, pero estaba demasiado tranquilo. ¿Alguna vez habéis conocido tan bien una parte de una ciudad que sois capaces de identificar su estado de ánimo general? ¿Tan bien que el perfume de las piernas de lyorn asadas os indican que algo no es normal, que notáis a los vendedores callejeros un poco más callados de lo normal, que los comerciantes y los tecklas llevan unas ropas menos coloridas de lo habitual, cuando las hogueras perfumadas de cientos de transeúntes que hacen ofrendas a una docena de dioses en los altarcillos transmiten una sensación de desasosiego al corazón, en lugar de renovación?

Conocía aquella parte de Adrilankha así de bien, y de ese humor estaba. No sería necesario hablar con Kragar para saber que los negocios no se habían recuperado. Medité sobre esto y, mientras me acercaba a la oficina, descubrí algo muy importante: a Laris no le preocupaba el dinero.

*¡Cuidado, jefe!*

¡Otra vez no, por los dientes de la Montaña Dzur! Me tiré al suelo, rodé a mi izquierda, me puse de rodillas y vi a dos jheregs desconocidos que se aproximaban hacia mí desde cada lado. ¡Dos, por el amor de Verra! Ambos empuñaban cuchillos. Loiosh se lanzó hacia uno. Abofeteó su cara y trató de hincarle los dientes. El otro se tambaleó de repente y cayó de rodillas a pocos pasos de mí, con tres shurikens clavados. Comprendí que los había arrojado yo. *No está mal, Vlad.*

Me puse en pie y giré en redondo, esperando más. No les vi, de modo que me volví a tiempo de ver al otro asesino caer al suelo. N'aal estaba detrás de él, y sujetaba un gran cuchillo de combate manchado de sangre fresca. A su lado estaba Chimov, también armado con un cuchillo, quien miraba a su alrededor nerviosamente.

—¡Jefe! —gritó N'aal.

—No, soy Kieron el Conquistador —repliqué—. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué hay asesinos, maldita sea Verra, delante de la oficina, maldita sea Verra, en plena tarde, maldita sea Verra?

Chimov se encogió de hombros.

—Creo que te esperaban, jefe —dijo N'aal.

Hay días en que todo quisque se hace el gracioso, maldita sea Verra. Pasé de largo y entré como una tromba en la oficina. Melestav dio un bote cuando entré, pero se tranquilizó al ver que era yo. Kragar estaba en mi oficina, sentado en mi butaca,

maldita sea Verra. Me saludó con afecto.

—Ah, eres tú —dijo.

Uno..., dos..., tres..., cuatro...

—Kragar, ¿puedo sentarme en mi butaca?

—Ah, claro, jefe. ¿Qué pasa, has elegido un mal día para esquivar asesinos? Pensé que querías un poco de emociones fuertes, de lo contrario no habrías caminado directamente hacia ellos sin avisar a nadie de que venías. Habría sido más fácil...

—Te estás pasando.

Se levantó.

—Lo que tú digas. Vlad.

—Kragar, ¿qué está pasando aquí?

—¿Pasando?

Señalé hacia el exterior.

—Ah, nada.

—¿Nada? ¿Quieres decir «negocios cero»?

—Casi.

—¿Y esos asesinos?

—No sabía que estaban ahí, Vlad. ¿Crees que me habría quedado cruzado de brazos?

—Pero le costarán una fortuna a Laris.

Asintió. Un contacto con Melestav me interrumpió.

¿Sí?

*N'aal está aquí Que entre.*

Entró.

—Jefe, yo...

—Espera un momento. Tres cosas. La primera, buen trabajo al liquidar a ése. La segunda, la próxima vez espero que les veas antes de que ellos me vean a mí. La tercera, la próxima vez que casi me asesinen, si tú estás cerca, guárdate tus comentarios guilipollas, o te rebanaré el pescuezo. ¿Entendido?

—Sí, jefe. Lo siento.

—Bien. ¿Qué querías?

—Pensé que querrías guardarlos. —Tiró mis shurikens, con sangre y todo, sobre mi escritorio—. Recuerdo haber oído que no te gusta dejarlos por ahí, y...

Me puse en pie, di la vuelta a mi escritorio y extraje un cuchillo de mi capa. Antes de que N'aal pudiera reaccionar, se lo hundí entre la cuarta y quinta costilla y tiré hacia arriba. Una expresión de estupor apareció en su cara cuando me aparté. Después, se desplomó.

Me volví hacia Kragar, todavía poseído por el miedo y la rabia. Además, el costado y la espalda me dolían como el Gran Mar del Caos.

—Kragar, eres un ayudante administrativo muy bueno, pero si alguna vez quieres dirigir una zona, hazlo tan lejos de mí como sea posible, o aprende a mantener la disciplina. Este tipo no es idiota; se lo tendría que haber pensado dos veces antes de entrar aquí con un arma asesina, manchada todavía con la sangre del cadáver. En los cuatro días que llevo ausente, has conseguido convencer a todos de que ya no tienen que pensar, y como resultado casi me liquidan ahí fuera. ¡Estamos hablando de mi vida, hijo de puta!

*Calma, jefe, no...*

*Cierra el pico.*

—Ahora —continué—, encárgate de que le revivifiquen. De tu bolsillo. Si no, tendrás el honor de pagar a sus parientes la compensación. ¿Entendido?

Kragar asintió, con aspecto de estar muy encrespado.

—Lo siento, Vlad —dijo, y dio la impresión de que buscaba algo más que decir.

Volví, a mi escritorio, me senté, me recliné en la butaca y sacudí la cabeza. Kragar no era incompetente, en casi nada. No quería perderle. Después de esto, tendría que demostrarle de alguna manera que confiaba en él. Suspiré.

—Bien, vamos a olvidarlo. Ya he vuelto. Quiero que hagas algo.

—N'aal no iba desencaminado. No tendría que haber dejado los shuriken en el cuerpo, pero él no tendría que habérmelos devuelto. No sé si el Imperio utiliza alguna vez brujas, pero si lo hace, una bruja es capaz de rastrear el arma hasta su poseedor.

Kragar escuchaba en silencio. No sabía nada de brujería.

—Tiene que ver con el aura corporal —expliqué—. Cualquier cosa que haya estado a mi alrededor, por poco tiempo que sea, deja una especie de «olor» psíquico que una bruja puede identificar.

—¿Y qué haces al respecto? No siempre llevarás el arma encima.

—Lo sé. Lo que voy a hacer es empezar a cambiar de armas cada dos días o así, para que nada capte mi aura. Voy a hacer una lista de todas mis armas. Quiero que busques otras similares. Pondré las usadas en una caja, y tú las utilizarás para intercambiar la siguiente vez, y así reduciremos un poco los gastos. ¿De acuerdo?

Pareció sorprendido. Bien, yo no. Depositaba una gran confianza en él al decirle qué armas llevaba ocultas en mi persona, aunque sospechara que me callaba otras. Sin embargo, asintió.

—Bien —dije—. Vuelve dentro de una hora y ya tendré terminada la lista. Apréndela de memoria y destrúyela.

—Entendido, jefe.

—Bien. Vete ya.

*Jefe...*

*Lamento haberte gritado, Loiosh, buen trabajo con aquel asesino.*

*Gracias, jefe. Y no te preocupes por eso. Lo entiendo.*

Loiosh siempre había sido comprensivo, decidí. Cuando empecé a escribir, me di cuenta de lo cerca que había estado otra vez. Llegué al cubo de la basura antes de que mi estómago se vaciara. Cogí un vaso de agua y me enjuagué la boca. Después, ordené a Melestav que vaciara y limpiara el cubo. Me quedé un rato sentado, tembloroso, antes de ponerme a trabajar en la lista de Kragar.

\* \* \*

Di a Kragar la lista y se marchó a cumplir su cometido. Poco después, recibí un mensaje de Melestav.

*Jefe..., unas personas quieren verte.*

*¿Quién?*

*Van de uniforme.*

*Oh, mierda. Bueno, no debería sorprenderme.* Comprobé que no hubiera nada acusador sobre mi escritorio. *Hazles entrar.*

*¿Crees que va a ser muy duro, Loiosh?*

*Siempre puedes alegar legítima defensa, jefe.*

La puerta se abrió y dos dragaeranos ataviados con los uniformes dorados de la Casa del Fénix entraron en fila india. Uno pasó la mirada alrededor de la oficina con aire desdeñoso, como diciendo «De modo que así vive esta escoria». El otro me miró con una expresión similar, como diciendo «De modo que ésta es la escoria».

—Saludos, señores —dije—. ¿En qué puedo servir al Imperio?

—¿Sois el baronet Vlad de Taltos? —preguntó el que me estaba mirando.

—Baronet Taltos es suficiente —contesté—. Estoy a vuestro servicio, señores.

El otro se volvió hacia mí y resopló.

—Estoy seguro —dijo.

—¿Qué sabes sobre ello? —preguntó el primero.

—¿Sobre qué, mi señor?

Dirigió una mirada al otro, que cerró la puerta de mi oficina. Respiré hondo y exhalé poco a poco, pues sabía lo que se avecinaba. Bien, a veces pasa. Cuando la puerta se cerró, el que había hablado más extrajo un cuchillo del cinturón.

Tragué saliva.

—Mi señor, me gustaría ayudar...

Fue lo único que conseguí decir antes de que descargara el pomo del cuchillo sobre un lado de mi cabeza. Salí volando de la silla y aterricé en la esquina.

*Loiosh, no hagas nada.*

Una pausa.

*Lo sé jefe, pero...*

*¡Nada!*

*De acuerdo, jefe. Me quedaré aquí*

El que me había golpeado se cernió sobre mí.

—Dos hombres fueron asesinados ante la puerta de este edificio, jherreg. —Lo dijo como si fuera una blasfemia—. ¿Qué sabes al respecto?

—Señor —dije—, no sé ¡ufff! —exclamé, cuando su pie entró en contacto con mi estómago. Lo vi a tiempo de moverme hacia adelante, de modo que no me alcanzó en el plexo solar.

El otro se acercó.

—¿Has oído, Menthar? No sabe uff. ¿Qué te parece? —Me escupió—. Creo que deberíamos llevarle a los barracones. ¿Qué opinas?

Menthar murmuró algo, sin dejar de mirarme.

—He oído que eres duro, Bigotes. ¿Es verdad?

—No, señor —dije.

Asintió.

—No es un jherreg —dijo el otro—. Es un teckla. Mira cómo retuerce. ¿No te dan ganas de vomitar?

—¿Qué me dices sobre esos dos asesinatos, teckla? —preguntó el otro—. ¿Seguro que no sabes nada? —Me izó, y acabé aplastado contra la pared—. ¿Estás seguro?

—No sé qué... —dije, y me golpeó bajo la barbilla con el pomo de su cuchillo, que había escondido en la mano.

Mi cabeza se estrelló contra la pared y noté cómo mi mandíbula se rompía. Debí perder la consciencia un instante, porque no recuerdo haber caído al suelo.

—Sostenle para que yo le dé —dijo Menthar.

El otro guardia obedeció.

—Pero ve con cuidado. Los orientales son frágiles. Acuérdate del último.

—Iré con cuidado. —Me miró y sonrió—. La última oportunidad. ¿Qué sabes sobre esos dos asesinatos?

Sacudí la cabeza, que me dolía muchísimo, pero sabía que intentar hablar me dolería más. Alzó el cuchillo, con el pomo hacia arriba, y echó el brazo hacia atrás para asestar un buen golpe...

No sé cuánto duró el asunto. Fue una de las peores situaciones de mi vida, sin duda, pero si se hubieran decantado por llevarme a sus barracones habría sido mucho peor. Los Guardias del Fénix nunca reciben órdenes de golpear a jheregs, orientales, o a quién sea, pero les caemos mal a algunos.

La paliza fue muy peculiar. Ya me habían tundido otras veces; era uno de los precios que pagaba por vivir según mis normas, ajeno a las del imperio. Pero ¿por qué esta vez? Los dos muertos eran jheregs, y la actitud habitual de los Guardias Imperiales hacia esos casos es «nos importa un pito que se maten entre sí». Podía

tratarse de otra excusa para apalizar a un jhereg o a un oriental, pero daba la impresión de que estaban muy enfadados por algo.

Estos pensamientos pasaban por mi mente a través de una espesa neblina de dolor, mientras yacía en el suelo de mi oficina. Me concentré con todas mis fuerzas en imaginar los motivos de la paliza, con el fin de no pensar en los dolores. Percibí que estaba rodeado de gente, pero no pude abrir los ojos para ver quiénes eran, y hablaban en susurros.

Al cabo de un rato, oí la voz de Melestav.

—Ya ha llegado, apartaos.

Capté el ruido de un vestido largo que se arrastraba por el suelo. A continuación, una exclamación ahogada. Decidí que mi aspecto debía ser penoso.

—Alejaos de él —dijo el recién llegado.

Reconocí, con sorpresa y cierto alivio, la voz de Alieria. Intenté abrir los ojos, pero se negaron.

—¿Está muy mal, Alieria? —preguntó la voz de Kragar, pero ella no le contestó.

Eso no significaba que estuviera muy mal; Alieria despreciaba tanto a Kragar que procuraba no hablarle siempre que era posible.

*Kragar...*

*¿Te encuentras bien, Vlad?*

*No, pero da igual. Parecían enfadados por algo en particular. ¿Alguna idea?*

*Sí Mientras estaban..., mientras estaban aquí; pedí a Daymar que les sondeara mentalmente.*

*Kragar, ya sabes que no me gusta que Daymar sepa... Da igual. ¿Qué averiguó?*

Alieria nos interrumpió.

—Duerme, Vlad —dijo.

Iba a protestar, pero descubrí que no era una simple sugerencia. Vi una luz verde pálido, y me dormí.

\* \* \*

Alieria estaba a mi lado cuando volví a despertar, así como el cuadro del dzur y el jhereg. Esto me condujo a comprender que podía ver otra vez. Llevé a cabo una prospección de las diferentes partes de mi cuerpo, y descubrí que, si bien aún dolían, no se trataba de una agonía insufrible. Alieria era una curadora excelente.

—Sería mejor que me mudara aquí —dije.

—Me he enterado de lo ocurrido, Vlad —dijo Alieria—. Me disculpo en nombre de la Casa del Dragón.

Gruñí.

—El que te pegó..., ¿no se llama Menthar?, fue expulsado hace cuatro meses.

Noté que mis ojos intentaban abrirse. La examiné. Tenía los labios apretados, y sus ojos habían virado a gris. Sus manos se habían convertido en puños.

—Cuatro meses —repitió—, de modo que se ha abierto la veda.

—Gracias —dije—. Te agradezco la información.

Asintió. Los Señores Dragón eran Señores Dragón, y por lo general odiaban tanto a los jheregs como a los orientales, pero no aprobaban que se atacara a gente incapaz de defenderse, y Alier sabía lo bastante sobre la personalidad de los jheregs como para saber que si un representante del Imperio quería apalizar a un jhereg, el jhereg tenía que aguantarse. Sin embargo, supongo que ser guardia conlleva cierto orgullo, y vernos salir con la nuestra les frustra. Por mi parte, no me sentía ofendido por lo ocurrido. Sólo deseaba arrancarle los brazos a aquel tipo... cuatro meses.

—Gracias —repetí—. Creo que ahora voy a dormir.

—Bien. Volveré dentro de un rato.

Se marchó, y yo me puse en contacto con Kragar.

*¿Qué decías?*

*¡Vlad! ¿Cómo estás?*

*Como era de esperar. Bien, ¿qué averiguó Daymar? Los guardias fueron retirados el otro día porque se les necesitaba en otro sitio. Hubo disturbios en el Barrio de los Orientales. Eso tal vez explique por qué aquellos dos te atacaron. Supongo que están muy disgustados con los orientales. Durante los últimos días, han apalizado a otros orientales. Algunos han resultado muertos.*

*Entiendo. No habrá sido muy gordo, de lo contrario nos habríamos enterado.*

*No. Fueron atentados a pequeña escala, breves y muy sangrientos, por lo que Daymar dedujo. Lo estoy investigando, por principios.*

*De acuerdo, ese misterio está solucionado. Ahora, ¿quién desencadenó los disturbios? Laris, supongo. Hemos de descubrir cómo ha influido. Ha ocurrido mucho más al sur de sus dominios.*

*De acuerdo. Intentaré descubrirlo. No esperes gran cosa, de todos modos.*

*En absoluto. ¿Algo más sobre el otro asunto?*

*Un poco, pero creo que no es de gran ayuda. Se llama Norathar, y es del linaje e'Lanya. He encontrado referencias a su expulsión de la Casa, pero ningún detalle..., todavía.*

*Bien. Sigue insistiendo. Punto siguiente: ¿cómo puede permitirse Laris tener asesinos apostados delante de la oficina?*

*Bueno, ¿no me dijiste que la Espada y el Cuchillo le habían devuelto el pago?*

*Sí; pero eso refuerza la pregunta. ¿Cómo pudo permitirse el lujo de contratarlas, además de financiar los disturbios contra el Imperio en el Barrio de los Orientales?*

*Er... No lo sé. Supongo que tiene más dinero del que imaginábamos.*

*Exacto, pero ¿cómo lo ha conseguido?*  
*Tal vez igual que tú.*  
*Eso pensaba. Quizá le apoya alguien pudiente.*  
*Podría ser, Vlad.*  
*Investiguemos.*  
*Por supuesto. ¿Cómo?*  
*No lo sé. Piensa en ello.*  
*Entendido. Vlad...*  
*¿Sí?*  
*La próxima vez que vuelvas, avísanos antes, ¿de acuerdo?*  
*Sí*

Después de interrumpir el contacto, me comuniqué con Fentor, en el Castillo Negro; le informé acerca de los disturbios y le pedí que investigara las causas. Después, dormí como un tronco.

\* \* \*

*¡Despierta, jefe!*

Era como el redoble de tambor que pone en estado de alerta a un escuadrón. Me incorporé, aferrando un cuchillo bajo la manta, y vi a...

—Buenas tardes, Vladimir. ¿Tienes un cuchillo en la mano, o es que te alegras de verme?

—Las dos cosas —dije, y envainé el cuchillo. Palmeó mi costado y me aparté para dejarle sitio. Intercambiamos un breve beso. Se echó atrás y sonrió.

—¿Qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Le conté lo sucedido. Meneó la cabeza y, cuando terminé, me abrazó.

Uau.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—¿Tú y tu socia regateáis con los amigos?

—¡Ey! ¿Tú?

—Me lo imaginaba.

Me apretó un poco más.

*¿Preferís que desaparezca, jefe? Quizá dentro de un rato.*

*Ummm. Era puro sarcasmo, por si no habías caído en la cuenta.*

*Caí en la cuenta. Cierra el pico.*

—Por cierto, Vladimir, Sethra va a dar un banquete.

—¿De veras? ¿En honor de quién?

—En honor de todos los que hemos salido vivos.

—Ummmmm. Es probable que intenten extraeros información a Norathar y a ti.

—Supongo que... ¿Cómo has averiguado su nombre?

Lancé una risita burlona.

—Imagino que tendré que arrancarte la información a base de torturas —dijo.

—Creo que sí —contesté.

*Muy bien, Loiosh, ya puedes irte.*

*Pesado.*

# 10

## «Me disgusta matar a mis invitados»

Es posible dividir las comidas en diferentes clases. Está la cena oficial, con una puesta en escena elegante, vinos seleccionados con esmero y conversaciones orquestadas. Después, es-tan las reuniones de negocios jheregs, donde se hace caso omiso de la comida la mitad del tiempo, porque pasar por alto un comentario, incluso una mirada, puede resultar fatal. Está la reunión informal con una Cierta Persona, cuando lo más importante no es la comida o la conversación, sino estar allí. También tenemos el «coge-algo-y-corre», en que la idea consiste en empapuzarse, sin conceder tiempo a la conversación ni al placer. Por fin, está la «buena comida», en que el único motivo de nuestra presencia es la comida, y la conversación sólo contribuye a facilitar la digestión.

Y existe otro tipo de comida, sentados alrededor de una mesa elegante, en las profundidades de la Montaña Dzur, con una anfitriona no muerta, un par de Señores Dragones y un par de asesinas jheregs, una de las cuales fue una dragón en otro tiempo, y la otra una oriental.

La conversación que tiene lugar en una comida de este tipo es impredecible. Durante casi toda la comida, Morrolan nos amenizó con diversos comentarios sobre la hechicería que no suelen aparecer en los libros, y es probable que así sea mejor. Disfruté, sobre todo porque estaba sentado al lado de Cawti (¿por casualidad? ¿Con Alieria presente? ja!), y nos concentramos en frotarnos las piernas por debajo de la mesa. Loiosh hizo algunos comentarios al respecto, que no me molestaré en repetir.

Después, mientras estaba distraído, la conversación cambió. De pronto, Alieria se enzarzó con la dama conocida como la Espada del Jhereg en un intercambio de comparaciones entre las costumbres de los dragones y los jheregs, y me puse al instante en alerta. Alieria no hacía nada por accidente.

—Sólo matamos a gente que lo merece —dijo Alieria—. Vos matáis por dinero. Norathar fingió sorpresa.

—Pero a vosotros también os pagan, ¿no? La única diferencia estriba en la moneda. A un asesino jhereg se le paga con oro, supongo, porque nunca he conocido a ninguno, pero la paga de un dragón es satisfacer su sed de sangre.

Lancé una risita. Uno a cero a nuestro favor. Alieria también sonrió y lanzó su copa. La miré con atención. Sí, decidí, no lo hacía para provocar a la jherreg. Quería averiguar algo.

—Dime —continuó—, ¿qué moneda consideráis preferible?

—Bueno, nunca he comprado nada con sed de sangre, pero...

—Se puede hacer.

—¿De veras? ¿Qué se puede comprar?

—Imperios —contestó Alieria e'Kieron—. Imperios.

Norathar e'Lanya enarcó una ceja.

—¿Imperios, mi señora? ¿Qué haría yo con uno?

Alieria se encogió de hombros.

—Estoy segura de que ya se os ocurriría algo.

Paseé la vista alrededor de la sala. Sethra, que presidía la mesa y estaba sentada a mi derecha, miraba a Alieria con suma atención. Morrolan, a su derecha, hacía lo mismo. Norathar estaba a su lado, y también estudiaba a Alieria, sentada al otro extremo de la mesa. Cawti, sentada a mi izquierda, miraba a Norathar. Me pregunté qué rumiaba detrás de su máscara. Siempre me pregunto qué rumia la gente detrás de su máscara. A veces, me pregunto qué se cuece detrás de cualquier máscara.

—¿Qué haríais con uno? —preguntó Norathar.

—Preguntádmelo cuando cambien los Ciclos.

—En este momento, soy la heredera del trono dragón. Morrolan lo era, antes de que yo llegara.

Recuerdo que me habían hablado de la «llegada» de Alieria. Arrebatada del Desastre de Adron, la explosión que borró al Imperio durante más de cuatrocientos años, y transportada en el tiempo hasta aterrizar en mitad del trigal de algún teckla. Más tarde, me dijeron que Sethra había tenido algo que ver en el asunto, lo cual dotaba de mayor credibilidad al relato.

Daba la impresión de que Norathar sentía una leve curiosidad. Sus ojos se posaron sobre el colgante que rodeaba el cuello de Alieria. Todos los Señores Dragón llevaban una cabeza de dragón en algún sitio visible. El que Alieria exhibía tenía una joya azul y otra verde a modo de ojos.

—E'Kieron, por lo que veo —dijo Norathar.

Alieria asintió, como si se hubiera explicado algo.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunté.

—Es indudable que la dama sentía curiosidad por mí linaje —contestó Alieria—, y por qué soy ahora la heredera. Supongo que acaba de recordar que Adron tenía una hija.

—Ah —dije.

Nunca se me había ocurrido preguntarme por qué Alieria se había convertido en

heredera con tal rapidez, si bien lo sabía desde que me la habían presentado. No obstante, estar sentado a la misma mesa con la hija del hombre que había transformado toda una ciudad en un charco de caos puro era un poco desconcertante. Decidí que tardaría un poco en acostumbrarme.

Aliera continuó dando explicaciones a Norathar.

—El Consejo del Dragón me comunicó la decisión cuando investigó mi linaje. De ahí mi interés por la genética. Espero poder demostrar que tengo alguna tara, para no ser emperatriz cuando el Ciclo cambie.

—¿Quieres decir que no deseas ser emperatriz? —pregunté

—¡No, por el amor de Barlen! No puedo imaginar nada más aburrido. Estoy buscando una forma de librarme desde que volví.

—Oh.

*La facilidad de palabra que tienes hoy es asombrosa, jefe.*

*Cierra el pico, Loioosh.*

Di vueltas a todos aquellos datos en mi mente.

—Aliera —dije por fin—, quiero hacerte una pregunta. Si eres la heredera del Dragón, ¿quiere decir que tu padre lo fue antes que tú? Y si era el heredero, ¿por qué intentó el golpe de estado?

—Por dos motivos. Primero, porque era el reino de un fénix decadente, y el emperador se negó a abdicar cuando el Ciclo cambió. Segundo, papá no era el heredero, en realidad.

—Ah. ¿El heredero murió durante el Interregnum?

—Más o menos, sí. Hubo una guerra, y le mataron. Corrieron rumores de que su hija no era una dragón, pero eso fue antes Desastre y el Interregnum.

—Le mataron —repetí—. Entiendo. ¿Y la hija? No, no me digas. Fue expulsada de la Casa, ¿no?

Aliera asintió.

—¿Y el linaje? E'Lanya, ¿verdad?

—Muy bien, Vlad. ¿Cómo lo sabes?

Miré a Norathar, que estaba mirando a Aliera con los ojos casi salidos de sus órbitas.

—Y —continué— has podido analizar sus genes, y has descubierto que es una Señor Dragón.

—Sí —contestó Aliera.

—Y si su padre era el auténtico heredero del trono...

—Exacto Vlad. La verdadera heredera del trono es Norathar e'Lanya... La Espada del Jhereg.

Lo más divertido del tiempo es cuando no existe. Dejaré aparcado eso ahí un momento, y dejaré que envejecáis mientras las sombras no se alarguen, si sabéis a

qué me refiero.

Primero miré a Cawti, que estaba mirando a Norathar, que estaba mirando a Alieria. Sethra y Morrolan también estaban mirando a Alieria, que no miraba nada que nosotros pudiéramos ver. Sus ojos, ahora de un verde brillante, reflejaban la luz de las velas, y estaban fijos en algo que nosotros no estábamos autorizados a ver.

Ahora, mientras el Ciclo no cambia, y el año no termina, y el día ni se aclara ni oscurece, e incluso las velas no parpadean, empezamos a ver algunas cosas desde una nueva perspectiva. Miré primero a mi amante, quien me había matado hacía poco, que estaba mirando a su socia, que debía ser la heredera dragón del Orbe, la próxima del Ciclo. Aquella Señora Dragón-asesinaprincesa-loquesea sostuvo la mirada de Alieria e’Kieron, portadora de la Espada de Kieron, viajera en el tiempo, hija de Adron, y actual heredera del Orbe. Etcétera, etcétera.

Lo más divertido del tiempo es cuando no existe. En esos momentos en que se pierde y se convierte (como todas las cosas, acaso) en su contrario, se transforma en algo de mayor poder que cuando se encuentra en su habitual estado de ánimo derribamontañas.

Incluso posee el poder de destruir las máscaras que ocultan a dragones convertidos en jheregs.

Miré a Norathar un instante y vi con claridad que, en otro tiempo, había sido un Señor Dragón. Vi orgullo, odio, lúgubre resignación, esperanzas defraudadas, lealtad y valentía. Desvié la vista porque, aunque os parezca extraño a los que me habéis escuchado con tanta paciencia y atención, no me gusta el dolor.

—¿Qué queréis decir? —susurró Norathar, y el mundo recobró la normalidad.

Alieria no contestó. Sethra habló.

—El Consejo del Dragón se reunió, a principios del Reinado del Fénix de este Ciclo, antes del Interregnum, para elegir un heredero. Se decidió que sería del linaje e’Lanya cuando llegara el momento. La familia más noble del linaje era lady Alieria, lord K’laiyer y su hija Norathar.

Norathar sacudió la cabeza.

—No recuerdo nada de esto —susurró—. Era muy pequeña.

—Se lanzaron acusaciones —continuó Sethra—, y entonces lord K’laiyer, vuestro padre, retó al acusador. Hubo una guerra, y vuestros padres murieron. Fuisteis juzgada por hechiceros y vuestro linaje fue declarado impuro.

—Entonces...

—Alieria os examinó, y el dictamen de aquellos brujos fue erróneo.

—¿Cuesta mucho cometer un error de ese calibre? —pregunté.

Alieria volvió al presente y dijo con brusquedad:

—Imposible.

—Entiendo —dije.

—Entiendo —dijo Norathar.

Permanecemos con la vista clavada en el suelo, o en el techo, a la espera de que alguien hiciera las preguntas evidentes.

—¿Quién llevó a cabo el análisis, y quién fue el acusador? —preguntó por fin Norathar.

—El primer análisis fue llevado a cabo por mi aprendiz, Sethra la Menor —contestó Sethra.

—¿Quién es? —pregunté.

—Como ya he dicho, mi aprendiz, una entre muchas. Realizó su aprendizaje, déjame pensar, hace unos mil doscientos años. Cuando le hube enseñado todo cuanto pude, me concedió el honor de adoptar mi nombre.

—¿Señor Dragón?

—Por supuesto.

—Bien. Siento haberos interrumpido. Estabais hablando del análisis.

—Sí. Me trajo los resultados, y yo los trasladé al Consejo del Dragón. El consejo ordenó a un comité de tres personas que hiciera otro. Lord Baritt fue una de ellas. —Morrolan, Alier y yo intercambiamos una mirada. Nos habíamos encontrado con su sombra en los Senderos de los Muertos, y teníamos tres impresiones por completo diferentes del viejo bas..., caballero—. Otra era la Casa del Athyra, como experto, y alguien de la Casa del Lyorn, para certificar que todo se hacía como era debido. El comité confirmó el análisis y el consejo actuó en consecuencia.

—¿Quién hizo la acusación? —preguntó Norathar.

—Yo —contestó Sethra Lavode.

Norathar se puso en pie y miró con ojos inflamados a Sethra. Casi percibí la energía que fluía entre ellas.

—¿Puedo recuperar mi espada, señora? —dijo Norathar con los dientes apretados.

Sethra no se había movido.

—Como queráis —contestó—. No obstante, quiero decir dos cosas.

—Decidlas.

—Primero, hice la acusación porque era mi deber hacia la Casa del Dragón, tal como yo lo entendía. Segundo, aunque no soy tan fanática al respecto como lord Morrolan, me desagrada matar a mis invitados. ¡Recordad quién soy, señora!

Se levantó y desenvainó a Llamahelada, un cuchillo largo y recto, de unos treinta centímetros de hoja. El metal era de un tono azul claro y emitía un leve resplandor del mismo color. Cualquiera que poseyera la sensibilidad psiónica de una oruga la habría identificado como un arma Morganti, las que matan sin posibilidad de revivificación. Cualquiera familiarizado con las leyendas que circulaban en torno a Sethra Lavode la habría identificado como Llamahelada, un Arma Definitiva, una de las Diecisiete.

Llamahelada estaba vinculada al poder oculto en, debajo y alrededor de la Montaña Dzur. Los únicos artefactos conocidos que poseían un poder comparable eran la espada Matadioses y el Orbe Imperial. Loiosh se escondió debajo de mi capa. Yo contuve el aliento.

En aquel momento, sentí, más que ver, caer un cuchillo en la mano de Cawti. Me sentí desgarrado entre lealtades, de una forma casi físicamente dolorosa. ¿Qué debía hacer si se iniciaba una pelea? ¿Sería capaz de detener a Cawti, o de advertir a Sethra, cuando menos? ¿Sería capaz de permitir que apuñalara a Sethra por la espalda? ¡Diosa Demonio, sácame de aquí!

Norathar sostuvo la mirada de Sethra.

—No, Cawti —dijo. Cawti suspiró en silencio, y yo recé una plegaria de agradecimiento a Verra—. Mi espada, por favor —dijo a Sethra.

—¿No queréis escuchar mis motivos? —preguntó Sethra con voz imperturbable.

—Muy bien. Hablad.

—Gracias.

Sethra envainó a Llamahelada. Yo expulsé el aire retenido. Sethra se sentó y, al cabo de un momento, Norathar la imitó, sin apartar los ojos de Sethra.

—Me dijeron —empezó la Señora Oscura de la Montaña Dzur— que vuestro linaje era cuestionable. Para decirlo claro, me informaron de que erais bastarda. Lo siento, pero eso fue lo que me dijeron.

Escuché con atención. Los bastardos entre los dragaeranos son mucho más raros que entre los orientales, porque las dragaeranas no pueden concebir por accidente, al menos eso me han dicho. En general, los únicos hijos ilegítimos son aquellos que tienen un padre estéril (la esterilidad es casi imposible de curar, y es frecuente entre los dragaeranos). «Bastardo», como insulto, es mucho más ofensivo para un dragaerano que para un oriental.

—Además, —continuó Sethra—, me dijeron que vuestro verdadero padre no era un dragón. —Norathar no se movió, pero aferró la mesa con la mano derecha—. Erais el hijo mayor del heredero dragón. Era necesario llamar la atención del consejo sobre la información, por si era cierta.

»Podría haberme introducido subrepticamente en casa de vuestros padres con mi aprendiz, que es experta en análisis genéticos. —Alier resopló de una forma casi inaudible. Imagino que tenía sus propias opiniones sobre las capacidades de Sethra la Menor—. Sin embargo, no lo hice. Abordé a lord K'laiyer. Se sintió insultado y se negó a someterse al análisis. Declaró la guerra y envió a su ejército a por mí.

Suspiró.

—He perdido la cuenta de los ejércitos que han intentado invadir la Montaña Dzur. Si os consuela, era un maestro de la táctica, digno del linaje e'Lanya, pero yo conté con la ayuda de varios amigos, un ejército contratado y la misma Montaña

Dzur. Me dio unos pocos problemas, pero el resultado siempre estuvo claro. Al final de la contienda, vuestros padres habían muerto.

—¿Cómo? —preguntó Norathar con los dientes apretados.

—Una buena pregunta. ¿Por qué no les habían revivificado?

—No lo sé. Participaron en la batalla, pero yo no les maté. Ambos tenían enormes heridas en la cabeza, debidas a la hechicera. No puedo deciros nada mas.

Norathar asintió, casi imperceptiblemente. Sethra continuó.

—Tomé posesión oficial del castillo, por supuesto. Os encontramos allí. Creo que teníais unos cuatro años. Dije a mi aprendiz que efectuara el análisis, y ya sabéis el resto. Devolví vuestro castillo a la Casa. No sé qué fue de él, o de las posesiones de vuestros padres. Quizá aún tengáis parientes...

Norathar asintió de nuevo.

—Gracias —dijo—, pero esto apenas cambia...

—Hay otra cosa. Si mi aprendiz se equivocó, eso recae sobre mí. Es evidente que mis actos fueron la causa inmediata de todo esto. Confío en los conocimientos genéticos de Alieria más que en los de cualquiera, y dice que vos sois el producto del Señores Dragones por ambas partes, con el e'Lanya dominante.

»Quiero saber qué pasó. Tengo la intención de investigar. Si os mato, eso dificultará mi tarea. Si vos me destruíis, la imposibilitará, por supuesto. Os agradecería que aplazarais cualquier desafío hasta que haya terminado esta investigación. Después, si lo deseáis, me plegaré a las condiciones de vuestro desafío.

—¿Cualquier condición? —preguntó Norathar—. ¿Incluyendo el acero normal?

Sethra resopló.

—Incluyendo un duelo jhereg, si queréis.

La sombra de una sonrisa cruzó los labios de Norathar cuando se sentó.

—Acepto vuestras condiciones —dijo.

Cawti y yo nos relajamos. Morrolan y Alieria, en mi opinión, estaban interesados, pero nada preocupados.

Morrolan carraspeó.

—Bien, tal vez deberíamos discutir el método.

—Aclárame esto —dijo Sethra—. Si hubo un complot, ¿pudo Baritt estar mezclado?

Alieria dijo «no» al mismo tiempo que Morrolan decía «sí». lancé una risita. Alieria se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez —dijo.

Morrolan bufó.

—En cualquier caso —dijo—, ¿es posible que pudieran engañar a un athyra? ¿Se mezclaría un athyra en un complot de este tipo, por no mencionar a un lyorn? Si hubo un complot, como tú dices, tendrían que haber convencido al athyra de que les

ayudara, y me cuesta creer que lo lograrán. Ningún lyorn aceptaría; por eso participan en cosas como ésta.

Sethra asintió para sí.

—Perdonad —dije—, pero ¿qué procedimiento hay que seguir para lograr que un lyorn y un athyra colaboren en algo semejante? O sea, ¿vas a la Casa del Lyorn y gritas: «Estamos haciendo una investigación genética, ¿alguien quiere ayudar?» ¿...? ¿Qué hay que hacer?

—En el caso de la Casa del Lyorn —dijo Sethra—, se necesita una petición oficial, por mediación del Imperio, para conseguir su ayuda. Con los athryas, alguien propondrá a un mago que conoce en persona o por referencias, y el consejo lo aprueba.

—Y es probable que la Casa del Lyorn elija a alguien familiarizado con este tipo de cosas —añadí.

Sethra asintió.

—Muy bien —dije—, pero... Alieria, ¿sería muy difícil falsificar un análisis genético?

—Un conjuro de engaño complicado lo conseguiría —contestó poco a poco—. Si el analista fuera un incompetente.

—¿Y si no?

—No le engañarían.

—¿Podrían engañar a Sethra la Menor?

—Con facilidad —resopló.

Desvié la vista hacia Sethra Lavode; no parecía muy convencida. Lo dejé correr de momento.

—¿Y Baritt?

—No —dijo Alieria.

Morrolan se mostró de acuerdo.

—Fuera lo que fuese, no era incompetente, desde luego.

—Por lo tanto —continué—, si alguien lanzó un conjuro para lograr que Norathar no pareciera una dragón pura, Baritt debía estar implicado. Pudo engañar al lyorn.

—Vlad —dijo Morrolan—, el athyra también tuvo que estar mezclado..., y tendrás que convencerme de eso.

—Aún no he llegado a eso —admití—. Cada cosa a su tiempo. Sethra, ¿cómo se enteró de esto Sethra la Menor?

—No lo sé, Vlad. Ocurrió hace más de cuatrocientos años.

—A tu edad, Sethra, es como si hubiera pasado ayer.

Enarcó una ceja. Después, sus ojos se desplazaron hacia arriba y a la izquierda, mientras intentaba recordar.

—Dijo que se había enterado por un amigo que había estado tomando copas con

lady Miera. Dijo que lady Miera se lo había contado a su amiga, y su amigo se lo dijo a ella.

—¿Cómo se llama esa amiga?

Suspiró y se reclinó en la silla. Apoyó las manos sobre la cabeza, inclinó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco. Nos quedamos en silencio, casi sin atrevemos a respirar. De pronto se enderezó.

—¡Fue Baritt, Vlad!

¿Por qué no me sorprendí?, me pregunté.

Sacudí la cabeza.

—Si queréis averiguar qué sabe Baritt de esto, os diré dónde podéis encontrarle, pero no esperéis que os acompañe. He estado en la Puerta de la Muerte una vez; es suficiente para toda la vida, como mínimo. Tengo mis propios problemas. Hay un tipo que intenta enviarme allí. Hablando de manera figurada —añadí—. Tengo entendido que no permiten la entrada a los orientales.

»Da igual. Sethra, ¿te acuerdas de quién era el lyorn?

—Nunca lo supe. Terminada mi parte, no quise saber nada más del asunto. No estaba presente cuando realizaron el segundo análisis.

—Ah. Supongo que tampoco sabrás quién era el athyra.

—Exacto.

—Constará en los registros —intervino Alier—. Podemos averiguarlo.

Asentí.

—En tal caso, supongo que no se puede hacer nada más de momento, ¿verdad?

Sethra, Alier y Morrolan asintieron. Norathar y Cawti nos habían estado mirando todo el rato sin la menor expresión. Me pareció raro haber tomado la iniciativa en aquella investigación concerniente a la historia de la Casa del Dragón, pero, en cierto sentido, la investigación es una de mis especialidades. Cawti también podría haberlo hecho, pero aún tenía menos interés que yo.

—La siguiente cuestión —dijo Morrolan— es cómo vamos a presentar esto al Consejo del Dragón. Sugiero que Alier y yo vayamos a verles y...

Alier le interrumpió.

—Tal vez sería mejor más tarde. Es un tema que deben discutir los dragones.

Se produjo un breve y embarazoso silencio; después, Cawti se levantó.

—Excusadme —dijo—. Creo que prefiero retirarme ahora.

Sethra se levantó y dedicó una leve reverencia de agradecimiento a Cawti cuando salió. Luego volvió a sentarse.

—Me pregunto qué mosca le ha picado —dijo Morrolan.

Típico.

—El final de una asociación —dijo Norathar, y dio la impresión de que aparecían nuevas arrugas de dolor alrededor de sus ojos y mandíbula.

Claro, ahora era una Señor Dragón, y podía demostrar sus sentimientos. Se puso en pie, hizo una inclinación y siguió a Cawti.

Las seguí con los ojos, y después eché un vistazo a la mesa. La comida estaba fría y el vino caliente. De haber incluido una cebolla, habría estado podrida hasta la médula.

# 11

## «¿Una partida rápida, jefe?»

Me dejaron solo en la mesa, así que pensé en cebollas durante un rato. Aún seguía pensando en ellas, cuando sentí que alguien me llamaba psiónicamente.

*¿Quién es?*

*Fentor, mi señor, desde el Castillo Negro. Tengo la información que queríais.*

*¿Sobre los disturbios? Bien, adelante.*

*Se limitó a tres manzanas, cerca de...*

*Sé dónde fue. Continúa.*

*Si; mi señor. Fue una hilera de apartamentos, que pertenecen todos a la misma persona. Empezó a subir los alquileres hace cuatro semanas, dejó que la situación se deteriorara después empezó a apalazar a los vecinos que se retrasaban los pagos.*

*Entiendo. ¿Quién era el dueño de los apartamentos?*

*Un jhereg, señor. Se llama...*

*Laris.*

*Si; mi señor.*

*Suspiré.*

*¿Hacía mucho tiempo que le pertenecía la propiedad?*

*Siguió una pausa.*

*No se me ocurrió investigarlo, señor.*

*Hazlo. Y averigua a quién la compró.*

*Si; mi señor.*

*¿Hay algo más?*

*Aún no, mi señor, pero seguimos trabajando en ello.*

*Estupendo. Otra cosa. sospecho que alguien provocó los disturbios a propósito. Intenta descubrir quién fue.*

*Si; mi señor.*

Interrumpimos el contacto. Entre otras cosas, la conversación me sirvió para darme cuenta de que había descuidado mis asuntos de nuevo. Me puse en contacto con Kragar y le dije que me esperara dentro de dos minutos. Después, me puse en contacto con Sethra, expliqué que debía marcharme y le pregunté si sería tan amable

de teleportarme a mi oficina. Fue tan amable y lo hizo.

No tuve que decirle dónde estaba. A veces, esa mujer me intriga.

\* \* \*

Kragar me estaba esperando, junto con Bichobrillante y alguien a quien no conocía. Entramos en el edificio, que aún no había sido reparado, y dije a Kragar que entrara en la oficina conmigo. Cerré la puerta, miré a mi alrededor y no le vi. Abrí la puerta otra vez y dije:

—Kragar, he dicho que...

—¿Jefe?

Me volví, y esta vez le vi.

—Maldita sea, Kragar, deja de hacer eso.

—¿Qué, Vlad?

—Da igual.

*Corta el rollo, Loiosh. No he dicho nada, jefe.*

*Estabas riendo a escondidas.*

Me senté y apoyé los pies en el escritorio.

—¿Quién es el nuevo?

—Un protector. Necesitamos otro, y casi nos lo podemos permitir. Sabe que depende de tu aprobación.

—¿Cómo se llama?

—Stadol.

—No he oído hablar de él.

—Le llaman «Bastones».

—Ah. Así que eso es Bastones. Melestav —grité—, haz entrar a Bastones.

La puerta se abrió y el tipo entró.

—Siéntate —le dije. Lo hizo.

Puede que Bastones recibiera su apodo porque parecía uno, pero eso puede aplicarse a casi todos los dragaeranos. Aun así, era más alto y delgado que la mayoría, y se movía como si todos los huesos de su cuerno fueran de jalea. Sus brazos oscilaban con facilidad cuando andaba, y sus rodillas se doblaban un poco. Tenía el cabello rubio arena, arreglado y caído sobre las orejas. Un bucle colgaba sobre su frente, y daba la impresión de que se le iba a meter en un ojo. Movía cada tanto la cabeza a un lado para alejarlo, pero volvía a caer casi al instante.

De hecho, su apodo se debía a su preferencia por utilizar dos garrotes de sesenta centímetros. Golpeaba a la gente con ellos.

—Soy Vlad Taltos —dije. Asintió—. ¿Quieres trabajar para mí?

—Claro —dijo—. La paga es buena.

—Porque la cosa está que arde ahora. ¿Lo sabes?

Volvió a asentir.

—¿Has «trabajado» alguna vez?

—No. No tiene futuro.

—Eso es discutible. He oído que hiciste «músculos» hace años. ¿Qué has hecho desde entonces?

Se encogió de hombros.

—Tengo contacto con algunos músicos y algunas tabernas. Les ayudo a introducirse y me dan un porcentaje. Es una forma de vivir.

—¿Por qué lo dejas, entonces?

—No tiene futuro.

—De acuerdo. Aceptado.

—Gracias.

—Eso es todo por ahora.

Se puso en pie lentamente y anadeó hacia la puerta. Me volví hacia Kragar. Tardé un momento en localizarle.

—¿Algo nuevo? —pregunté.

—No. Estoy en ello, pero aún no he descubierto nada.

—Insiste.

—De acuerdo.

—Trae a Narvane y Shoen.

—Voy.

Se puso en contacto con ellos y nos dispusimos a esperar Mientras esperábamos...

*¿Mi señor?*

*¿Si, Fentor?*

*Teníais razón. Alguien provocó los disturbios. Parece deliberado.*

*Cógele y retenle. Quiero...*

*No podemos, mi señor.*

*¿Muerto?*

*Si, mi señor. Durante los disturbios.*

*Entiendo. ¿Casualidad, o iba alguien tras él?*

*No lo sé mi señor.*

*De acuerdo. ¿Sabes algo del anterior propietario?*

*El jhereg Laris posee esos apartamentos desde hace unas nueve semanas, mi señor. No sabemos a quién los compró. Los registros son confusos, y parece que se utilizaron nombres falsos.*

*Averígualo.*

*Si, mi señor.*

—¿Qué pasa? —preguntó Kragar cuando interrumpí el contacto.

Meneé la cabeza, sin contestar. Se levantó, caminó hacia mi armario y volvió con una caja.

—Me pediste esto.

La caja contenía una amplia selección de cuchillos diversos. Cuando los vi así reunidos, me asombré de que pudiera distribuirlos a lo largo y ancho de mi persona. Quiero decir que había, como mínimo... No, prefiero omitir los detalles.

Pensé en echar a Kragar mientras me cambiaba de armas, pero decidí que no. Cogí lo primero que encontré, un pequeño cuchillo arrojadizo, comprobé su filo y equilibrio, y lo guardé en mi capa, en el lugar que ocupaba el otro.

Me sorprendió el tiempo que tardé en revisar las armas que llevaba encima y sustituirlas. Cuando terminé por fin, Narvane y Shoen estaban esperando. Cuando salí de la oficina, me pasé una mano por el pelo y ajusté mi capa con la otra mano, lo cual permitió que rozara mi pecho con los brazos y comprobara que ¡as diversas armas estaban en su sitio. Un gesto nervioso muy útil...

Narvane me saludó con un parpadeo. Shoen cabeceó con brusquedad. Bastones, espatarrado sobre una silla, levantó una mano.

—Me alegro de verte, jefe —dijo Bichobrillante—. Empezaba a pensar que eras un mito.

—Si empiezas a pensar, Bichobrillante, ya es un gran adelanto. Vámonos, caballeros.

Esta vez, Loiosh fue el primero en salir, seguido de Bichobrillante y Narvane. Los otros dos me siguieron, y Kragar se quedó atrás. Doblamos a la izquierda y nos encaminamos a Malak Cirele. Saludé a algunos clientes conocidos, y a otras personas que trabajaban para mí. Tuve la impresión de que, durante el último día, los negocios habían mejorado. Me proporcionó un alivio considerable. Aún se mascaba la tensión en el aire, pero estaba en un segundo término.

Llegamos a la Taberna de la Fuente, y nos dirigimos a la primera puerta de la izquierda.

—Bastones —dije.

—Aquí empezaron los problemas. Laris abrió un pequeño negocio en la parte de arriba, sin ni siquiera enviarme una nota de cortesía para informarme.

—Mmmm.

—Por lo que yo sé, aún funciona. Bichobrillante y Shoen esperarán fuera conmigo.

—De acuerdo.

Caminó hacia la escalera. Narvane le siguió sin decir palabra. Cuando entraron, vi que Bastones extraía un par de garrotes de su capa. Me apoyé contra el edificio para esperar. Bichobrillante y Shoen se pusieron delante de mí, uno a cada lado, al acecho.

*Vigila por arriba, Loiosh.*

*Ya lo hago, jefe.*

No tardamos mucho en escuchar un crujido procedente de arriba y a la derecha. Un cuerpo salió volando por la ventana y aterrizó a unos tres metros de mí. Un minuto después, más o menos, Narvane y Bastones reaparecieron. Bastones sujetaba algo en su puño izquierdo. Con el garrote en la otra mano, dibujó una serie de cuadrados en la tierra, delante de mí. Le miré con aire intrigado, pero antes de que pudiera decir nada, me fijé en que una multitud se había congregado alrededor del cuerpo. Sonreí.

Bastones abrió la mano izquierda y tiró varias piedras, algunas blancas, otras negras, sobre los cuadrados que había dibujado en la calle.

—¿Una partida rápida, jefe?

—No, gracias —respondí—. No juego.

Asintió con aire de aprobación.

—No tiene futuro —dijo—. Caminamos alrededor del círculo.

Por fin, volví a mi oficina. Me complació anunciar a Kragar que nuestros ingresos de la semana iban a aumentar. Gruñó.

—Haz algo por mí, Kragar.

—¿Qué?

—Ve a ver al tipo que nos avisó de la celada. Averigua si sabe algo más.

—¿Ir a verle? ¿En persona?

—Sí. Cara a cara y todo eso.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá para descubrir si es un bicho raro, y si habrá otros imitadores.

Kragar se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero ¿no crees que tal vez le pongamos en peligro?

—Si eres cauto, no.

Volvió a gruñir.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—Ahora, si te va bien.

Suspiró, lo cual fue un alivio después de tantos gruñidos, y marchó.

*Y ahora, ¿qué Loiosh?*

*Buena pregunta, jefe. ¿Encontrar a Laris?*

*Me encantaría. ¿Cómo? Si no tuviera protección contra la brujería, intentaría cargármelo ahora mismo.*

*Lo mismo te digo, jefe. Si no estamos protegidos contra la hechicería, nos liquidará aquí mismo.*

*Supongo que sí. Oye, Loiosh. ¿Si, jefe?*

*Tengo la sensación de que, no sé en los últimos tiempos te he dejado de lado cuando*

*estaba con Cawti. Lo siento.*

*Hundió la lengua en mi oreja.*

*No pasa nada, jefe. Lo comprendo. Además, cualquier día de éstos encontraré a alguien.*

*Eso espero. Dime algo. ¿estoy distraído últimamente? O sea, todo este rollo con Cawti; ¿crees que me está comiendo el tarro? Tengo la sensación de que me está distrayendo, o algo por el estilo.*

*Tal vez un poco. No te preocupes. Lo haces muy bien cuando las cosas se ponen feas, y tampoco creo que puedas hacer algo al respecto.*

*Sí, ¿Sabes una cosa, Loiosh? Me alegro de tenerte a mi lado.*

*¡Caramba, jefe, no te pongas sentimental!*

\* \* \*

Kragar volvió dos horas después.

—¿Y bien?

—No estoy seguro de haber averiguado algo útil, Vlad. No tiene ni idea de dónde está Laris, pero nos lo dirá si lo descubre. Encontrarse conmigo le puso nervioso, pero es comprensible. Bueno, nervioso no, exactamente. Sorprendido, tal vez, y desprevenido. En cualquier caso, no había oído nada que me pareciera útil.

—Ummmmm. ¿Te parece que haya otros como él? Kragar negó con la cabeza.

—De acuerdo. Imagino que eso no nos lleva a ningún sitio. ¿Qué sabes de nuestras otras fuentes? ¿Has descubierto a alguien más que trabaje para Laris?

—Un par, pero no podemos hacer nada al respecto hasta que contemos con más fondos. Contratar «trabajos» nos arruinaría en este momento.

—Faltan dos días para Finde semana. Puede que consigamos hacer algo entonces. Déjame un rato solo. Quiero pensar.

Se fue. Me recliné en la butaca, cerré los ojos, y me interrumpieron otra vez.

*¿Mí señor?*

*¿Qué pasa, Fentor?*

*Hemos descubierto algo. Los apartamentos pertenecían a un Señor Dragón que falleció, y han pasado de mano en mano desde entonces.*

*¿Cuánto hace que murió?*

*Unos dos años, mi señor.*

*Entiendo. ¿Habéis averiguado a quién pasaron después*

*Aún no, mi señor.*

*Seguid en ello. ¿Quién era el dragón, por cierto?*

*Un hechicero poderosísimo, señor. Se llamaba Baritt*

Vaya vaya... Por todos los Señores del Juicio, ¿cómo encajaba aquello con mis ideas? Mi mente desechó la posibilidad de una coincidencia. ¿Cómo podía ser una coincidencia? ¿Cómo no podía ser una coincidencia?

*¿Mí señor?*

*Fentor, averigua lo que puedas sobre esto, ahora mismo. Pon a más gente a trabajar. Viola los archivos imperiales, soborna a funcionarios, lo que sea, pero averígualo ya.*

*Si, mi señor.*

Baritt... Baritt...

Un hechicero poderoso, un mago, un Señor Dragón. Era viejo cuando murió, y se había hecho tal nombre que ya nadie se refería a él por su linaje. Al contrario, sus descendientes se autodenominaban «e'Baritt». Había muerto sólo dos años antes, y su monumento, próximo a las Cataratas de la Puerta de la Muerte, había sido el escenario de la batalla más sangrienta desde el Interregnum.

Baritt.

Era fácil imaginarle mezclado en cualquier tipo de conspiración en el seno de la Casa del Dragón, pero ¿qué relación tenía con los jheregs? ¿Podía ser el patrón de Laris, o lo era uno de sus descendientes? Y en tal caso, ¿por qué?

Aún más, si existía alguna relación entre mi problema con Laris y el problema de Norathar con Baritt, eso significaba una intriga de algún tipo, y los Señores Dragones no son intrigan. te..., con la posible excepción de Alier, y sólo dentro de una esfera limitada.

¿Tendría que volver a visitar las Cataratas de la Puerta de la Muerte y los Sendero de los Muertos? Me estremecí. Al recordar mi última visita, supe que los habitantes de aquellos lugares no se tomarían muy bien mí vuelta. ¿Me iba a servir de algo? Probablemente no. La última vez, Baritt no se había mostrado bien dispuesto hacia mí.

Pero no podía ser una coincidencia que su nombre surgiera así por la buenas, como propietario de los mismos apartamentos utilizados por Laris. ¿Por qué no habían pasado a sus herederos? ¿Porque alguien había manipulado los registros? Tal vez, lo cual explicaría por qué a Fentor le costaba tanto seguir las huellas del propietario. Pero ¿quién, entonces? ¿Por qué?

Me puse en contacto con Morrolan.

*¿Si, Vlad?*

*Háblame de Baritt.*

*Ummmm.*

*Ya lo sabía.*

*¿Qué deseas saber en concreto, Vlad?*

*¿Cómo murió?*

*¿Eh? ¿No lo sabes?*

*Si lo supiera... No, no lo sé.*

*Fue asesinado.*

*Oh. Eso explicaba, cuanto menos, alguno de sus comentarios.*

*Entiendo. ¿Cómo lo hicieron? Me sorprende que un hechicero tan experto como Baritt se dejara atrapar.*

*Ummm. Si no recuerdo mal, Vlad, los jheregs tienen un dicho...*

*Ah, sí «Por sutil que sea el mago, un cuchillo entre los omoplatos desvirtúa su estilo».*

*Sí*

*Luego, ¿fue un jhereg?*

*¿Qué otros asesinos conoces?*

*Hay cantidad de aficionados que apuñalarían a cualquiera por cinco monedas de oro. Es raro que un jhereg «trabaje» en alguien ajeno a la Casa; por lo general, no es necesario, a menos que alguien amenace con darle el soplo al Imperio, o...*

*Me callé al instante.*

*¿Sí, Vlad? ¿O...?*

*Le dejé colgado allí. O, iba a decir, a menos que se haga como un favor especial, preparado por un jhereg, para un amigo de otra Casa. Lo cual significa que tal vez, tal vez Baritt no estaba detrás del asunto. Tal vez había colaborado con quien fuera, y después esta persona hubiera necesitado deshacerse de Baritt. Y esta otra persona era el patrón de Laris. Y como Laris le había ayudado con lo de Baritt, su patrón estaba muy dispuesto a ayudar a Laris a deshacerse de mí. Un simple intercambio de favores.*

*¿Vlad?*

*Lo siento, Morrolan. Estoy tratando de descifrar algo. Espera un momento, por favor.*

*Muy bien.*

*Por lo tanto, el patrón de Laris era alguien que había trabajado con Baritt unos dos años antes. Sí. ¿Quién lo sabría?*

*Morrolan, ¿quién podría conocer a alguien que trabajara con Baritt poco antes de su muerte?*

*No estoy seguro, Vlad. Tampoco lo sé. Nunca tuvimos mucha relación mientras vivió. Quizá deberías dejarte caer por el Castillo Negro y hacer algunas preguntas.*

*Sí... Tal vez lo haga. Bien, gracias. Ya hablaremos más tarde.*

*Desde luego, Vlad.*

*Vaya, vaya y vaya.*

*Como mínimo, Laris estaba mezclado con alguien más, y ese alguien más, probablemente un Señor Dragón, le ayudaba en su lucha contra mí. Si podía averiguar quién era, tal vez podría neutralizarle con la simple amenaza de*

denunciarle; a los dragones no les gusta que los de su especie ayuden a los jheregs.

Encontrarle incluía descubrir quién había sido el propietario de aquellos apartamentos. Ummm. Me dispuse a...

*Fentor.*

*¿Si, mi señor?*

*Haz una lista de todos los descendientes vivos de Baritt Tenla preparada para dentro de una hora.*

*¿Una hora, mi señor? Sí*

*Pero... Si, mí señor.*

Corté el contacto y establecí otro.

*¿Quién es?*

*Hola, Sethra.*

*Ah, Vlad, Buenas noches. ¿En qué te puedo ayudar?*

*¿Todavía es preciso retener prisioneras a Cawti y Norathar?*

*Estaba hablando de eso con Alieria. ¿Por qué?*

*Sería muy útil que Cawti quedara libre esta noche.*

*Entiendo. Una pausa. Muy bien, Vlad. Ni Alieria ni Morrolan se oponen.*

*¿Las liberaréis a ambas?*

*La única duda se refería a lo oriental. Norathar, en lo que a nosotros concierne, es una dragón.*

*Entiendo. Bien, muchas gracias.*

*De nada. Se lo comunicaré de inmediato.*

*Que sea dentro de cinco minutos, ¿de acuerdo?*

*Como quieras.*

*Gracias.*

Después, respiré hondo y empecé a concentrarme en Cawti, a quien no conocía tan bien, pero pensé en su cara, su voz, sus...

*¡Vladimir!*

*Lo he conseguido a la primera. ¿Qué haces esta noche?*

*¿Que qué ha...? ¿Qué crees que voy a hacer? Tus amigos aún no nos han dejado marchar.*

*Creo que eso podrá arreglarse. En tal caso, ¿sería la dama tan amable de permitirme que la acompañe esta noche a una pequeña reunión?*

*Sería un honor, gentilísimo caballero.*

*Excelente. Nos veremos dentro de una hora.*

*Aguardaré el momento con ansia.*

Interrumpí el contacto y grité a mis guardaespaldas que me escoltaran a casa, para poder vestirme como la ocasión exigía. En el Castillo Negro no hace falta ropa interior.

# 12

## «Es amable, ¿verdad?»

Dos teleportaciones después de salir de casa, me encontré en el Castillo Negro con Cawti y un estómago revuelto. Cawti iba vestida elegantemente con pantalones largos gris claro, blusa del mismo color y capa gris con reborde negro. Yo llevaba mis pantalones buenos, mi justillo bueno y la capa. Hacíamos una buena pareja.

Lady Teldra nos recibió, saludó a Cawti por su nombre y nos alentó a visitar la sala de banquetes. Debíamos ser todo un espectáculo: un par de orientales, los dos con los colores jheregs, con Loiosh sobre mi hombro izquierdo, entre nosotros.

Nadie se fijó en nosotros.

Me puse en contacto con Fentor y le dije dónde estaba. Apareció, me localizó y me entregó subrepticamente un trozo de papel. Cuando se marchó, Cawti y yo deambulamos un rato, vimos a gente, examinamos el «comedor» de Morrolan y fuimos insultados como si tal cosa por alguien que pasó a nuestro lado. Al cabo de unos minutos, la presenté a la Nigromántica.

Cawti dobló el cuello, que entraña una sutil diferencia de inclinar la cabeza. La Nigromántica aparentó desinterés, pero le devolvió el saludo. A la Nigromántica le daba igual que fueras dragaerano u oriental, jhereg o dragón. Para ella, eras un vivo o un muerto, y se llevaba mejor con los muertos.

—¿Conocías a Baritt? —le pregunté. Asintió con aire ausente.

—¿Sabes si trabajaba con alguien poco antes de morir?

Sacudió la cabeza, con el mismo aire ausente.

—Bien, eh, gracias —dije, y seguí adelante.

—Vladimir —dijo Cawti—, ¿qué pasa con Baritt?

—Creo que alguien está apoyando a Laris, algún pez gordo, y es probable que sea de la Casa del Dragón. Sea quien fuere, creo que trabajó con Baritt en algún momento. Intento descubrir quién es.

La llevé a un rincón y extraje la lista que Fentor había confeccionado. Tenía siete nombres. Ninguno me dijo nada.

—¿Reconoces alguno de estos nombres?

—No. ¿Debería?

—Descendientes de Baritt. Tendré que investigarles.

—¿Por qué?

Le conté la historia de los disturbios. Su bello rostro se deformó en una fea expresión desdeñosa.

—Si hubiera sabido lo que tenía en mente...

—¿Laris?

No contestó.

—¿Por qué te lo tomas tan a pecho? —pregunté.

Me miró.

—¿Por qué me lo tomo tan a pecho? Está utilizando a nuestra gente. Somos nosotros, los orientales, a quienes se engaña para ser golpeados y asesinados sólo para manipular a unos pocos guardias. ¿Y me preguntas por qué me lo tomo tan a pecho?

—¿Desde cuándo vives en el Imperio, Cawti?

—Toda mi vida.

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Supongo que estoy acostumbrado, eso es todo. Me espero cosas por el estilo.

Me miró con frialdad.

—Ya no te molestan, ¿verdad?

Abrí y cerré la boca un par de veces.

—Aún me molestan, supongo, pero... ¡Por las Puertas de la Muerte, Cawti! Ya sabes qué clase de gente vive en esas zonas. Yo salí de ellas, y tú saliste de ellas. Cualquiera de esas perso...

—Sandeces. No me vengas con ésas. Pareces un chulo: «No les utilizo más de lo que desean ser usados. Si quieren, pueden hacer otras cosas. Les gusta trabajar para mí». Chorradas. Supongo que piensas lo mismo de los esclavos, ¿verdad? Debe de gustarles, de lo contrario ya habrían escapado.

Para ser sincero, nunca se me había ocurrido pensar en eso, pero Cawti me estaba mirando con rabia en sus hermosos ojos castaños. Experimenté una repentina oleada de ira.

—Escucha, maldita sea, yo nunca he «trabajado» en un oriental, ¿recuerdas?, así que no me vengas con...

—No me restriegues eso por la cara. Ya lo hemos hablado antes. Lo siento, pero era un trabajo, ¿no? No tiene nada que ver con que te importe un teckla lo que le ocurre a nuestro pueblo.

Me miraba con ojos furiosos. Me han mirado así auténticos expertos, pero esta vez era diferente. Abrí la boca para decir algo, pero no pude. De repente, comprendí que podía perderla, en aquel mismo instante. Era como entrar en una taberna para liquidar a alguien, y descubres que los guardaespaldas del tipo pueden ser mejores que

tú. Sólo que, en esas ocasiones, lo máximo que puedes perder es la vida. En ese instante, comprendí lo que estaba a punto de perder.

—Cawti —empecé a decir, pero mi voz se quebró.

Desvió la vista. Nos quedamos así, en un rincón del comedor de Morrolan, con multitudes de dragaeranos a nuestro alrededor, pero era como si estuviéramos en nuestro propio universo.

Ignoro cuánto tiempo permanecimos allí. Por fin, ella se volvió hacia mí.

—Olvídalo, Vlad. Disfrutemos de la fiesta.

Sacudí la cabeza.

—Espera.

Cogí sus manos, la obligué a dar la vuelta y la guié hasta un pequeño gabinete situado a un lado de la sala principal. Entonces, volví a apoderarme de sus manos.

—Cawti —dije—, mi padre tenía un restaurante. Las únicas personas que entraban eran tecklas y jheregs, porque nadie más se relacionaba con nosotros. Mi padre, que los Señores del Juicio condenen su alma durante mil años, no me dejaba relacionarme con orientales porque quería ser aceptado como dragaerano. Tú, tal vez, conseguiste un título después de ganar algo de dinero, para obtener un vínculo con el Orbe. Yo recibí un título por mediación de mi padre, que gastó en eso los ahorros de nuestra vida, porque quería ser aceptado como dragaerano.

»Mi padre intentó que aprendiera esgrima dragaerana, porque quería ser aceptado como dragaerano. Intentó impedir que estudiara brujería, porque quería ser aceptado como dragaerano. Podría seguir así durante una hora. ¿Crees que alguna vez fuimos aceptados como dragaeranos? Un huevo. Nos trataron como a cagadas de teckla. Los que no nos despreciaban por ser orientales nos odiaban por ser jheregs. Se dedicaban a perseguirme, cuando salía a los recados, y me aporreaban hasta que... Da igual.

Ella quiso decir algo, pero la interrumpí.

—No dudo de que puedas contarme historias igual de terribles, pero ésa no es la cuestión. —Mi voz se convirtió en un susurro—. Les odio. —Apreté su mano hasta que se encogió de dolor—. Me uní a la organización como «músculo» para que me pagaran por golpearles, y empecé a «trabajar», para que me pagaran por matarles. Ahora, estoy escalando puestos en la organización para poder hacer lo que me dé la gana, según mis propias normas, y tal vez enseñar a algunos qué ocurre cuando subestiman a los orientales.

»Hay excepciones: Morrolan, Miera, Sethra, unos cuantos más. Para ti, tal vez Norathar. Pero ellos no importan. Incluso cuando trabajo con mis propios empleados, he de olvidar cuánto les desprecio. He de fingir que no quiero ver a ninguno destrozado. Esos amigos que he mencionado... El otro día estaban hablando de conquistar Oriente, delante de mí, como si yo no importara.

Hice una pausa y respiré hondo.

—Por lo tanto, no me ha de importar. He de convencerme de que no me importa. Es la única manera de conservar la cordura; hago lo que debo hacer. Y hay pocos placeres en esta vida, excepto la satisfacción de fijarse un objetivo, valga la pena o no, y lograrlo.

»¿En cuánta gente confías, Cawti? No me refiero a confiar en que no te apuñalen por la espalda. Hablo de confianza, de confiar con toda tu alma. ¿Cuánta? Hasta hora, Loiosh ha sido el único al que he podido confiarme. Sin él, me habría vuelto loco, pero no podemos hablar de iguales. Encontrarte ha sido... No sé, Cawti, no quiero perderte, eso es todo. Sobre todo, por algo tan estúpido como esto.

Volví a respirar hondo.

—Hablo demasiado —dije—. Eso es todo cuanto quería decir.

Mientras hablaba, su cara se había relajado, hasta vaciarse de rabia. Cuando terminé, se precipitó en mis brazos, me abrazó y meció con suavidad.

—Te quiero, Vladimir —dijo en voz baja.

Sepulté la cara en su cuello y dejé que las lágrimas brotaran.

Loiosh apretó el morro contra mi cuello. Noté que Cawti le rascaba la cabeza.

Algo más tarde, cuando me hube recuperado, Cawti me acarició la cara con las manos y Loiosh me lamió la oreja. Volvimos hacia la multitud. Cawti apoyó su mano sobre mi brazo izquierdo mientras caminábamos. La cubrí con mi mano derecha y le di un apretón.

Vi a la Hechicera Verde, pero la evité, pues no me apetecía un enfrentamiento en aquel momento. Busqué a Morrolan, pero no le localicé. Observé que la Nigromántica hablaba con una dragaerana alta y morena. Ésta se volvió un instante, y su parecido con Sethra Lavode me impresionó. Me pregunté...

—Perdonad —dije, y me acerqué. Interrumpieron su conversación y me miraron. Dedicué una reverencia a la desconocida—. Soy Vladimir Taltos, de la Casa Jherég. Ésta es el Cuchillo del Jherég. ¿Puedo preguntar a quién tengo el honor de dirigirme?

—Podéis —contestó.

Esperé. Después, sonreí.

—¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Soy Sethra —dijo.

¡Bingo!

—Vuestra tocaya me ha hablado mucho de vos.

—No me extraña. Si eso es todo cuanto deseabais decir, en este momento estoy ocupada.

—Entiendo —dije con educación—. De hecho, si pudierais dedicarme unos momentos...

—Mi querido oriental, sé que Sethra Lavode, por motivos sólo por ella conocidos, tolera vuestra presencia, pero yo ya no soy su aprendiz y no veo motivos para

imitarla. No tengo tiempo para orientales, ni tampoco para jheregs. ¿Está claro?

—Muy claro.

Me incliné una vez más. Cawti hizo lo mismo. Loiosh siseó. Cuando nos dimos la vuelta.

—Amable, ¿verdad?

—Mucho —dijo Cawti.

En aquel momento, Morrolan entró, acompañando a Norathar. Iba vestida de negro y plata, los colores de la Casa del Dragón. Miré a Cawti; no había la menor expresión en su cara. Nos abrimos paso entre la muchedumbre para acercarnos a ellos.

Norathar y Cawti se miraron, y no discerní lo que pasaba entre ellas, pero luego sonrieron.

—Los colores son de lo más atractivo —dijo Cawti—. Te sientan muy bien.

—Gracias —contestó en voz baja Norathar.

Noté que llevaba un anillo en el meñique de la mano derecha. En el sello llevaba un dragón, con dos ojos rojos.

Me volví hacia Morrolan.

—¿Es oficial?

—Aún no. Miera está hablando con el Consejo del Dragón para solicitar una investigación. Puede que tarde unos días.

Miré de nuevo a Norathar y Cawti, que estaban hablando a pocos pasos de nosotros. Morrolan guardó silencio. Saber cuándo hay que callar es una virtud poco frecuente en los hombres, y aún más si son aristócratas, pero Morrolan la tenía. Sacudí la cabeza mientras observaba a Cawti. Primero, me había enfadado con ella; después, había desplegado mis problemas a sus pies; y todo ello mientras su socia de, ¿cuánto tiempo?, como mínimo cinco años, estaba a punto de convertirse en un Señor Dragón.

¡Por la Diosa Demonio! Cawti habría sufrido tanto como yo de niña, o más. Su amistad con Norathar habría sido como mi relación con Loiosh, y estaba presenciando su fin. ¡Dioses, qué insensible soy cuando me esfuerzo!

Miré a Cawti, desde atrás y de costado. Nunca la había mirado de aquella manera. Como cualquier hombre con una pizca de experiencia puede confirmaros, el aspecto físico no significa absolutamente nada en lo tocante a la elección de compañera de cama, pero Cawti habría resultado atractiva para cualquier humano. Tenía las orejas redondas, en absoluto puntiagudas, y ni rastro de vello facial (pese a lo que crean algunos dragaeranos, sólo los varones orientales tienen bigote; no sé por qué). Era más baja que yo, pero parecía más alta de lo que era gracias a sus largas piernas. Cara delgada, casi de halcón, y penetrantes ojos castaños. El cabello era negro, peinado a la perfección, y caía sobre sus hombros. Era evidente que le dedicaba muchos cuidados,

porque brillaba a la luz y el corte era impecable.

Tenía los pechos pequeños, pero firmes, breve la cintura. Sus nalgas también eran pequeñas, y las piernas esbeltas, pero musculosas. Todo esto lo recordaba más que veía, como podéis comprender, pero mientras miraba decidí que, incluso en aquel aspecto, me lo había montado bastante bien. Una forma bastante grosera de expresarlo, supongo, pero...

Se volvió y me sorprendió mirándola. Por alguna razón, me satisfizo. Extendí el brazo izquierdo cuando se acercó; lo apretó. Me puse en contacto con ella y resultó más fácil que la última vez.

*Cawti...*

*No pasa nada, Vladimir.*

Norathar se acercó a nosotros.

—Me gustaría hablar con vos, lord Taltos.

—Llámame Vlad.

—Como quieras. Perdonadnos —dijo a los demás, y nos alejamos unos pasos.

Antes de que pudiera decir nada, empecé a hablar.

—Si me vas a recitar el viejo rollo de no-te-atrevas-a-hacerle-daño, ya puedes olvidarlo.

Me dedicó una breve sonrisa.

—Pareces conocerme —dijo—, pero ¿por qué he de olvidarlo? Lo digo en serio. Si le haces daño sin necesidad, te mataré. Creí que debía avisarte.

—El halcón prudente esconde las garras, y sólo el asesino mediocre pone en guardia a su víctima.

—¿Intentas que me enfade contigo, Vlad? Aprecio a Cawti. La aprecio lo bastante para destruir a cualquiera que le cause dolor. Creo que debes saberlo, para que lo evites.

—Eres muy amable. ¿Y tú? ¿No la has herido más de lo que yo podría hacerla nunca?

Ante mi sorpresa, ni siquiera empezó a enfadarse.

—Puede parecer así, y sé que la he herido, pero no tanto como tú podrías. He observado cómo te mira.

Me encogí de hombros.

—No creo que eso importe mucho —dije—. Tal como están las cosas, es probable que haya muerto dentro de una o dos semanas.

Asintió, pero no dijo nada. Digamos que no rebosaba simpatía por todos sus poros.

—Si de veras no quieres hacerle daño, podrías ayudarme a seguir vivo.

Lanzó una risita.

—Bonito intento, Vlad, pero sabes que tengo principios.

Me encogí de hombros y mencioné algo que me intrigaba desde hacía rato.

—Si me hubiera enterado de que él os buscaba, habría puesto toda la carne en el asador para contrataros yo, y no me contraría en este lío.

—La persona que nos contrató no tuvo necesidad de buscarnos: sabía dónde encontrarnos, y era imposible que te enteraras.

—Ah. Ojalá tuviera ese privilegio.

—No tengo ni idea de cómo lo averiguó; es una información muy reservada. Bien, da igual. Ya he dicho lo que quería, y creo que estas...

Se interrumpió y miró por encima de mi hombro. No me volví, por pura costumbre.

*¿Qué pasa, Loiosh?*

*La puta que conociste la última vez La Hechicera Chartreuse, o algo por el estilo. Fantástico.*

—¿Puedo interrumpir? —preguntó una voz desde atrás.

Miré a Norathar y enarqué las cejas. Ella asintió. Me volví.

—Lady Norathar e'Lanya —dije—, de la Casa del Dragón, os pr...

—Soy la Hechicera Verde —dijo la Hechicera Verde—. Y soy muy capaz de presentarme yo sola, oriental.

Suspiré.

—¿Por qué tengo la sensación de que no soy bienvenido? Da igual.

Dediqué una reverencia a Norathar y Loiosh siseó a la Hechicera.

Mientras nos alejábamos, oímos la voz de la Hechicera.

—¡Orientales! Me alegraré cuando Sethra la Menor vaya a por ellos. ¿Vos no?

Oí que Norathar decía «No mucho» en tono frío, y después, por suerte, ya no pude oírlas. Entonces, recordé: estaba buscando a un athyra mezclado en el complot contra Norathar. La Hechicera Verde era una athyra. Tal vez, decidí. Tendría que pensar en una forma de confirmar o desechar aquella posibilidad.

Volví al lado de Cawti.

—¿Te retiene algo aquí? —pregunté.

Pareció sorprendida, pero negó con la cabeza.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—¿No íbamos a investigar esa lista?

—La fiesta se prolonga las veinticuatro horas del día, cinco días a la semana. Puede esperar.

Asintió. Dediqué una inclinación a Morrolan, salimos por la puerta y bajamos al vestíbulo sin despedirnos de nadie más. Un hechicero de Morrolan estaba junto a la puerta. Le pedí que nos teleportara a mi apartamento. Creo que la sensación de tener el estómago revuelto, cuando llegamos, no se debió tan sólo a la teleportación.

En aquella época, mi apartamento estaba encima de la tienda de un carretero, en

la calle Garshos, cerca de la esquina con Copper Lane. Era espacioso por lo que me costaba, pues era un ático, y el techo indinado habría molestado a un dragaerano. Mis ingresos, antes de que empezara el problema con Laris, me llevaban a pensar en comprar algo más grande, pero en aquel momento era como si estuviera sin blanca.

Nos sentamos en el sofá. Rodeé su espalda con mi brazo.

—Háblame de ti.

Lo hizo, pero no es asunto vuestro. Sólo diré que mis conjeturas acerca de su pasado habían sido acertadas.

Nos pusimos a hablar de otras cosas, y en un momento dado le enseñé mi diana, dispuesta en la antesala, para poder tirar los cuchillos por el pasillo y concederme una distancia de nueve metros. La diana, por cierto, tenía forma de cabeza de dragón. Pensó que era un toque simpático.

Saqué un juego de seis cuchillos y clavé cuatro en el ojo izquierdo de la diana.

—Buen tiro, Vladimir —dijo Cawti—. ¿Me dejas probar?

—Claro.

Clavó cinco en el ojo derecho, y el sexto falló por menos de un centímetro.

—Veo que tendré que practicar —dije.

Ella sonrió. Me abrazó.

*Vlad, dijo alguien.*

*¿Qué demonios de las Cataratas de la Puerta de la Muerte haces...? Ah, Morrolan.*

*¿Te pillo en un mal momento, Vlad?*

*Podría haber sido peor. ¿Qué pasa?*

*Acabo de hablar con Alier. Ha descubierto los nombres del lyorn y el athyra implicados en el análisis de lady Norathar. Además, tal vez desees informar a tu amiga Cawti de que el Consejo del Dragón ha autorizado un análisis oficial mañana, a las seis después de mediodía.*

*De acuerdo, se lo diré. ¿Cuáles son los nombres?*

*El lyorn era la condesa Neorenti, y el athyra la baronesa Tierella.*

*La baronesa Tierella, ¿eh? Morrolan, ¿podría ser baronesa Tierella el nombre auténtico de la Hechicera Verde?*

*¿Qué? No seas absurdo, Vlad. Ella...*

*¿Estás seguro?*

*Por completo. ¿Por qué?*

*Da igual. Acabo de perder una teoría que me gustaba. Bien, gracias.*

*De nada. Buenas noches, y lamento que no hayas podido quedarte más rato en mi fiesta.*

*Otro día será, Morrolan.*

Comuniqué a Cawti las noticias sobre Norathar, lo cual enfrió el ambiente, pero ¿qué iba a hacer? Fui a la cocina para buscar más vino, y me puse en contacto con

Fentor.

*¿Si mi señor?*

*Casa del Lyorn, condesa Neorenti. Casa del Athyra, baronesa Tierella. ¿Están vivas? En ese caso, averigua dónde viven. Si no, averigua cómo murieron. Ponte a trabajar ahora mismo.*

*Si, mi señor.*

Cawti suspiró.

—Ya he terminado —me apresuré a decir—. Es que...

—No, no es eso. Ojalá pudiera ayudarte de alguna manera con el problema de Laris, pero toda la información que poseo procedía de él, y no podía decírtelo, aunque fuera útil.

—Lo comprendo. Has de ser fiel a ti misma.

Asintió.

—Las cosas eran muy sencillas, hace sólo una semana. Era feliz..., supongo. Todo estaba controlado. Mis motivos para querer matar dragaeranos son los mismos que los tuyos, Y Norathar, bueno, ella odiaba todo. Excepto a mí, supongo. —Rodeé su espalda con el brazo—. Ahora, bien, me alegro de que tenga lo que desea, aunque hubiera conseguido convencerse de que ya no lo deseaba, pero yo...

Se encogió de hombros.

—Lo sé.

¿Queréis saber algo demencial? Deseaba con todas mis fuerzas decir algo como «Espero poder ocupar su lugar», o tal vez, «Estaré a tu lado», o incluso «Te quiero». Pero no pude. ¿Por qué? Porque, según todos los datos, iba a morir dentro de poco. Laris todavía me perseguía, todavía contaba con más recursos que yo y, lo más importante, sabía dónde encontrarme, y yo no sabía dónde encontrarle. Por lo tanto, dadas las circunstancias, ¿cómo podía hacer algo que la atara a mí? Era una locura. Meneé la cabeza y mantuve la boca cerrada.

Alcé la vista y observé que estaba mirando por encima de mi hombro. Asintió apenas.

*¡Loiosh!*

*¿Si, jefe?*

*¿Qué le estás diciendo, maldita sea?*

*Lo que tú deberías decirle, si no fueras un idiota con cerebro de dzur.*

Le eché mano, pero voló hasta el antepecho de la ventana. Me levanté, gruñí y noté una mano sobre mi brazo.

—Vámonos a la cama, Vladimir —dijo con calma Cawti.

Bien, entre retorcer el pescuezo a un jhereg sabelotodo y hacer el amor a la mujer más maravillosa del mundo... Bien, no era difícil elegir.

# 13

«Bien, ¿qué pensabas que haría, besarle?»

*¿Mi señor?*

*¿Sí, Fentor?*

Me desperté del todo y atraje a Cawti hacia mí.

*He localizado a la condesa Neorenti.*

*Buen trabajo, Fentor. Estoy contento. ¿Y la athyra?*

*Mi señor, ¿estáis seguro sobre su nombre, baronesa Tierella?*

*Creo que sí. Supongo que podría comprobarlo un poco más. ¿Por qué? ¿No la puedes encontrar?*

*He investigado los registros de arriba abajo, mi señor. Nunca ha existido nadie llamado Tierella en la Casa del Athyra, baronesa o lo que fuera.*

Suspiré. ¿Por qué ha de ser la vida tan complicada, maldita sea Verra?

*Muy bien, Fentor. Me ocuparé de eso mañana. Duerme un poco.*

*Gracias, mí señor.*

El contacto se interrumpió. Cawti estaba despierta, y se arrimó a mí.

—¿Qué pasa, Vladimir?

—Más problemas. Vamos a olvidarlo, de momento.

—Mmmmmmm.

*Loiosh.*

*¿Sí, jefe?*

*Estás provisionalmente perdonado.*

*Sí, lo sé.*

Unas breves y felices horas después, estábamos en pie y despejados. Cawti me invitó a desayunar y acepté. Antes de irnos, paseó por las habitaciones, husmeando en todos los rincones. Comentó una reproducción barata de un boceto katana caro de la Montaña Dzur, resopló al ver una imitación de un cristal tallado oriental, y habría continuado así todo el día si yo no lo hubiera impedido.

—Cuando acabes la inspección, avísame —dije—. Estoy hambriento.

—¿Eh? Oh. Lo siento. —Echó otra ojeada al apartamento—. Es que, de pronto, me sentí como si estuviera en casa.

Noté un nudo en la garganta cuando me cogió del brazo para guiarme hasta la puerta.

—¿Dónde desayunaremos? ¿Vladimir?

—¿Qué? Oh. Ah, donde quieras. Hay un sitio a dos puertas de aquí que tiene cubiertos limpios y un klava que no hay que beber con cuchara.

—Me parece bien.

Loiosh se acomodó sobre mi hombro y bajamos a la calle. Eran las cuatro después de amanecer, y pocas cosas se habían puesto en movimiento, de modo que el tráfico era escaso. Entramos en el local de Tsedik y Cawti me invitó a dos salchichas grasientas, un par de huevos de gallina quemados, pan recalentado y el klava adecuado para trasegarlo todo. Ello tomó lo mismo.

—Me acabo de dar cuenta de que aún no he cocinado para ti —dije.

—Me estaba preguntando cuándo lo comentarías —sonrió Cawti.

—¿Sabes que cocino? Ah, ya. —Siguió comiendo—. Tendría que investigarte a fondo, sólo para estar a la par, ¿no crees?

—Te lo conté casi todo anoche, Vladimir.

—Eso no cuenta —bufé—. No es lo mismo.

Mediado el desayuno, observé la hora y decidí trabajar un poco.

—Perdona —dije a Cawti.

*Morrolan...*

*¿Si, Vlad?*

*La athyra de la que me hablaste no lo es.*

*¿Perdón?*

*No es una athyra.*

*¿Y qué es, si se puede saber?*

*Por lo que yo sé no existe.*

Una pausa.

*Lo investigaré y te informaré de los resultados. De acuerdo.*

Suspiré, y el resto del desayuno transcurrió en silencio. Lo abreviamos, porque estar en un restaurante público sin guardaespaldas puede ser peligroso. Bastaría un camarero enterado del percal que enviara un mensaje a Laris, y enviarían a alguien para liquidarme. Cawti lo entendió, de modo que no hizo ningún comentario cuando nos apresuramos un poco.

Lo entendió tan bien, de hecho, que salió del local antes que yo, sólo para asegurarse de que no merodeaba nadie. Loiosh hizo lo mismo.

*¡Quédate ahí, jefe!*

Y...

—¡Vladimir!

Y, por primera vez en mi vida, me quedé helado. ¿Por qué? Porque todos mis

instintos y preparación me decían que me alejara de la puerta, pero mi razón me decía que Cawti iba a enfrentarse a un asesino.

Me quedé parado como un idiota mientras Cawti salía como una exhalación, y entonces apareció alguien delante de mí, con una vara de mago. Hizo un gesto, y Rompehechizos cayó en mi mano y giró hacia él antes de darme cuenta de lo que hacía. Noté un cosquilleo en el brazo y supe que había interceptado algo. Vi que el tipo de delante maldecía, pero antes de que pudiera hacer algo más, un cuchillo brotó de un lado de su cuello. Hiciera lo que hiciera Cawti, por lo visto tenía tiempo de vigilar la puerta. Me precipité hacia adelante, saqué un estilete y lancé un «¡Socorro!» psiónico a Kragar. Después, vi que había tres más. ¡Fiuuu!

Uno gritaba mientras intentaba deshacerse de Loiosh. Otro se batía a espada con Cawti. El tercero me vio cuando salí y levantó la mano. Me abalancé sobre él, rodé (no es fácil con una espada al cinto) y falló su lanzamiento (ignoro qué tiró). Intenté alcanzarle con los dos pies, pero me esquivó. Había un cuchillo en su mano izquierda, dispuesto a ser arrojado. Confié en que no alcanzara ningún punto vital.

Entonces, el cuchillo cayó de su mano cuando una daga floreció en su muñeca. Aproveché la oportunidad para hacerle lo que él había estado a punto de hacerme. Consideré su corazón un punto vital adecuado. No fallé.

Una rápida mirada a Cawti me informó de que le estaba dando guerra a su hombre, por lo visto poco acostumbrado a espadachines que sólo le ofrecieran el costado. Desenvainé mi espadín y di dos pasos en dirección al tipo que luchaba con Loiosh. Lanzó un veloz tajo a Loiosh, se volvió para plantarme cara, levantó su espada y recibió la punta de mi espadín en el ojo izquierdo. Me volví hacia Cawti. Estaba limpiando su arma.

—Vámonos, pelotón —dije, mientras Loiosh volvía a mi hombro.

—Buena idea. ¿Puedes teleportarte?

—Cuando estoy nervioso, no. ¿Y tú?

—No.

—Pues andemos. Volvamos a mi oficina.

Cawti limpió su espada, mientras yo devolvía la mía a su sitio. Después, entramos en el local de Tsedik otra vez, salimos por la puerta trasera y caminamos hacia la oficina con parsimonia. Si andábamos deprisa, atraeríamos aún más la atención, pero no sé si hay algo más difícil en el mundo que intentar pasear mientras tu corazón galopa y la adrenalina inunda tu sistema. Temblaba como un teckla, y la certeza de que así me convertía en un blanco más fácil no ayudaba.

Habíamos avanzado menos de una manzana hacia la oficina, cuando cuatro jheregs más aparecieron: Bichobrillante, N'aal, Shoen y Bastones.

—Buenos días, caballeros —logré articular.

Todos me saludaron. Me abstuve de decir a N'aal que tenía buen aspecto, por si

pensaba que me burlaba de él. Tampoco dio la impresión de ofenderse.

Llegamos a la oficina sin más incidentes. Conseguí quedarme solo cuando devolví por fin el desayuno. Tampoco había sido nada del otro mundo.

He conocido a dragaeranos, y quiero decir en persona, no sólo de oídas, capaces de comer, salir, estar a las puertas de la muerte, volver a casa y atizarse otra comida. Puede que te encuentres con uno de esos bromistas una hora después, le preguntes si ha pasado algo interesante, y él se encogerá de hombros y dirá «Poca cosa».

No sé si admiro a esos tipos o me dan pena, pero seguro que no soy como ellos. Mis reacciones a la cercanía de la muerte son variadas, pero ninguna incluye sentimientos positivos. Son especialmente malas cuando se producen como resultado de un intento de asesinato, pues tales intentos son, por naturaleza, inesperados.

Como he dicho, mis reacciones son variadas. A veces, me vuelvo paranoico durante unas horas o días, en otras me pongo agresivo y beligerante. Esta vez, me quedé sentado ante el escritorio durante mucho rato, inmóvil. Estaba asustado y tembloroso. La visión de aquellos cuatro asesinos (¡cuatro!) no se alejaba de mi mente.

Definitivamente, tenía que hacer algo con el tal Laris.

*Es hora de ponerse en movimiento, jefe. ¿Eh?*

*Llevas sentado ahí dos horas. Ya es suficiente. No puede haber pasado tanto tiempo.*  
*Ummm.*

Observé que Cawti estaba en la habitación, como esperando.

—¿Desde cuándo estás ahí?

—Unas dos horas.

—No puede... ¿Has hablado con Loiosh? Da igual. —Respiré hondo dos veces—. Lo siento. No estoy acostumbrado a estas cosas.

—Ya deberías estarlo —comentó con sequedad Cawti.

—Sí. Eso me sirve de consuelo. ¿Cuánta gente conoces que haya sobrevivido...?

—¿Sí, Vlad? ¿Qué pasa?

Reflexioné durante mucho rato. Después, repetí la pregunta, en un tono de voz menos retórico.

—¿Cuánta gente conoces que haya sobrevivido a dos intentos de asesinato, y no digamos ya a tres?

Meneó la cabeza.

—Hay muy pocos que sobrevivan al primero. Creo que no he oído hablar de alguien que haya sobrevivido a dos. Y tres... Es toda una hazaña, Vladimir.

—¿Es eso?

—¿Qué quieres decir?

—Escucha, Cawti, soy bueno, lo sé. También tengo suerte. Pero no soy tan bueno y no tengo tanta suerte. ¿Qué nos deja eso?

—¿Que los asesinos eran incompetentes? —preguntó Cawti, y enarcó una ceja. Me fijé y enarqué otra.

—¿Lo erais?

—No.

—Bien, ¿qué nos queda?

—Me rindo. ¿Qué?

—Que los atentados no eran reales.

—¿Qué?

—¿Y si Laris no ha tenido la intención de matarme?

—Eso es absurdo.

—Estoy de acuerdo, pero también lo es sobrevivir a tres intentos de asesinato.

—Bueno, sí, pero...

—Meditemos al respecto, ¿de acuerdo?

—¿Cómo puedo meditar en eso? Maldita sea, yo misma llevé a cabo uno.

—Lo sé. Bien, empezaremos con vosotras. ¿Fuisteis contratadas para asesinarme, o para que diera la impresión de que intentabais asesinarme?

—¿Por qué, por Dragaera...?

—No escurras el bulto, por favor. ¿Qué fue?

—¡Fuimos contratadas para asesinarte, maldita sea!

—Eso es admisible en el tribunal. Da igual —me apresuré a decir, cuando vi que enrojecía—. Muy bien, dices que fuisteis contratadas para asesinarme. Supón que os hubieran encargado fingirlo. ¿Cómo...?

—No lo habría aceptado. ¿Y conseguir que me mataran?

—Olvida eso un momento. Sólo supón. ¿Cómo enfocarías las preguntas que te he hecho si tu trabajo fuera hacerme pensar que Laris quería matarme?

—Yo...

Calló, con aspecto perplejo.

—Exacto. Contestarías como has estado contestando.

—Vladimir —dijo poco a poco—, ¿de veras crees que ése es el caso?

—Er... En realidad, no, pero he de plantearme la posibilidad, ¿no?

—Supongo, pero ¿qué sacas en limpio?

—Significa que, por el momento, podemos olvidarnos de ti y Norathar.

—Aún no has explicado por qué Laris querría hacer eso.

—Lo sé. Olvídalo también. Pensemos en el atentado delante de la oficina. Te lo he contado, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. Salí bien librado porque soy rápido, hábil y, sobre todo, porque Loiosh me avisó a tiempo, y se ocupó de uno mientras yo me encargaba del otro.

*Me preguntaba si te acordarías del detalle, jefe.*

*Cierra el pico, Loiosh.*

—Bien —continuó—, ¿cómo es posible que Laris, y por lo tanto los asesinos a quienes contrató, pasara por alto a Loiosh?

—Bueno, está claro que no lo hizo; por eso envió a dos asesinos.

—¿Le subestimaron?

—Bien..., perdona, Loiosh, pero no fue tan eficaz contra Norathar y yo. Además, reaccionaste mejor y más deprisa de lo que Laris suponía. Como ya te he dicho antes, Vladimir, posees el talento de lograr que la gente te subestime.

—Tal vez. O puede que diera el trabajo a un par de incompetentes, con la esperanza de que fracasaran.

—Eso es absurdo. No pudo decirles que fracasaran, sería un suicidio. Tampoco podía saber que fallarían. Según tengo entendido, casi te liquidaron.

—Y puede que, en caso de conseguirlo, no hubiera sido de manera permanente. No podemos interrogarles. Lo cual me recuerda algo: también pudo decirlos a vosotras que no redondearais la faena. ¿Es éste el caso?

—No.

—Muy bien, olvídale. Quizá pensó que sobreviviría, y si no, que me revivificarían.

—Aún no has explicado el motivo.

—Espera. Bien, sobre lo de hoy...

—Me estaba preguntando cuándo abordarías el tema. ¿Viste lo que te tiró aquél?

—¿El hechicero?

—No, el otro.

—No. ¿Qué fue?

—Un par de cuchillos arrojados de hoja delgada. Iban directamente a tu cabeza.

—Pero me agaché.

—Oh, vamos, Vlad. ¿Cómo podía saber que reaccionarías con tanta celeridad?

—Porque me conoce. Me ha investigado. ¡Puertas de la Muerte, Cawti! Eso es lo que yo haría, lo que me esfuerzo por hacer.

—Me cuesta...

—Espera un momento. ¡Melestav! —grité—. Dile a Kragar que entre.

—A la orden, jefe.

Cawti me miró con aire interrogante, pero alcé un dedo para indicar que esperara. Kragar entró en el despacho. Se detuvo, miró a Cawti, y después a mí.

—Esta dama —le informé— es el Cuchillo del Jhereg.

Mientras lo decía, dirigí una pregunta con la mirada a Cawti.

—Como si no lo fuera —dijo—. Ya no importa.

—Bien —dije—. También se la conoce como Cawti. Cawti, éste es Kragar, mi lugarteniente.

—¿Eso es? —murmuró Kragar—. No me había enterado.

—Siéntate. —Se sentó—. Muy bien, Kragar. Tú eres Laris.

—Soy Laris. ¿Soy Laris? Acabas de decir que era tu lugarteniente.

—Cierra el pico. Eres Laris. Te enteras de que estoy comiendo en un restaurante.  
¿Qué haces?

—Er... Envío aun asesino.

—¿Un asesino? ¿Por qué no cuatro?

—¿Cuatro? ¿Para qué voy a enviar cuatro? Laris quiere matarte, no rendirte honores imperiales. Con cuatro asesinos, tienes tres testigos oculares del incidente. Contrataría a un bueno. Hay muchos «trabajadores» que no tendrían el menor problema en eliminarte si supieran que estás comiendo en un restaurante. Si no encontraran uno bueno, enviaría dos. Pero cuatro no, desde luego.

Asentí y miré a Cawti.

—La forma de trabajar que utilizáis Norathar y tú impide que mantengáis contacto con una gran cantidad de jheregs, pero Kragar tiene razón.

—Es eso lo que ocurrió, jefe? —preguntó Kragar, con aspecto de perplejidad.

—Más tarde —le dije—. Bien, supongamos que no tenías a mano nadie capaz de hacerlo, ni dos cualquiera. No obstante, por algún motivo, quieres emplear a cuatro.  
¿Qué les dices que hagan?

Pensó un momento.

—¿Sé dónde estás comiendo, y la distribución del local?

—Quien te dijo que yo estaba allí también te informó sobre eso, y si no, te pones en contacto con él y preguntas.

—De acuerdo. Les cuento. todo y digo: «Entrad ahí y liquidadle». ¿Qué más hay que decir?

—¿No les harías esperar fuera?

Kragar negó con la cabeza, más desorientado que nunca.

—Para qué voy a darte la oportunidad de levantarte y moverte? Si estás sentado...

—Sí —dijo de pronto Cawti—. Cuando salí fuera, ya estaban esperando. Eso me intrigó, pero no me he dado cuenta hasta ahora. Tienes razón.

Asentí.

—Lo cual significa que Laris, o su patrón, es un completo incompetente, o... Eso es todo por ahora, Kragar.

—Er... Bueno. Espero haberte sido de ayuda.

Sacudió la cabeza y salió.

—O —continuó— que no intentaba matarme.

—Si trataba de engañarte, ¿no pudo hacerlo mejor? Al fin y al cabo, lo has deducido. Si vas a utilizar el éxito o el fracaso para demostrar la intención...

—Si seguimos ese razonamiento, se supone que voy a imaginar que sólo se está echando un farol, ¿verdad? Por favor, amante. No somos yendis.

—Muy bien, pero aún no me has dicho por qué sólo quería echarse un farol.

—Eso es más complicado —admití.

Cawti resopló.

Levanté una mano.

—Sólo he dicho que es complicado, no que yo sea menos astuto. El motivo evidente de que no me mate es que me quiere vivo.

—Exacto. Brillante.

—Ahora, ¿qué motivos puede tener para quererme vivo?

—Bien, yo sé al menos un buen motivo, pero no creo que seas su tipo.

Le envié un beso con la mano y proseguí.

—Hay varios motivos posibles por los que me quiera vivo. Si...

—Dime uno.

—Después. Si alguno es cierto, quizá espere asustarme para llegar a un acuerdo.

En cualquier momento nos puede enviar un mensaje, preguntando si acepto las condiciones. Si me envía el mensaje, lo que yo diga dependerá de si puedo deducir qué persigue, para saber hasta qué punto me necesita vivo. ¿Captas?

Cawti sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro de que no eres en parte yendi? Da igual. Sigue.

—Gracias. Bien, en cuanto a los motivos por los que me quiere vivo, lo primero que se me ocurre es: tal vez no le guste algo que ocurrirá cuando yo muera. Bien, ¿qué ocurrirá cuando yo muera?

—Le mataré.

—Una posíb... ¿Qué has dicho?

—Le mataré.

Tragué saliva.

—Bien —dijo airada, con las fosas nasales dilatadas—. ¿Qué pensabas que haría, besarle?

—Yo... Gracias. No me había dado cuenta...

—Sigue.

—¿Podría saberlo?

Cawti aparentó perplejidad.

—No lo creo.

Lo cual me hizo pensar de repente en otra cosa.

*Loiosh, ¿pudo alguien...?*

*No, jefe. No te preocupes por eso.*

*¿Estás seguro? Los conjuros amorosos...*

*Estoy seguro, jefe.*

*De acuerdo. Gracias.*

Meneé la cabeza.

—Bien, iba a decir que algunos amigos, o sea, mis otros amigos, podrían ir a por él. Miera, no. Es la heredera dragón, y el Consejo del Dragón preferiría a un lyorn si se pusiera a pelear contra jheregs, pero Morrolan quizá persiguiera a Laris; y tal vez Sethra también. Puede que a Laris le preocupe esa posibilidad. Pero en ese caso, ¿por qué inició la guerra? Quizá sólo se enteró de quiénes eran mis amigos cuando ya era demasiado tarde.

—Menuda cadena de suposiciones, Vladimir.

—Lo sé, pero todo este asunto es una enorme cadena de suposiciones. De todos modos, otra posibilidad es que iniciara la guerra pese a saber todo esto, pero tuviera otros motivos para desencadenarla, con la esperanza de obtener algo sin necesidad de matarme.

—¿Qué motivo?

—¿Cuál es el desencadenante de la guerra?

—Territorio.

—Exacto. Supón que desea una zona en particular. Quizá haya algo enterrado en ella, algo importante. —No parecía muy convencida. Continué—. ¿Has visto la fachada del edificio? Lanzaron un ataque contra él. No lo pensé en aquel momento, pero quizá mi oficina esté encima de algo que les interese.

—Oh, vamos. Es todo tan rebuscado que no logro creerlo.

—De acuerdo. —Reculé un poco—. No digo que haya dado en el blanco, sólo intento demostrarte que existen otras posibilidades.

Cawti hizo una mueca.

—No vas a convencerme —dijo—. Todo se basa en suponer que Norathar y yo formamos parte de la estratagema. Tal vez me sea imposible demostrarte que no es así, pero yo sé que no, de manera que no vas a convencerme.

Suspiré.

—Yo tampoco creo que estés mezclada.

—Entonces, ¿qué queda de tu teoría?

Reflexioné un rato.

*Kragar.*

*¿Si, Vlad?*

*¿Recuerdas aquel tabernero que se chivó?*

*Sí*

*Dijiste que había oído la conversación. ¿Sabes si oyó a alguien hablar con los asesinos?*

*Sí. Dijo que el pez gordo les llamó por su nombre. Por eso supe a quién nos enfrentábamos.*

*Entiendo. Cuando fuiste a verle, dijiste que se quedó, ¿cómo lo describiste?, «sorprendido y desconcertado». Bien, ¿de qué crees que tenía más miedo? ¿De ti, o de*

*que le vieran contigo?*

*Eso es muy sutil, Vlad.*

*Igual que tú, Kragar. Inténtalo.*

Una pausa.

*Mi primera reacción fue que tenía miedo de mí; pero no veo...*

*Gracias.*

Me volví hacia Cawti.

—¿Te importaría decirme dónde se coció el guiso?

—Admitiste que os habían contratado para asesinarme. Sólo quiero saber dónde se realizó el trato.

Me miró durante un largo momento.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver eso con...?

—Si mis sospechas se confirman, te lo diré. Si no, también te lo diré. Bien, ¿dónde?

—En un restaurante de la zona de Laris. Ya sabes que no puedo ser más concreta...

—¿En qué piso?

—¿En qué piso?

Esto me valió una mirada inquisitiva.

—En la planta baja.

—Exacto. Y no era una taberna, sino un restaurante. Bien. ¿Hablaste con él en persona?

—Por supuesto que no.

—Por lo tanto, ni siquiera sabes quién te adjudicó el trabajo, ¿verdad?

—Bueno..., técnicamente no, supongo. Pero di por sentado... —Calló, y sus ojos se abrieron de par en par—. Entonces, ¿quién...?

—Más tarde. Ya llegaremos a eso. No es lo que tú piensas..., me parece. Concédeme un momento.

Asintió.

*Kragar*

*Sí, Vlad.*

*Nuestro amigo el tabernero... Me gustaría que muriera.*

*Pero, jefe...*

*Cierra el pico. Líquídale.*

*Como tú digas, Vlad.*

*Exactamente. Como yo diga.*

Reflexioné un momento.

*Ordena a Sheon que lo haga. Es de confianza.*

*De acuerdo.*

Ése es el problema de no tener a nadie por encima de ti: has de hacer todo el trabajo sucio.

# 14

## «Debo insistir, lord Morrolan»

Me recliné en la silla.

—La siguiente pregunta —dije— es por qué ellos... ¿Cawti? ¿Qué pasa?

Estaba mirándome con los ojos entornados.

—Nos tendió una trampa —dijo—. El u otra persona.

—Ummmm. Tienes razón. Estaba tan absorto en mi problema que no lo consideré desde vuestro punto de vista.

—Antes dijiste que estaba equivocada, cuando se me ocurrió que lo había hecho otra persona. ¿Por qué?

—Gente de Laris nos pasó la información. Eso significa que él intervino.

—Tienes razón. Por lo tanto, fue él.

—Pero ¿por qué, Cawti? ¿Por qué quiere hacerme pensar que va a por mí?

—Te haré otra pregunta. ¿Por qué nos utilizó?

—Bien, fue convincente, desde luego

—Supongo que sí. Cuando se lo cuente a Norathar...

Calló, y una extraña expresión apareció en su cara.

—¿Qué pasa?

—No se lo puedo contar a Norathar, Vladimir. Ahora es la heredera del dragón, o lo será pronto. Si se mezcla en actividades de los jheregs, perderá su rango. No puedo hacerle eso. Ojalá no le hubiera hablado del anterior atentado contra ti.

—Mmmmm.

—Quedamos sólo tú y yo. Encontraremos a ese bastardo y...

—¿Cómo? Se ha evaporado. Tiene protección contra rastreos de hechicería, incluso bloqueos contra brujería. Lo sé; lo he comprobado.

—Encontraremos una forma, Vladimir.

—Pero ¿por qué? ¿Qué quiere?

Cawti se encogió de hombros, sacó una daga y empezó a lanzarla. Me quedé sin respiración un momento, mientras la miraba. Parecía una versión femenina de mí...

—Muy bien —continué—, ¿cuáles son las anomalías? Primera, contratar a un equipo de asesinas con la reputación de Norathar y tú, sólo para echarse un farol.

Segunda, hacerlo de tal manera que lo descubris y seguís con vida. Debía saber que no os haría ninguna gracia, y...

—No. El único motivo de que esté viva es que Norathar se negó a hablar con Miera a menos que me revivificara. Y el único motivo de que Norathar siga viva es que Miera estaba convencida de que era un Señor Dragón y quería saber su historia. —Lanzó una risita—. De todos modos, Norathar ni quiso hablar con ella.

—Entiendo —dije en voz baja—. No lo sabía. Bien, si ése era su plan, debía contar con que las dos fuerais... Ya lo tengo.

—¿Qué es?

—Espera un momento. ¿Lo tengo? No, tampoco tiene sentido. ¿Por qué...?

—¿Qué es, Vladimir?

—Bien, ¿y si el objetivo era mataros a ti y Norathar? Pero eso carece de sentido.

Cawti meditó unos instantes.

—Estoy de acuerdo; es absurdo. Hay otras formas de asesinarlos. Además, ¿por qué siguió adelante con el farol después de fracasar?

—Estoy de acuerdo, pero... ¿Es posible que Laris estuviera enterado de los antecedentes de Norathar?

—No veo cómo. Supongo que es posible, pero ¿qué más le daba?

—No lo sé, pero piensa: en toda esa teoría, el desliz más razonable es que Norathar y tú sigáis con vida. Hasta el momento, lo único que debía conseguirse era la muerte de ambas. De las dos, lo más sensato es deducir que alguien quisiera matar a Norathar, y eso debe de estar relacionado con su pasado. Supongamos que es así y procedamos. ¿Adónde nos conduce?

—La guerra desencadenada contra ti sigue sin ser explicada. ¿Por qué no la mató, simplemente? O, si le gusta ser tortuoso, ¿por qué no darnos el trabajo de matarte y contratar a otro para que nos liquidara allí?

Asentí.

—Se me escapa algo —admití—. Conozco a la persona con la que vamos a tener que hablar de esto.

—¿Quién?

—¿Qué Señor Dragón está más interesado en saber quién es el heredero? ¿Quién pudo planificar la estratagema, sólo para que Norathar muriera, fuera revivificada y nombrada heredera del dragón, y tal vez provocar atentados contra mi vida, para dotarla de mayor credibilidad? ¿Quién desea más encontrar un nuevo heredero al trono?

Cawti asintió.

—Alier.

—Voy a dar las órdenes para que nos teleporten.

Cawti y yo nos apoyamos mutuamente para sostenemos. Estábamos en el patio

del Castillo Negro, que flotaba sobre un pueblecito situado a unos doscientos cincuenta kilómetros al noroeste de Adrilankha. El pico de la Montaña Dzur se veía hacia el este, una vista mucho más agradable que mirar hacia abajo.

—Estoy mareado —comenté. Cawti asintió.

*La pareja que vomita unida permanece unida.*

*Cierra el pico, Loiosh.*

Cawti lanzó una risita. Le dirigí una mirada asesina.

*Loiosh, ¿también se lo has dicho a ella?*

*¿No debía?*

*No tendrías que haberlo dicho, pero no me refería a eso. Es... interesante.*

Para entonces, nuestros estómagos se habían calmado un poco. Nos acercamos a las puertas. Se abrieron y revelaron un amplio vestíbulo, así como a lady Teldra. Nos dedicó los cumplidos habituales, durante los cuales averiguamos que Miera estaba con Morrolan en la biblioteca. Le dije que sabríamos encontrar el camino. Subimos la escalera sin detenemos, como era mi costumbre, a mirar las obras de arte, y llamé a la puerta de la biblioteca.

—Adelante —dijo Morrolan.

Entramos, y al mirar sus caras comprendí que estaba ocurriendo algo insólito: no discutían.

—¿Está enfermo alguno de los dos? —pregunté.

—No —contestó Morrolan—. ¿Qué te induce a preguntarlo?

—Da igual. He de hablar contigo, Alier. Es probable que también te concierna a ti, Morrolan, así que puedes quedarte.

—Sentaos, pues —dijo Morrolan—. ¿Vino?

—Muchas gracias. —Miré a Cawti. Asintió—. Dos, por favor. ¿Dónde está Norathar?

—La están examinando —explicó Alier.

—Ah. Quizá sea mejor.

Una de las finas cejas de Alier saltó.

—¿No debería escuchar esto?

—Aún no, en cualquier caso.

Mientras acercábamos butacas, un criado apareció con vino. Morrolan prefiere los vinos espumosos, mientras yo creo que esos brebajes son una abominación. Como lo sabe, mandó traer un blanco seco y a su temperatura perfecta. Levanté mi copa a modo de saludo, bebí y dejé que mi lengua lo degustara, mientras trataba de pensar en cómo decirle a Alier lo que debía decirle, y en cómo averiguar de sus labios lo que quería saber.

Cuando se cansó de esperar, habló.

—¿Sí, Vlad?

Suspiré y relaté la historia de los intentos de asesinato lo mejor que pude, sin entrar en más detalles que los necesarios sobre mis asuntos, y sin decir en ningún momento que Cawti había admitido su participación en uno de los intentos. Alieria lo sabía, pero es difícil cambiar las costumbres.

Mientras hablaba, Morrolan y ella se fueron poniendo más y más alerta. Intercambiaron miradas de vez en cuando. Terminé diciendo que no entendía por qué Laris querría matar a Norathar, pero no podía explicar la situación de otro modo. ¿Tenían alguna idea?

—No —contestó Miera—, pero da igual. Y en cuanto localice su rastro, aún importará menos.

Morrolan tosió suavemente.

—Debo sugerir, querida prima, que esperes hasta que la posición de lady Norathar se haya confirmado. Tú eres la actual heredera, y el Consejo no aprueba que los dragones se mezclen con los jheregs.

—¿Y qué? —replicó Alieria—. ¿Qué van a hacerme? ¿Considerarme inadecuada para ser emperatriz? ¡Allá ellos! Además, es seguro que confirmarán a Norathar.

—Yo no diría lo mismo. Tiene una larga historia de relación con los jheregs.

—Completamente justificada, dadas las circunstancias.

—No obstante...

—No obstante, me da igual. Voy a encontrar a ese jhereg y le enseñaré la Espada de Kieron. Estaré encantada de recibir tu ayuda. Ponerme trabas sería un error.

Se levantó y miró a Morrolan.

—¿Y bien?

Me volví hacia Cawti y dije en un tono de voz normal:

—No te preocupes; siempre hacen lo mismo.

Cawti lanzó una risita. Ni Morrolan ni Alieria dieron la impresión de oírla.

Morrolan suspiró.

—Siéntate, Alieria. Esto es absurdo. Sólo te pido que esperes uno o dos días, hasta que conozcamos la decisión del Consejo sobre lady Norathar. Si no la nombran heredera, lo hablaremos entonces. No ganamos nada apresurando las cosas. No puedes encontrarle.

Ella le miró durante un largo momento, y después se sentó.

—Dos días, pues —dijo—. Como máximo. Después, le mataré.

—Yo te ayudaré —dijo Cawti.

Miera se dispuso a protestar, pero Cawti la interrumpió.

—No pasa nada. Olvidas que ya he trabajado con dragaeranos antes. No me importa en absoluto.

Cawti y yo aceptamos de buen grado la hospitalidad de Morrolan, en forma de una buena comida. Luego, me excusé y volví a la biblioteca para pensar a solas.

Todo aquel asunto de Norathar, decidí, estaba bien, pero no me ayudaba a encontrar a Laris, o al menos a sacármelo de encima. Cawti y Alieria ya podían hablar de matarle, pero no le encontrarían más que yo, aunque Alieria dijera la verdad. No podía permitirme el lujo de esperar. Si la situación se prolongaba, me quedaría sin negocios en cuestión de semanas, a lo sumo.

Se me ocurrió que tal vez podría enviarle un mensaje para proponer una tregua, pero él no la aceptaría. Después, recordé el cadáver de Nielar, tendido entre los escombros de su tienda, y los años que yo había trabajado con Temek y con Varg, y supe que yo tampoco la aceptaría.

Lo cual me devolvió a la cuestión de encontrar a Laris, que me devolvió a las principales preguntas: ¿quién había trabajado con Baritt poco antes de su muerte? ¿Era esta persona el patrón de Laris? ¿Cómo encajaba esto en el asunto de Norathar? ¿Era Alieria? Y si no, ¿quién? ¿Cómo averiguarlo de una vez por todas?

Había llegado a aquel punto, cuando Cawti, Morrolan y Alieria entraron.

—Morrolan —dije, antes de que pudieran sentarse—, ¿has averiguado algo sobre aquella athyra?

Intenté observar a Miera mientras formulaba la pregunta, pero su rostro no traicionó nada.

—No. Sethra lo está inventando. ¿Deseas saber algo en particular?

—Sí. Dijiste que un athyra suele ir recomendado por alguien. ¿Puedes averiguar quién recomendó a la que participó en el anterior análisis de Norathar?

Asintió.

—Entiendo la pregunta. Hemos de asumir que esa athyra era, como dirías tú, «un fraude», y quien la recomendó quizá sepa esto. Muy bien, intentaré descubrirlo, pero dudo que existan registros, y es improbable que alguien se acuerde.

—Excepto quien lo hizo, por supuesto. Ummm. ¿Hay alguna manera de confeccionar una lista de todas las personas que pudieron hacer la sugerencia?

Morrolan pareció sorprenderse.

—Pues... sí: debería ser posible. Me encargaré de inmediato.

—Gracias —dije.

—De nada.

—¿De qué servirá, Vlad? —preguntó Miera, después de que Morrolan saliera.

—No lo sé —dije con cautela—. Es imposible decir en una intriga como ésta quién es la víctima voluntaria, la víctima involuntaria y quién está detrás. Pero si averiguamos quién hizo la recomendación, ya tendremos algo.

Asintió.

—¿Y la lyorn?

—Aún no he hablado con ella, pero escucha: me dijeron que la lyorn sólo participó para que se cumplieran todas las formalidades. Digamos que fue así. Nada

impide que la misma persona que engañó a Sethra la Menor en el primer examen embaucara a la lyorn.

—Es verdad.

—Por lo tanto, de la gente implicada, tenemos a Sethra la Menor, que fue engañada o participó de buen grado; a la lyorn, que fue engañada o participó de buen grado; a Baritt, que fue engañado o participó de buen grado, y luego fue asesinado; y a alguien que se hizo pasar por una athyra, o una athyra que utilizó un nombre falso.

—En otras palabras, no tenemos nada.

—Exacto. Hemos de descubrir quién era esa «athyra»; es la única pista que nos puede conducir al culpable, si no es ella misma.

—Bien, Vlad, ¿no tienes el nombre de la noble lyorn? ¿Por qué no se lo preguntas? Tal vez se acuerde, o al menos lo tenga apuntado. Los lyorns lo apuntan todo.

—Buena idea. —Reflexioné un momento—. ¿Qué haría Alieria si...? Pero a los lyorns no les gusta hablar con jheregs —dije de pronto—. ¿Podrías averiguarlo por mí?

—¿Cómo se llama, y dónde vive?

Se lo dije.

—Lo averiguaré —dijo.

—Gracias.

Nos dedicó una reverencia y se fue.

—¿Por qué has hecho eso, Vladimir?

—Para saber qué hará Alieria al respecto. Si la lyorn aparece muerta dentro de poco, ya tendremos la respuesta. Si no, veremos qué nos dice Miera sobre su conversación con la athyra.

Suspiré y me puse a pensar. Cawti se colocó detrás de mí y empezó a masajearme los hombros. Yo alcé las dos manos y toqué los suyos. Se inclinó sobre mi cabeza y me besó, desalojando a Loiosh.

*Sois repugnantes.*

*Silencio. Estoy ocupado.*

Alguien llamó a la puerta. Suspiramos y Cawti se enderezó.

—Adelante —grité.

Norathar entró, con la muerte escrita en su cara. Me puse de pie y miré a Cawti, cuyos ojos estaban trabados con los de Norathar.

—El examen ha demostrado que no eres un dragón —sugerí.

—Os equivocáis —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Me han confirmado como Señor Dragón..., pero no como heredera.

—Oh —dije—. Lo siento. Si preferís...

—No es eso —replicó—. Desean «observarme» por un tiempo antes de

proclamarme heredera. He de servir en la Guardia del Fénix para «demostrar» mi fidelidad. ¡Como si albergara algún deseo de ser emperatriz!

Meneé la cabeza.

—¿Hay algún Señor Dragón que no quiera ser emperador?

—Sí —contestó Norathar.

—Bien. ¿Estás disgustada porque no confían en ti lo bastante para nombrarte de inmediato?

—Un poco, pero he descubierto otra cosa. Temo que no puedo hablar sobre eso con vos, lord Taltos, pero mi hermana y yo... —Se calló, y supuse que Cawti y ella estaban hablando psiónicamente. Al cabo de un momento, Norathar se volvió hacia mí—. ¿Lo sabéis?

—¿Por qué fracasó vuestro atentado contra mí, y lo que eso significa?

—Sí.

—Sí.

—Entonces, comprenderéis por qué mi hermana y yo hemos de marchar ahora mismo. Hemos de asistir...

—¿Cómo lo averiguasteis?

—Me lo dijeron.

—¿Quién?

—Juré no decirlo.

—Oh.

—Hasta lue...

—Un momento, por favor. He de pensar. Hay una cosa, antes de que os...

—Apresuraos.

Hice caso omiso de las miradas inquisidoras de Cawti y me puse en contacto.

*¡Morrolan! ¡Ven aquí deprisa!*

*¿Por qué?*

*¡No hay tiempo! ¡Deprisa!*

Y después:

*Problemas, Alieria. Morrolan viene hacia aquí. Tú también deberías estar.*

Tanto si Alieria era inocente como no, querría detener a Norathar. Eso esperaba yo, al menos.

Morrolan entró como una tromba en la biblioteca, seguido por Alieria al cabo de uno o dos segundos. Morrolan llevaba la espada envainada, pero Alieria empuñaba dos metros y medio de reluciente acero negro. Me miraron.

—¿Qué pasa, Vlad? —preguntó Morrolan.

—Lady Norathar quiere salir a cazar jheregs.

—Y el Consejo del Dragón la ha...

—Eso no es asunto vuestro, lord Taltos —dijo con frialdad Norathar, con la mano

sobre el pomo de la espada.

—...aceptado como dragón, pero...

Norathar desenvainó su espada. Loiosh siseó y se acurrucó sobre mi hombro. Vislumbré una expresión angustiada en el rostro de Cawti, pero en aquel momento se materializó en la mano de Morrolan su espada, Varanegra. La movió en dirección a Norathar, y la espada de ésta describió un arco y se hundió en una viga de madera acodada contra la pared de la biblioteca. Miró a Morrolan, estupefacta.

—Mi señora —dijo Morrolan—, no permito que en el Castillo Negro se mate a mis invitados, excepto bajo ciertas condiciones, siempre que puedan ser revivificados. Además, no debería recordaros a vos, un Señor Dragón, las leyes de la hospitalidad.

Al cabo de un momento, Norathar hizo una reverencia.

—Muy bien —dijo. Extrajo su espada de la viga y la envainó con la sencilla eficiencia de un jhereg, en lugar del gesto veloz de un Señor Dragón—. Me voy, en ese caso. Vámonos, hermana.

*¡Detenlas, Alier!*

Cuando terminé de «hablar», Morrolan se volvió hacia Miera.

—¿Qué acabas de hacer?

—He dispuesto un bloqueo de teleportación alrededor del Castillo Negro. Espero que no te importe.

Los ojos de Norathar se abrieron de par en par, y luego se entornaron.

—Lord Morrolan —dijo lentamente—, debo insistir...

—Oh, por el amor de Verra —exclamé—. ¿Podéis concederme treinta segundos para terminar la frase?

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Me traspasó con la mirada, pero los Señores Dragón han intentado traspasarme con la mirada desde que tenía diecinueve años.

—El Consejo del Dragón desea observarla durante un tiempo —dije—, antes de proclamarla oficialmente heredera. Si sale a cazar jheregs, se acabó. Pensé que ambos deberíais saberlo, para tener al menos la oportunidad de convencerla de lo contrario, antes de que haga algo irremediable. Eso es todo. Bien, ya podéis empezar a discutir. Me voy antes de que alguien me rebane el pescuezo.

No salí corriendo de la biblioteca. Bajé al vestíbulo y encontré una salita. Me serví una copa de vino barato y me la aticé, muy deprimido.

La botella estaba medio vacía cuando alguien llamó a la puerta. No hice caso. La llamada se repitió, y me empeciné en mi actitud. Entonces, la puerta se abrió. Mi ceño fruncido se alisó cuando vi que era Cawti. Se sentó.

—¿Cómo me has encontrado?

—Loiosh.

—Oh. ¿Qué ha pasado?

—Norathar ha accedido a esperar dos días antes de hacer algo, igual que Miera.

—Fantástico.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Hacer qué? ¿Detenerla?

—Sí. ¿No quieres que alguien elimine a Laris?

—Norathar no va a tener más suerte que yo. Lo mismo va por ti y Miera.

—Pero si nos dedicamos más a buscarle...

Dejó sin terminar la frase, y yo no la reanudé. Al cabo de un minuto o así, recordé mis buenos modales y le serví una copa de vino barato. Lo bebió con delicadeza, con el pulgar y el índice alrededor del tallo, y el meñique alzado en el aire, como en la Corte. No dejó de mirarme en todo el rato.

—¿Por qué, Vladimir? —repitió.

—No lo sé. ¿Por qué estropear sus posibilidades por nada?

—¿Qué es ella para ti?

—Tu socia.

—Oh.

Dejó la copa sobre la mesa y se levantó. Caminó hacia mi butaca y me miró un momento. Después, dobló una rodilla, cogió mi mano derecha con la suya, la besó y frotó la mejilla contra ella. Abrí la boca para hacer algún comentario sobre si debía palmearle la cabeza, pero Loiosh volvió su cabeza y me picoteó en la laringe para que no pudiera hablar.

Después, sin soltar mi mano, Cawti me miro.

—Vladimir, sería la mujer más feliz del mundo si consintieras en ser mi marido.

Unos trescientos años después, dije:

—¿Qué?

—Quiero casarme contigo.

La miré.

—¿Por qué? —proferí por fin.

Ella me devolvió la mirada.

—Porque te quiero.

Meneé la cabeza.

—Yo también te quiero, Cawti, ya lo sabes, pero no debes casarte conmigo.

—¿Por qué?

—¡Porque, maldita sea, voy a morir dentro de unos días!

—Dijiste que Laris se estaba echando un farol.

—Tal vez, pero ya no será así si voy a por él. Sea lo que sea lo que se lleve entre manos, ha de llevarlo a la práctica tarde o temprano.

—No te matará —dijo con calma, y estuve a punto de creerla.

Seguí mirándola.

—Muy bien —dije por fin—, te voy a decir algo. Cuando este asunto de Laris termine, si estoy vivo y si aún lo deseas, o sea, um, por supuesto que me casaré contigo. Yo... ¡Oh, Puertas de la Muerte! No sé qué decir, Cawti.

—Gracias, señor.

—¡Levántate, por los Señores del Juicio! Me estás haciendo sentir como un... No sé qué.

Se puso en pie con calma y permaneció de pie ante mí. Entonces, sonrió, saltó y aterrizó sobre mi regazo. La butaca volcó y terminamos en el suelo, entre una maraña de miembros y ropas. Loiosh consiguió escapar a tiempo.

Dos horas y tres botellas de vino después, salimos tambaleantes y subimos a la biblioteca. Morrolan estaba solo. Yo estaba lo bastante sobrio para desear disimular lo borrachos que estábamos, de manera que, a regañadientes, realicé un veloz conjuro de sobriedad.

Nos miró de arriba abajo y enarcó una ceja.

—Entrad.

—Gracias —dije.

Me volví hacia Cawti y observé que se había recetado el mismo tratamiento. Una pena.

—¿Vais a quedaros esta noche?

Cawti me miró. Asentí.

—Aún he de comprobar esa lista de descendientes de Baritt. Lo cual me recuerda, ¿has averiguado quién pudo recomendar a la athyra?

—Uno de mis empleados está confeccionando la lista. Debería estar preparada esta noche.

—Estupendo. Pedí a Alieria que investigara a la lyorn. ¿Sabes si lo ha hecho?

—Está hablando con Norathar en este momento. Creo que están intentando determinar cómo localizar a ese tal Laris.

—Oh. Bien, mañana, tal vez.

—Sí. Ordenaré que me sirvan la cena en el comedor pequeño. Creo que Alieria, Sethra y lady Norathar me acompañaran. ¿Queréis venir?

Miré a Cawti.

—Será un placer —dijo ella.

—Excelente. Después podréis uniros a la fiesta que se celebra en el comedor y proseguir vuestra investigación.

—Sí —accedí—. Hasta es posible que evite cambiar unas palabras con tu amiga athyra.

—¿Mi amiga athyra? Creo que, desde hace tiempo, no contamos con la presencia de nobles athyras.

—Ya sabes a quién me refiero, a la Hechicera Chartreuse, o como se llame.  
Morrolan sonrió.  
—La Hechicera Verde. Admito que parece lo que dices, no obstante.  
Algo cruzó por mi mente.  
—¿No lo es? —pregunté—. ¿Qué es, pues?  
—De la Casa del Yendi —contestó Morrolan.

# 15

## «Imagino que le pagan bien»

—¿Qué pasa, Vlad? ¿Por qué me miras?

—No puedo creer lo que acabo de oír. ¿Una yendi? ¿Estás seguro?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Morrolan, ¿cuántos yendis se necesitan para afilar una espada?

Me miró con los ojos entornados.

—Dímelo.

—Tres. Uno para afilar la espada, y uno para embrollar el asunto.

—Entiendo —rió—. No está mal. ¿Qué tiene eso que ver con nuestra situación?

—No lo sé exactamente, pero... Donde hay un yendi, hay un complot. Un complot tortuoso. Retorcido, confuso, como éste al que nos enfrentamos. No sé cuál es el objetivo, pero ésa, la Hechicera Verde, ha estado merodeando cerca de nosotros desde que todo empezó. Ha estado cerca de ti, de mí, de Miera, e indirectamente cerca de Norathar, Cawti y Sethra. De todos nosotros. No puede ser un accidente.

»Y por si fuera poco, parece una athyra. Estamos sentados aquí, intentando encontrar a un athyra que no existe, y ahora descubrimos a una yendi que parece una athyra y que ha estado presente todo el tiempo. ¿Y crees que no tiene nada que ver con esto?

—Comprendo. Creo que hablaré con ella y... ¿Perdón?

—No hables con ella. No la informes, todavía. Nuestra única ventaja sobre ella es que ignora nuestras sospechas. No la perdamos hasta saber qué busca.

—Ummm. Es axiomático que sólo un yendi es capaz de desentrañar una intriga yendi.

—Tal vez, pero parafraseando a lord Lairon e’N’vaar, quizá yo use axiomas diferentes.

Morrolan meditó unos momentos.

—Muy bien, Vlad. ¿Cuál es tu plan?

—Aún no lo tengo. Primero, quiero reflexionar sobre lo que sabemos y ver si le extraemos algún sentido.

—Muy bien.

—Cawti, ¿por qué no vas a buscar a Alieria y Norathar?

Asintió.

—Puede que necesites ayuda —dijo Morrolan, y los dos se marcharon.

Estuve pensando durante una media hora, hasta que los cuatro volvieron, junto con Sethra.

—Bien —dijo Miera—, ¿qué has pensado?

—Nada —contesté—. Pero no me he rendido aún.

—Fantástico —dijo Norathar.

—Sentaos —sugerí.

Todos acercaron butacas a mí. Me sentí como si hubiera vuelto a la oficina, rodeado de mis protectores, que esperaban órdenes.

*¿Vladimir?*

*¿Sí Cawti?*

*Morrolan ha hablado a Alieria de la Hechicera Verde. No pensé en aconsejarle lo contrario.*

*Maldita sea. Muy bien. O la Hechicera ha sido advertida, o Alieria no está implicada. En cualquier caso, empiezo a dudar que Alieria esté detrás de esto. Ya veremos.*

—En primer lugar —dije—, lady Norathar puede...

—Deja lo de «lady», Vlad.

Me quedé sorprendido.

—Gracias. —Vi que Cawti le dirigía una sonrisa y comprendí—. Bien, Norathar, ¿estás segura de que no puedes decimos cómo descubriste lo que hizo Laris?

—Sí —contestó.

—De acuerdo, pero piensa en ello. Si fue la Hechicera Verde...

—No lo fue.

—Fuera quien friese, esta persona podría estar trabajando con la Hechicera Verde, o quizá esté siendo manipulada por ella. Ojalá pudieras decirnos quién fue.

—Lo siento, pero creo que no serviría de nada.

—¿De veras piensas que la Hechicera Verde está detrás de todo esto? —preguntó Cawti.

—Digamos que es una intuición. No lo sabremos con seguridad hasta descubrir qué persiguen.

Cawti asintió.

—Intentemos ordenar los acontecimientos —continué—. En primer lugar, antes del Interregnum, alguien decide que no quiere a lord K'laiyer en posesión del Orbe. Quizá esta persona sea la Hechicera Verde, o la Hechicera Verde trabaja para él, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

—Bien, el primer movimiento de él, o ella, es hacer pasar a Norathar como bastarda. Naturalmente, la reacción de K'laiyer es combatir y, cuando combate con Sethra, pierde, por supuesto. Durante la batalla, se encargan de que K'laiyer termine muerto. Eso convierte a Adron en heredero. Hasta el momento, todo va de perlas. O era eso lo que deseaban, o no tuvieron tiempo de ocuparse de él. Porque luego viene el Desastre de Adron, y doscientos y pico años de Interregnum. Aun así, no pasa nada. Después, Morrolan se convierte en heredero. Y sigue sin pasar nada.

Les miré. Todos me observaban con atención. Continué.

—Durante más de doscientos cuarenta y pico años después del Interregnum, no pasa nada. Sea quien sea el intrigante, si aún está vivo, no se opone a Morrolan. Pero después, hace tres años, Miera hace acto de aparición. Al cabo de un año, Baritt, uno de los presuntos conspiradores, es asesinado. Dos años después, Norathar cae en una trampa, muere, es revivificada y, de pronto, se convierte en heredera. En ese punto nos encontramos, a mi modo de ver.

O Miera no había percibido ninguna implicación en su contra, o era una actriz consumada. Parecía abismada en sus pensamientos, pero nada afectada por lo que yo había dicho.

—Vlad —dijo Norathar—, ¿existe alguna posibilidad de que la Hechicera Verde conozca lo bastante bien a Miera para saber que seríamos revivificadas?

—Er... ¿Te refieres a que incluso eso formaba parte de su plan? No lo sé.

Me volví hacia Alier.

Se mordisqueó el labio un momento, y luego se encogió de hombros.

—Todo es posible con una yendi —dijo.

—Eso no —intervino Morrolan. Todos nos volvimos hacia él—. Olvidáis que yo también estaba allí. Si suponéis que lo preparó para que Miera matara, y luego revivificara, a Norathar, también debía saber que yo acompañaría a Miera. No estoy dispuesto a creer que fuera capaz de predecir exactamente dónde apareceríamos después de la teleportación; además, si yo hubiera estado más cerca de Norathar que Alier, habría utilizado a Varanegra.

Norathar palideció. Yo tragué saliva y sentí un nudo en la boca del estómago. Si Varanegra hubiera matado a Norathar, nada ni nadie habría podido revivificarla, ni habría renacido, como creen los dragaeranos que ocurre a cualquiera que no va a los Senderos de los Muertos, y a algunos que sí. Me pregunté si Miera habría podido prepararlo. ¿Estaría implicado también Morrolan?

*Te estás volviendo paranoico, jefe.*

*Los riesgos del oficio, Loioh.*

Carraspeé y dije:

—Podemos dar por sentado que esperaban la muerte permanente de Norathar.

Los demás se mostraron de acuerdo.

—Ahora —seguí—, ocupémonos de Laris. Es posible que esté escondido, y bien protegido, pero está perdiendo dinero y corriendo graves peligros al no matarme. ¿Por qué?

—Imagino que le pagan bien —dijo Cawti.

—Tendrán que pagarle mucho para correr un riesgo tan grande.

Cawti se encogió de hombros.

—Quizá les debe un favor, o algo por el estilo.

—Un gran favor. Además, sospecho que asesinó a Baritt como pago de... Espera un momento.

Todos me miraron.

—¿Sí, Vlad? —dijo por fin Morrolan.

Me volví hacia Cawti.

—¿Qué sabes de la historia de Laris?

—Un poco. Cuando estaba estudiando, topé con referencias a él de vez en cuando, de la época en que los dos trabajabais para Welok el Cuchillo. También oigo cosas en ocasiones, claro.

—¿Sabes que se encargó de dirigir la guerra de Welok contra el Garfio?

Norathar y ella asintieron.

—Yo estuve implicada —admitió Norathar.

—¿Por qué Welok le dejó dirigir la guerra? ¿Cómo ganó? No tenía la menor experiencia en aquel tiempo.

Cawti y Norathar me estudiaron.

—¿La Hechicera Verde? —preguntó Norathar.

—Da la impresión de que Laris tenía influencia sobre Welok, o sabía cómo manipularle. Tal vez nuestra amiga hechicera se encargó de eso último y le ayudó a ganar la guerra.

—¿Crees que la Hechicera dirige la guerra contra ti? —preguntó Cawti.

—Tal vez. Me encontré con Laris, y me impresionó. No creo que actúe engañado pero podría equivocarme. Por otra parte, es posible que la hechicera sepa algo sobre él y le obligue a hacer lo que ella quiera. Sobre todo si le asegura la victoria final, o lo afirma.

—Si ella le tiene en un puño —dijo Norathar—, ¿por qué Laris no la mata?

Como jhereg, todavía era una dragón.

—Por diversos motivos —contesté—. Quizá no sepa quién es. Quizá la influencia no desaparecería con su muerte. Quizá no puede acceder a ella. No lo sé.

—¿Alguna idea de por qué le domina? —preguntó Cawti. Fruncí el ceño.

—Podría ser cualquier cosa. Yo diría que él asesinó a Baritt, y la hechicera tiene pruebas, lo cual sería muy fácil si ella le hubiera impulsado a cometer el asesinato, digamos como favor a cambio de la ayuda contra el Garfio.

—Podría ser —dijo Cawti. Norathar asintió.

—Estas especulaciones son muy entretenidas —dijo Morrolan—, pero no veo de qué sirven.

—Tratamos de entender qué están haciendo —dije—. Cada detalle que aportamos ayuda a esclarecer el enigma.

—Tal vez —dijo Morrolan—, pero me gustaría saber tu opinión sobre por qué la Hechicera Verde hace esto.

—¿Qué?

—No sé muy bien qué está haciendo...

—Exacto.

Asintió lentamente.

—De acuerdo. Entiendo.

Me volví hacia Sethra, que no había abierto la boca en todo el rato.

—¿Tienes alguna idea, o intuición?

—No exactamente, pero empiezo a sospechar que la respuesta se encuentra antes del Interregnum, la primera vez que esta conspiración se reveló. ¿Qué perseguían, con exactitud?

—Sí —dije—. Deberíamos investigarlo.

Miré a Norathar. Daba la impresión de que le dolían las muelas. Bien, no podía culparla.

—El motivo de ese primer acto parece claro, al menos —dijo Cawti—. Fue un intento de apoderarse del Orbe.

Negué con la cabeza.

—Me han dicho que ningún dragón desea el Orbe.

—¿Y Adron? —preguntó Cawti, y miró a Miera. Miera sonrió.

—Cierto, pero mi padre no deseaba en realidad el Orbe; se vio obligado a intentar conseguirlo por su sentido del deber.

La miré fijamente.

—Espera un momento. ¿Tu padre conocía a la Hechicera Verde?

Miera pareció sorprenderse.

—Yo... creo que se conocían, sí, pero si piensas que mi padre era el cerebro del asunto...

—Yo no diría que pienso eso; sólo estoy indagando.

Me miró, y sus ojos viraron a un gris acerado.

—Si crees que debes...

—Creo que debo. ¿Se conocían muy bien?

—Se veían a menudo, y a Sethra, en la Montaña Dzur. Pregúntale a Sethra. Ella lo sabe mejor que yo.

Me volví hacia Sethra.

—¿Y bien?

—Dudo que Adron impulsara una conspiración de este tipo. No era su estilo. Además, Baritt y él se llevaban muy bien.

—Eso no demuestra nada —repliqué—. En todo caso, aumenta las posibilidades en su contra. ¿Se llevaba muy bien con la Hechicera Verde?

Sethra cerró los ojos, como si le costara recordar.

—En aquellos tiempos, todos nos llevábamos bien. De todos modos, Adron nunca fue muy amigo de la Hechicera.

—Por lo tanto —dije—, si Adron consideraba su deber apoderarse del Orbe, tal vez también consideró su deber ser el siguiente emperador dragón.

—No lo creo —dijo con brusquedad Alier, cada vez más enfurecida. Me puse a reír. Se levantó, con ojos inflamados—. ¿Te importa contarme el chiste, Vlad?

—No puedo evitar que se me antoje divertido. Estamos hablando de un tipo que, al intentar apoderarse del Orbe, desintegró la mitad del imperio dragaerano, creó un Mar de Caos donde estaba la mayor ciudad del Imperio, mató a no sé cuántos millones de personas, y tú te enfadas porque me pregunto si falsificó unas pruebas para facilitar su camino.

Cawti también se puso a reír. Al parecer, ninguno de los demás lo consideró divertido, lo cual aumentó todavía más la comicidad del asunto y, por un momento, casi sufrí un ataque de histeria.

—Eso es diferente —dijo Miera—. Esto implica engañar a Sethra, que es una amiga. En la Casa del Dragón existe algo llamado honor.

Sus palabras me calmaron, aunque parezca extraño. No es que fuera menos divertido, pero al mismo tiempo también resultaba triste. Cawti no tardó en serenarse.

—Bien, Miera —dije—. Quizá él no lo hizo, pero pudo ser la Hechicera Verde sin que él lo supiera, ¿no?

Miera volvió a sentarse y resopló.

—Lo dudo.

—Entonces, ¿cómo se llevaban Adron y el padre de Norathar, K'laiyer?

Miera se encogió de hombros y desvió la vista con altivez. Me volví hacia Sethra. Parecía incómoda.

—Recuerdo que tenían desacuerdos. No eran enemigos, pero tenían desacuerdos.

—¿Pues claro que tenían desacuerdos! —exclamó Alier—. Mi padre creía que los dragones debían apoderarse del trono, y K'laiyer no.

Sethra asintió.

—Eso era lo principal —dijo—. No se pusieron de acuerdo en la inmediatez del problema.

—¿Qué problema?

—La decadencia del emperador. Los emperadores fénix siempre se sumen en la decadencia al final de su reinado, excepto cada decimoséptimo Ciclo, cuando un fénix renace, como Zerika. Como sucedió al final del Gran Ciclo, diecisiete Ciclos, fue especialmente grave. Daba la impresión de que el Imperio se estaba desmoronando, los orientales invadían la frontera oriental, y Adron pensaba que el emperador debía abdicar o ser depuesto.

—¿Y K'laiyer no?

—No. Me recalco, recuerdo, que las «invasiones» tenían lugar en territorios poblados básicamente por orientales. Dijo que era su tierra, y que no había motivos para impedir que la recuperaran.

—Creo que este tipo me habría caído bien —dije.

—Tal vez —dijo Sethra—. Era muy agradable. Creo que habría sido un buen emperador.

—Tengo la impresión —dije, mirando a Miera— de que Adron fue...

—Creo que es hora de cenar —interrumpió Morrolan—. Podríamos continuar después.

Sonreí, asentí, me levanté y ofrecí a Cawti mi brazo. Ella lo tomó y nos encaminamos hacia el comedor pequeño. Esperaba que la comida fuera más fácil de digerir que la última.

Lo cual me llevó a recordar aquel ágape. Lo cual me llevó a recordar los días que había pasado en la Montaña Dzur. Casi todos los recuerdos eran muy placenteros.

Pero recordé una conversación... No podía tener nada que ver con esto. ¿Podía? ¿Todo, para eso? Claro que los dragaeranos son muy dragaeranos.

—Esperad un momento.

Morrolan suspiró y giró en redondo.

—¿Sí, Vlad?

—Es que...

—¿No puedes esperar?

—Er... Entremos y tomemos asiento mientras yo pienso un poco.

Mi mente corría como un gato centauro. Creo que tropecé con algunas personas y paredes mientras localizaba mi sitio.

Observé que estábamos sentados en los mismos lugares de la otra vez. Un criado trajo vino. Bebí un poco sin degustarlo.

—Bueno, Vlad —dijo Morrolan en tono resignado—. ¿Qué pasa?

—Creo que sé quién está detrás de esto, y por qué.

De pronto, atraje la atención de todo el mundo.

—Continúa —dijo Morrolan.

—Es muy complicado, por Verra, pero un plan de la Hechicera Verde, ¿cómo no iba a serlo?

—Bien, ¿quién es?

—Lo explicaré así: voy a suponer que, hace unos dos o tres años, la Hechicera Verde se enemistó con cierta persona de la que había sido muy amiga hasta entonces. Me volví hacia Sethra.

—¿Estoy en lo cierto?

Pareció perpleja. De pronto, sus fosas nasales y ojos sé dilataron. Al cabo de un momento, asintió.

—Pues ya está.

—¿Qué, Vlad? —dijo Morrolan, sin perder la calma.

*Te gusta mantener a todo el mundo pendiente de tus palabras, ¿eh, jefe?*

*Cierra el pico, Loiosh.*

—Bien, lo diré así: supongamos que Norathar acaba de morir. A manos de Morrolan y Miera. Fin del problema. Por lo tanto, el legítimo heredero del trono está descartado, ¿verdad? ¿Quién es el siguiente?

—Aliera —dijo Morrolan.

—Exacto, pero sale a la luz la información de que estuvo implicada en una guerra jhereg. Entonces, ¿qué?

—Mmmmm —dijo Morrolan—. El consejo podría...

—Supongamos, además, que el consejo está siendo manipulado. Tal vez un poco, tal vez mucho, pero alguien mueve los hilos.

—Muy bien, Aliera ya no es la heredera, si es eso lo que quieres.

—Exacto. Y tú también, Morrolan, por la misma lógica. ¿Quién es el siguiente?

Se miraron entre sí.

—No lo sé —dijo Aliera por fin.

—Ni yo, pero, en cierto sentido, no importa. Estoy seguro de que la Hechicera Verde lo sabe. Es probable que ese heredero ni siquiera esté implicado; se trata de alguien cuya política es de sobra conocida. Ningún dragón quiere ser heredero, decís vosotros. ¿Qué quiere ser todo dragón?

—Señor de la Guerra —dijo Miera sin vacilar.

—Exacto. Morrolan, ¿por qué no envías a buscar esa lista, si ya está preparada?

—Pero... De acuerdo. —Se concentró un momento—. Ya viene.

—¿Qué lista? —preguntó Sethra.

—Pedí a Morrolan que reuniera los nombres de todas las personas susceptibles de haber recomendado al mago athyra que colaboró en el análisis.

»Bien, si Morrolan o Miera fueran emperador, cada uno habría designado al otro Señor de la Guerra, con lo cual los dos sobrabais. Norathar era inofensiva antes, pero tal como están ahora las cosas, era mejor eliminarla.

»Antes del Interregnum, era obvio quién sería Señor de la Guerra si Adrón era proclamado emperador, de modo...

—¿Quién? —preguntó Cawti.

—Ya llegaré. En cualquier caso, sin que él lo supiera, se acordó que sería el heredero. Cuando fracasó, el fénix retuvo el poder, de manera que se resolvió el problema inmediato. Después, Morrolan se convirtió en heredero, lo cual estaba bien...

—Sí..., hasta la llegada inesperada de Alier. Entonces, la persona que habría sido Señor de la Guerra bajo tus órdenes quedó descartada. Peor aún, la política de Miera era incorrecta. Los dos debíais desaparecer. Baritt, que hasta aquel momento había colaborado, se echó atrás. Él también tenía que ser eliminado.

»Por tanto, el futuro Señor de la Guerra y la Hechicera Verde, que era una buena amiga y una yendi al mismo tiempo, forjaron nuevos planes. Lo primero que hicieron fue fingir pelearse, para que nadie les vinculara.

»El plan tardó dos años en madurar, un trabajo rápido para un yendi. El hecho de que los dos fuerais amigos míos, y que yo ascendiera en la casa Jherreg con tanta celeridad, debió ayudar un poco.

»Primero, matarían a Norathar.

—¿Por qué? —preguntó Morrolan.

—Porque Miera buscaba por todas partes a alguien que fuera heredero del dragón en su lugar. No haría nada a propósito para que el consejo la descalificara; no lo consideraba honroso. Pero Intentaba encontrar a alguien con «genes más puros», o lo que interese más a los dragones. Lo cual la conduciría, al final, a los e'Lanya.

—Así fue —dijo Miera—. Ya estaba investigando el paradero de Norathar, por si me guiaba hacia otro pariente.

Asentí.

—Por lo tanto tenían que matarla, porque, en cuanto Alier la encontrara, se daría cuenta de que era pura.

—Bien —dijo Morrolan—. Continúa.

—La idea consistía en matar a Norathar y desacreditaros a los dos por ayudarme. Sospeché que alguien cometió un error pues tendrían que haberos avisado antes. No creo que quisieran hilar tan fino, pero funcionó, en cualquier caso, hasta que Miera lo estropeó todo cuando revivió a Norathar. Entonces, tuvieron que improvisar. Lo primero que hicieron fue poner a prueba a Norathar, por si podía serles útil como emperatriz.

—¿Cómo? —preguntó Norathar.

—¿No recuerdas que la Hechicera Verde te preguntó qué opinabas de los planes para invadir Oriente? En aquel momento, no pensé nada especial, pero...

—¡Tienes razón!

—Sí, y si hubieras dicho que estabas a favor, habrían parado en aquel mismo momento, me habrían liquidado y encontrado una forma de convencerte para que

nombraras al Señor de la Guerra apropiado. Puesto que tu política era equivocada, te advirtieron sobre Laris para que corrieras a matarle, pues ya no les sirve, y te descalificaras como heredera.

Cawti sacudió la cabeza.

-Pero ¿por qué continuaron con los falsos intentos de asesinato, Vladimir?

En respuesta, me volví hacia Norathar.

—Si se hubieran producido dos atentados fallidos contra mi vida, ¿habrías creído que te habían montado una trampa, incluso después de que te lo dijeran?

Norathar entornó los ojos, y luego negó con la cabeza. Cawti asintió.

En aquel momento, justo a tiempo, llegó un criado con una hoja de papel. Lo entregó a Morrolan.

Morrolan le echó un vistazo.

—Busca el nombre de la persona a la que hubieras nombrado Señor de la Guerra si Miera no hubiera aparecido.

Lo hizo, y se quedó boquiabierto. Sethra se inclinó sobre Miera y cogió la hoja de la mano muerta de Morrolan. La miró, cabeceó y la tiró sobre la mesa, con una mirada tan fría como la hoja de Llamahelada.

—Habría preferido que ella intentara matarme —dijo.

Había nueve hombres en la lista. El tercero era el de Sethra la Menor.

## «Vladimir y yo nos limitaremos a observar»

Nos miramos mutuamente. Después, Morrolan carraspeó.

—¿Cenamos? —dijo.

—¿Por qué no? —contestó Sethra.

Morrolan dio las órdenes pertinentes. No tengo ni idea de lo que trajeron, pero debí comer, porque no recuerdo que después tuviera hambre.

—¿Estarán aquí esta noche? —preguntó Norathar en un momento dado.

—Eso espero —contestó Morrolan.

No hubo necesidad de preguntar a quiénes se refería.

—Quizá deberíamos pensar en ir a su encuentro. ¿Estás de acuerdo, hermana? —preguntó Norathar a Cawti.

—Aquí no —dije—. Morrolan prohíbe los malos tratos a sus invitados.

—Gracias, Vlad —dijo Morrolan.

—De nada.

—Pero dadas las circunstancias... —empezó Miera.

—No —replicó Morrolan.

Intervine antes de que estallara otra tormenta.

—Deberíamos verificar todas nuestras suposiciones antes de proceder.

Norathar me miró.

—¿Quieres decir que no estás seguro?

—Estoy seguro, pero deberíamos verificarlas.

—¿Cómo?

—Sé una manera. Puede que tardemos un poco, pero estamos comiendo.

*Fentor*

*¿Sí, mi señor?*

*¿Ya has localizado al propietario de esos apartamentos?*

*No, mi señor.*

*Quizá te servirán de ayuda dos nombres que pueden estar relacionados. Sethra la Menor y la Hechicera Verde.*

*Lo comprobaré mi señor.*

*Muy bien. Ponte en contacto conmigo en cuanto sepas algo.*

*Sí mí señor.*

—Con suerte —dije en voz alta—, pronto sabremos algo.

—Vladimir, ¿cómo deberíamos abordarlas? —preguntó Cawti.

—Sí —dijo con sequedad Morrolan—. No querrás que te convierta en sapo.

—Me cuidaré de ello —dije—. En cualquier caso, no podemos atacarlas aquí, si queremos hacerles algo permanente. ¿Sabe alguien dónde vive la hechicera?

—Nunca se sabe dónde vive un yendi —apuntó Sethra.

—Sí. Una posibilidad es Laris. Si puedo concertar una cita con él, quizá sea capaz de demostrarle que sus amigas le están apuñalando por la espalda. Tal vez nos ayude a tenderles una trampa.

—¿No vas a intentar matarle? —preguntó Miera—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Y yo —añadió Norathar.

—Claro que sí, pero no tiene por qué saberlo.

Miera entornó los ojos.

—No quiero saber nada de ese plan.

—Ni yo —dijo Morrolan.

—Ni yo —dijo Sethra.

—Ni yo —dijo Norathar.

Suspiré.

—Sí, lo sabía; Insistís en que todo sea honroso, recto y a plena luz del día. No es justo aprovecharse de alguien, sólo porque intenta asesinarte y conspirar contra tus amigos, ¿verdad?

—Exacto —replicó Miera, con una expresión de rectitud absoluta.

—Los dragones me asombráis. Afirmáis que es injusto atacar a alguien por la espalda, pero resulta que un combate es justo incluso cuando lucháis contra alguien que sabéis más débil, menos experimentado y menos hábil que vosotros. ¿Eso no es aprovecharse? Basura.

—Vlad, es una cuestión de... —empezó Morrolan.

—Da igual. Ya pensaré en algo... Espera un momento, creo que voy a recibir la verificación.

Sostuve una breve conversación con Fentor, y después me Volví hacia ellos.

—Está confirmado —dije—. Sethra la Menor, mediante intermediarios, es la dueña de una hilera de apartamentos que fueron utilizados como parte de la estratagema del atentado que llevaron a cabo contra mí Cawti y su amiga, la Señor Dragón.

—Muy bien —dijo Morrolan—. ¿Cómo procedemos?

—Es absurdo utilizar la sutileza contra un yendi —dijo Sethra—. Que sea sencillo.

—¿Otro axioma?

Sonrió con frialdad.

—Yo me encargaré personalmente de Sethra la Menor.

—Es bastante sencillo —dije un poco más tarde—, pero Cawti y yo no estamos en nuestra mejor forma después de una teleportación.

—Cawti y tú no tendréis que hacer nada —dijo Miera. Miré a Cawti.

—No importa —dijo—. Vladimir y yo nos limitaremos a observar.

Asentí. Mi intención era hacer algo más que eso, pero era Innecesario proclamarlo. Excepto...

—Perdona, Morrolan, pero por mi propia seguridad, ¿puedes prestarme un cuchillo Morganti?

Frunció el entrecejo.

—Como quieras.

Se concentró un momento. Al poco apareció un criado con una caja de madera. La abrí y vi una pequeña daga con empuñadura de plata, embutida en una vaina forrada de cuero. La extraje un poco y reconocí al instante el tacto de un arma Morganti. La envainé de nuevo y la oculté en mi capa.

—Gracias —dije.

—De nada.

Nos levantamos y miramos. Por lo visto, a nadie se le ocurrió ¡ada apropiado que decir, de manera que salimos del pequeño comedor y nos encaminamos a la parte central del castillo, donde estaba el comedor principal.

Entramos y divisamos a Sethra la Menor casi al instante. Loiosh abandonó mi hombro y empezó a revolotear por la sala, a la suficiente altura para no molestar (los techos de la sala de banquetes de Morrolan alcanzaban los doce metros de altura). Morrolan se acercó a Sethra la Menor y habló en voz baja con ella.

*La he encontrado, jefe. En la esquina noreste.*

*Buen trabajo.*

Fue la información a Morrolan, que guió a Sethra la Menor en aquella dirección. Los demás convergimos sobre la Hechicera Verde; llegamos a su lado al mismo tiempo que Morrolan. Ella le miró, miró a Sethra, nos miró. Sus ojos apenas se entreabrieron.

—Sethra la Menor —dijo Morrolan—, Hechicera, durante las próximas diecisiete horas no seréis bienvenidas en mi casa. Pasado ese tiempo, podéis volver. —Hizo una reverencia.

Intercambiaron una mirada, y luego desviaron la vista hacia nosotros. Algunas personas empezaron a observar la escena, al intuir que algo extraño ocurría.

Sethra la Menor se dispuso a decir algo, pero calló; tal vez la hechicera le había comunicado psiónicamente que era inútil discutir. Las dos hicieron una reverencia.

Sethra Lavode se colocó detrás de su tocaya y puso una mano sobre su brazo,

encima del codo. Intercambiaron una mirada, pero su expresión era impenetrable.

De pronto, la Hechicera Verde desapareció. Loiosh regresó a mi hombro, y yo miré a Alier. Tenía los ojos cerrados, como si estuviera concentrada. Después, Sethra la Menor desapareció. Sethra Lavode se fue con ella.

—¿Qué le hará? —pregunté a Morrolan.

Se encogió de hombros, sin contestar.

Miera habló poco después, con los ojos todavía cerrados.

-Sabe que sigo su rastro. Si se detiene para romper el conjuro, tendremos tiempo de alcanzarla.

—Iría al lugar que le proporcione más ventaja —dije.

—Sí —contestó Miera.

—Dejadla —dijo Norathar.

Cawti se echó hacia atrás el pelo con ambas manos mientras yo me ajustaba la capa. Nos sonreímos, al darnos cuenta de lo que significaba el gesto. Entonces...

—¡Ahora! —dijo Miera.

Sentí que mis tripas se retorcían, y el Castillo Negro se desvaneció.

Lo primero que me llamó la atención fue el calor, una agonía de llamas. Estuve a punto de chillar, pero el dolor se disipó antes de que tuviera la oportunidad. Me parecer, nos encontrábamos en medio de un incendio. A mi izquierda, oí una voz seca que decía:

—Un trabajo rápido, Miera.

Reconocí la voz: era la Hechicera Verde.

—Puedes ahorrarte tu bloqueo de teleportación —continuó...—. No voy a ir a ningún sitio.

Pensé que debía haberse preparado mientras nos teleportaba, y nos había arrojado a un horno. Por lo visto, Miera lo había sospechado y dispuesto un conjuro protector a nuestro alrededor, antes de que acabáramos incinerados.

*¿Estás bien, Loiosh?*

*Estupendo, jefe.*

Entonces, las llamas se elevaron a nuestro alrededor y desaparecieron. Estábamos en una habitación, de unos seis metros de lado y paredes ennegrecidas. Las cenizas nos llegaban a los tobillos. La Hechicera Verde se erguía ante nosotros, con ojos tan fríos como ardientes eran las llamas. Empuñaba en la mano una sencilla vara de madera.

—Será mejor que os vayáis —dijo con frialdad—. Estoy rodeada por los míos, y no podréis hacerme nada antes de que lleguen.

Miré a Miera.

La Hechicera Verde movió su vara, y la pared que tenía detrás se derrumbó. Al otro lado, vi unos treinta dragaeranos, todos armados.

—Última oportunidad —dijo la hechicera, sonriente.

Tosí.

—¿Todos los yendis son tan melodramáticos? —pregunté.

La hechicera hizo una señal, y los dragaeranos avanzaron.

Miera efectuó un ademán, y las llamas volvieron a rodearnos. Después, se apagaron.

—Lo intentaste, querida —dijo la hechicera—, pero yo lo pensé antes.

—Eso veo —dijo Miera. Se volvió hacia Morrolan—. ¿La prefieres a ella, o a los soldados?

—Tú eliges.

—Me ocuparé de ella.

—Muy bien —dijo Morrolan, y desenvainó a Varanegra.

Observé los rostros de los hombres y mujeres a quienes nos enfrentábamos cuando se dieron cuenta de que empuñaba un arma Morganti, un poder que, sin duda, ninguno había conocido jamás. Morrolan caminó con parsimonia hacia ellos.

—Recuerda que sólo hemos venido a mirar —dije a Cawti.

Me dirigió una mirada nerviosa.

Entonces, percibí un veloz movimiento a mi lado y vi que Norathar se precipitaba hacia la hechicera, con la espada remolineando sobre su cabeza. Miera siseó y saltó tras ella. Algún conjuro debió actuar a mi espalda, porque oí una explosión sorda, seguida de una columna de humo.

La hechicera se adelantó a sus soldados y alzó la vara, de la que surgieron llamas en dirección a Norathar y Alier, pero ésta levanto la mano y se desvanecieron.

Morrolan, Norathar y Miera cargaron contra la primera fila al mismo tiempo. Varanegra cortó una garganta, abrió el pecho del siguiente guardia y, con el mismo movimiento, se hundió en el costado de un tercero. Morrolan saltó a un lado como un gato antes de que alguien le alcanzara, echó Varanegra hacia atrás y abrió en canal dos estómagos. Paró una estocada y empaló la garganta del atacante, retrocedió, se balanceó hacia adelante, casi de puntillas, con la espada a la altura de la cabeza y apuntando a sus enemigos. Una daga larga apareció en su mano izquierda. Los chillidos resonaron en toda la sala, y los que habían estado observando a Morrolan palidecieron.

Vi tres guardias más a los pies de Norathar. Entretanto, Miera manejaba su espada de dos metros y medio como si fuera un juguete, abriendo huecos en las hileras de enemigos. Hasta el momento, llevaba cinco.

Después, aunque parezca increíble, los guardias muertos empezaron a levantarse, incluso los alcanzados por Varanegra. Miré a la hechicera y vi una expresión de profunda concentración en su cara.

—¡Contenles! —gritó Alier.

Retrocedió un paso, sujetó la espada con la mano derecha y acuchilló el aire con su izquierda. Los cadáveres que habían intentado alzarse se detuvieron. La hechicera agitó su vara. Continuaron. Miera acuchilló el aire. Se detuvieron. Volvieron a intentarlo.

Entonces, Miera hizo otra cosa, y la hechicera lanzó un grito cuando un resplandor azul surgió ante ella. Se desvaneció al cabo de un momento, pero vi que gotas de sudor resbalaban sobre su rostro.

Morrolan y Miera no habían hecho caso del incidente, y más de la mitad de sus enemigos ya habían caído.

—¿Hacemos algo? —mascullé a Cawti.

—¿Para qué? Son Señores Dragón; disfrutan con estas actividades. Déjales.

—Una cosa sí que voy a hacer. Y pronto, al parecer.

—¿Qué?

En aquel momento, Norathar rompió el cordón. La hechicera gritó y movió la vara. Norathar cayó, manoteando en el aire.

Cawti reaccionó antes de que yo pudiera hacer nada. Llegó al lado de su amiga, no sé cómo, y se arrodilló.

Los guardias que habían luchado contra Norathar se volvieron hacia Alier, y tuvo que defenderse de nuevo. Saqué un par de cuchillos arrojadizos y, sólo para probar, los lancé contra la hechicera. Naturalmente, se desviaron en cuanto se acercaron un poco a ella.

Oí que Morrolan maldecía y vi que su brazo izquierdo colgaba a su costado inutilizado, y que habían aparecido manchas rojas sobre el negro de su capa.

Alier seguía trabada en algún tipo de combate con la hechicera mientras repelía a tres guardias. Dos más se precipitaron liada ella. Se produjo un enredo imposible de metales, y tres guardias se desplomaron. Miera seguía en pie, pero un cuchillo sobresalía de la parte baja de su espalda, y una espada atravesaba su cuerpo, a la derecha de la columna vertebral, de delante atrás, por encima de la cintura. Parecía ajena al asunto; supongo que la hechicera va bien para esas cosas. No obstante, por buena hechicera que fuera, su vestido daba pena.

Norathar parecía viva, pero atontada. Pensé que no gozaría de una oportunidad mejor. Saqué dos cuchillos de combate y corrí hacia adelante a toda la velocidad de mis piernas, hundidas en la ceniza hasta las pantorrillas. Cuando llegué al lugar de la escabechina, observé a Miera con atención, y después me agaché para esquivar una estocada. Moje los cuchillos en el estómago de dos guardias incapaces de hacer frente a un oriental que pasaba rodando ante ellos. Después, me encontré detrás de la hilera, a un metro de la hechicera. Rompehechizos cayó en mi mano antes de que me incorporara, y la hice girar ante mí.

La hechicera me había visto, por supuesto, y me recibió con un gesto de su vara.

Noté un escozor en el brazo. Chillé y caí hacia atrás.

*¡Quédate ahí!*

Abrí los ojos y vi que la hechicera había desviado la vista. Me puse en pie con sigilo, desenvainé la daga Morganti que Morrolan me había prestado, me deslicé detrás de ella y golpeé la parte posterior de su cabeza con Rompehechizos.

El efecto que obró sobre ella fue mínimo, porque algún tipo de escudo la rodeaba. Dio un pequeño bote y giró en redondo. Pero, si bien el escudo había impedido que la cadena la golpeará, la cadena había derribado el escudo. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró con la punta de una daga Morganti apoyada contra su garganta.

Morrolan y Miera estaban luchando con el último de los guardias, pero Morrolan parecía a punto de desplomarse y los labios de Alierá estaban apretados, concentrada en mantenerse consciente. Cawti ayudó a Norathar a levantarse. Yo no tenía mucho tiempo, así que hablé deprisa.

—Esta contienda no es asunto mío, y me quitaré de enmedio si me das lo que quiero, pero si no me dices dónde está Laris, te degollaré... con esto. Y si le previenes, te perseguiré hasta el fin de mis días.

Ni siquiera vaciló.

—Está en el último piso de un almacén de la calle del Muelle, dos edificios al este de la esquina de Muelle y Una-Garra, en la parte sur de la calle.

Eso os enseñará la clase de lealtad que se puede esperar de la Casa del Yendi.

—Gracias —dije, y retrocedí, sin soltar la daga ni a Rompehechizos.

Volvió la cabeza, como si creyera en mi palabra. Hizo algo cuya intención debía ser recobrar sus defensas. En aquel momento, no obstante, la espada de Kieron, que empuñaba Miera e'Kieron, cortó la cabeza del último guardia.

Morrolan avanzó. Un rayo negro brotó de la punta de Varanegra y alcanzó a la hechicera. Según me dijeron más tarde, volvió a derribar sus defensas. Antes de que pudiera hacer otra cosa, la espada de Norathar describió un arco y la vara de la hechicera salió volando por los aires..., junto con su mano derecha.

La hechicera gritó y cayó de rodillas. Norathar la empaló en aquella posición, por el pecho.

Se hizo un silencio de muerte en la sala. La Hechicera Verde contempló a Norathar con una expresión de absoluta incredulidad. Después, surgió sangre de su boca y cayó hecha un guiñapo a los pies de la Espada del Jhereg.

Cawti se acercó a mí. Moví la cabeza en dirección a los tres, agrupados alrededor del cuerpo.

—Honor en la Casa del Dragón —murmure.

Miera se derrumbó. Cawti apretó mi brazo.

Volvimos al Castillo Negro, dejando el cadáver de la Hechicera Verde donde

estaba. Me serví una gigantesca copa de coñac, que desprecio, pero es más fuerte que el vino y no quería sugerir una Niebla de Piarran; no me parecía un momento muy adecuado para celebraciones.

—Era una hechicera muy competente —dijo con voz débil Miera desde el sofá donde la Nigromántica la estaba tratando.

Todos asentimos.

—Vlad —dijo Morrolan, que llevaba el brazo en cabestrillo—, ¿qué le hiciste, y por qué?

—Tenía una información que me interesaba —expliqué—. Me la dio.

—¿Y después la soltaste?

Me encogí de hombros.

—Dijisteis que no necesitabais mi ayuda.

—Entiendo. —Observé que Cawti disimulaba una sonrisa con la mano—. ¿Qué información era ésa?

—¿Recuerdas que estoy en plena guerra? Ella apoyaba a Laris, pero aún le quedan recursos para perjudicarme. No va a tardar mucho en descubrir que su amiga ha muerto. Cuando lo haga, irá a por mí de una vez por todas. He de conseguir que la guerra termine antes de que lo haga. Supuse que conocía el escondrijo de Laris. Espero que no mintiera.

—Entiendo.

Cawti se volvió hacia mí.

—¿Vamos a terminarlo?

Resoplé.

—¿Crees que será tan fácil?

—Sí.

Reflexioné un momento.

—Tienes razón. Lo será.

Cerré los ojos un momento, sólo para asegurarme de que no olvidaba nada.

*Kragar.*

*Hola, Vlad.*

*¿Cómo van los negocios?*

*Algo mejor.*

*Estupendo. Consigue a la Patrulla Ruin. Dentro de dos horas y media exactamente, quiero un bloqueo de teleportación para impedir que nadie abandone determinado almacén.*

Le dije dónde estaba.

*Comprendido, jefe.*

*Bien. Dentro de una hora y media exactamente, quiero a las siguientes personas en la oficina: Shoen, Bastones, Bichobrillante, Narvane, N'aal, Sonrisas y Chimov.*

*Er... ¿Eso es todo?*

*No seas chistoso.*

*¿Tenemos algo, Vlad?*

*Sí. Tenemos algo. Y no quiero errores. Esto debería ser rápido, indoloro y sencillo.*

*Reúne a todo el mundo y asegúrate de contratar a una hechicera competente.*

*Comprendido, jefe.*

El contacto se rompió.

Cawti y yo nos levantamos.

—Bien, gracias por la diversión —dije—, pero temo que hemos de irnos.

Norathar se mordió el labio.

—Si puedo hacer algo...

La miré un momento, y luego me incliné ante ella.

—Gracias, Norathar, y te lo digo con toda sinceridad, pero no. Creo que, por primera vez desde hace meses, todo está controlado.

Les dejamos y bajamos a la entrada, donde un empleado de Morrolan nos teleportó a mi oficina. Esta vez, me ocupé de anunciar nuestra llegada.

# 17

## «¿Qué has hecho?»

Ahora, imagino, esperáis que os cuente cómo atrapé a Laris después de una larga persecución por las calles de Adrilankha, le acorralé por fin, cómo luchó cual un dzur y conseguí matarle antes que él a mí, ¿verdad? Pues no.

Sólo había dos cosas que podían fallar. Una, que la Hechicera Verde hubiera mentido sobre el paradero de Laris, y dos, que hubiera tenido tiempo de avisarle. Pero, en ambos casos, ¿por que? Para la hechicera, era una simple herramienta, y como habíamos descubierto qué tramaban, ya no le era de utilidad.

En realidad, no creía que la Hechicera Verde hubiera tenido tiempo de prevenir a Laris antes de que Norathar la ultimara. Y, si había mentido sobre su paradero, daba igual. Expliqué mi plan a todos los reunidos en mi oficina, lo cual me llevó media hora. Recalqué algo en particular.

—Si alguno de los presentes cree que le beneficiará advertir a Laris de lo que se avecina, ya puede olvidarlo. Alguien apoyaba a Laris. Esa persona ha muerto. En este momento, sólo tenemos piedras planas, y él sólo tiene redondas. Que nadie intente pasarse de listo.

Rebusqué en el último cajón de la izquierda hasta encontrar un arma adecuada, un estilete de mango delgado y quince centímetros de hoja. Lo guardé en el lado derecho del cinturón. Esperamos otra media hora; después, Shoen y Chimov se levantaron y salieron. Los demás esperamos diez minutos más, y luego nos pusimos en pie.

—Suerte, jefe —dijo Kragar.

—Gracias.

Loiosh voló por encima de nosotros y nos encaminamos hacia Malak Circle. Cawti nos precedía. Bastones y Bichobrillante iban a mi derecha e izquierda, respectivamente, y los demás caminaban delante y detrás.

Llegamos a la plaza y corrimos hacia la calle del Muelle. Casi habíamos llegado a Platería, cuando recibí un mensaje de Shoen

*Hay cuatro fuera, jefe. Dos en la puerta, dos haciendo rondas.*

*De acuerdo. Enviaré refuerzos.*

*Gracias.*

—Narvane y Sonrisas, adelantaos. Shoen dirige la operación, Tenéis cinco minutos para montar el dispositivo.

Salieron corriendo, mientras los demás caminábamos con parsimonia, como si fuéramos de paseo.

*Todo despejado todavía, jefe.*

*De acuerdo.*

Cawti me miró y yo asentí. Seis minutos después, Shoen informó.

*Todo preparado, jefe. Tardaremos entre cinco y noventa segundos, en función de dónde estén los patrulleros.*

*De acuerdo. Esperad.*

Llegamos al punto del Muelle donde se curva, antes del cruce con Una-Garra.

*¿Cómo están dispuestos. Shoen?*

*Si das la orden ahora, unos treinta segundos.*

*Hazlo.*

*De acuerdo.*

Levanté la mano y nos paramos. Conté mentalmente diez segundos, y empezamos a caminar de nuevo, a paso ligero. Rodeamos la curva y el edificio apareció ante nuestra vista. Las únicas personas que vimos eran Shoen y Chimov. A continuación, Narvane apareció a su lado, y después Sonrisas. Nos reunimos con ellos unos segundos más tarde.

Consulté el Reloj Imperial.

—El bloqueo de teleportación ya estará activado. Compruébalo, Narvane.

Cerró los ojos un momento, y luego asintió.

—La puerta —dije.

—Quizá deberíamos llamar antes —sugirió N'aal.

Shoen y Bichobrillante se quedaron junto a la puerta. Intercambiaron una mirada, asintieron y Bichobrillante descargó su maza sobre el mecanismo de la puerta, al tiempo que Shoen la empujaba con el hombro. La puerta se abrió.

—¿No te sentirías estúpido si estuviera cerrada sin pasar la llave? —preguntó N'aal.

—Cierra el pico —repliqué.

Cawti pasó entre los dos antes de que pudiéramos movernos y entró. Se produjo una confusión de movimientos y oí el ruido cuerpos que caían, mientras Bichobrillante, N'aal y Shoen entraban. Loiosh se posó sobre mi hombro al tiempo que Chimov y Sonrisas traspasaban el umbral. Les seguí, con Bastones y Narvane guardándome las espaldas.

Era un almacén enorme y vacío, con dos cuerpos en el suelo. A ambos sobresalían cuchillos. Vimos la escalera al instante y subimos. No vimos a nadie. Dejé a N'aal y

Sonrisas en el rellano del tercer piso, mientras los demás continuábamos la ascensión.

Desembocamos en una sala grande y vacía. A un metro y medio de distancia vimos tres habitaciones, una a la derecha, una delante, y otra a la izquierda. Despachos, supuse.

Cuando avanzamos, tres jheregs salieron de la habitación de la derecha. Se quedaron boquiabiertos. Bastones saltó hacia dos, seguido a unos pasos por Bichobrillante, que aún sujetaba la maza y sonreía como un idiota. Bastones tenía sus bastones. Tardaron unos tres segundos.

Después, envié a Bichobrillante y Shoen a la derecha. Estaba a punto de ordenar a Chimov y Narvane que abrieran la puerta de enfrente, cuando oí:

—¿Qué significa este escándalo, caballeros?

Procedía de la habitación de la izquierda. Reconocí la voz de Laris.

Narvane y yo nos miramos. Estaba delante de la puerta; los demás nos colocamos detrás. Narvane levantó la mano y la puerta se abrió.

Era una habitación pequeña, con ocho o nueve sillas almohadilladas y dos escritorios. Uno de los escritorios estaba vacío; Laris se encontraba detrás del otro. Había otros cuatro jheregs en la habitación.

Por un instante, nadie se movió. Entonces, Laris se volvió hacia uno.

—Teleportación —ordenó.

Nos limitamos a esperar.

—Hay un bloqueo —explicó el jhereg al que había hablado. Cawti entró en el despacho. Los jheregs continuaron inmóviles. Bastones entró con sus dos garrotes, y después Bichobrillante con su maza. Luego, los demás.

Laris y yo nos miramos, pero ninguno habló. ¿Qué había que decir? Miré a sus protectores, la mayoría con las armas medio desenvainadas. Dije a mis muchachos que se apartaran. Dejamos un camino libre a la puerta. Bastones levantó sus armas, miró a los protectores y carraspeo.

—No tiene futuro, caballeros —dijo.

Miraron la horda que formábamos. Después, uno a uno, se fueron levantando y fueron levantando. Extendieron las manos, lejos de sus cuerpos. Uno a uno, sin mirar a Laris, fueron saliendo.

—Todos vosotros, excepto Cawti, acompañadles hasta la salida del edificio —ordené.

Desenvainé la hoja que había elegido.

Cuando estuvimos solos con Laris, cerré la puerta con el pie.

—Es tuyo, Vladimir —dijo Cawti.

Fui rápido. Laris no dijo ni una palabra.

Una hora más tarde estaba mirando a Alier, boquiabierto.

—¿Qué has hecho?

—La revivifiqué —dijo, y me miró con aire perplejo, como diciendo: «¿Por qué te parece raro?».

Yo estaba sentado en la biblioteca del Castillo Negro, con Morrolan, Cawti, Norathar y Sethra. Aliera estaba recostada, pálida pero con aspecto saludable.

Farfullé como si estuviera cocido de klava, y logré articular por fin.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —contestó Aliera—. La matamos, ¿verdad? Ya fue suficiente humillación. Además, la emperatriz es amiga suya.

—Ah, fantástico. O sea que ahora...

—Ya no hará nada, Vlad. No puede hacer nada. Cuando la revivificamos, realizamos una sonda mental y anotamos los detalles de todos los complots en que ha estado implicada, y le dimos una copia para que supiera que lo sabemos. —Sonrió—. Algunos eran muy interesantes.

Suspiré.

—Bien, a tu aire, pero si una mañana despierto muerto, vendré a quejarme.

*Así se habla, jefe.*

*Cierra el pico, Loiosh.*

—Creo que hiciste lo correcto, Aliera —dijo Norathar, ante mi asombro.

—Yo también —coreó Sethra.

Me volví hacia esta última.

—¿De veras? Dinos qué hiciste a Sethra la Menor.

—La Casa del Dragón ha decidido que Sethra la Menor nunca será emperatriz o Señor de la Guerra, ni ninguno de sus herederos.

—Um —dije—. Pero ¿qué le hiciste?

Me dedicó una semisonrisa soñadora.

—Creo que encontré un castigo apropiado para ella. La obligué a explicarme todo el asunto, y después...

—De acuerdo. ¿Qué dijo?

—Nada sorprendente. Deseaba conquistar Oriente, y se quejó a la Hechicera Verde, que era amiga suya, de que cuando lord K'laiyer fuera emperador, no autorizada la invasión de Oriente. La hechicera fraguó un plan para lograr que Adron se convirtiera en heredero del dragón, porque sabían que Adron nombrada Señor de la Guerra a Baritt, y Baritt apoyaba la idea de la invasión. Baritt accedió, sobre todo porque pensaba que Adron sería un emperador mejor que K'laiyer... Lo siento, Norathar.

Norathar se encogió de hombros. Sethra continuó.

—Después del Desastre de Adron, dejaron reposar las cosas. Cuando Zerika ocupó el trono y el plan se puso en marcha de nuevo, se demostró que Morrolan era el heredero. Dispusieron que Sethra la Menor se hiciera amiga de Morrolan y

descubrieron que no se opondría a la invasión, de modo que se tranquilizaron. Cuando Miera apareció de la nada y se convirtió en heredera, volvieron al trabajo. Adoptaron la idea de desacreditar a Miera y Morrolan, utilizando tu amistad como Vlad. Ya conocían a Laris, porque se había ocupado de parte del trabajo sucio del análisis genético. Cuando Baritt se negó a colaborar, ordenaron a Laris que le asesinara. Después utilizaron el crimen como amenaza para que Laris te atacara. Por lo visto, estaba muy ansioso por apoderarse de tu territorio, Vlad, pero tuvieron que convencerle para que no te matara enseguida. Le dijeron que podría hacerlo cuando sus planes se consumaran. Ya sabes el resto, creo.

Asentí.

—De acuerdo. En cuanto a Sethra la Menor...

—Ah, sí. Pedí a la Nigromántica que la trasladara a otro Plano. Similar a Dragaera, pero allí el tiempo transcurre a una velocidad diferente.

—¿Está encerrada?

Se me antojó bastante cruel; mejor matarla. Además, no estaba tan disgustado con ella como con la Hechicera Verde.

—No —dijo Sethra—. Podrá volver cuando haya terminado su tarea. No tardará más de una semana de nuestro tiempo.

—¿Tarea?

—Sí. —Una vez más, Sethra exhibió su sonrisa soñadora—. La puse en el desierto, con mucha comida, agua, techo y un palo. La obligué a escribir «No me entrometeré en el Consejo del Dragón» en la arena, ochenta y tres mil quinientas veintidós veces.

Imaginaos un anciano, oriental, de casi setenta años, una edad muy impresionante para nuestra raza. Está en buena forma para su edad. Es pobre, pero no indigente. Ha criado una familia en mitad del Imperio Dragaerano, y lo ha hecho bien. Ha enterrado (una expresión oriental para «sobrevivido»; ignoro por qué a una esposa, una hermana, una hija y dos hijos. El único superviviente varón es un nieto, que cada pocas semanas está a punto de ser asesinado.

Está casi completamente calvo, con un solo mechón de cabello blanco. Es un hombre gordo, corpulento, pero sus dedos son aún lo bastante veloces con el espadín para dar trabajo a un hombre más joven, y para sacudir de encima la hechicería a cualquier dragaerano incapaz de comprender la esgrima al estilo oriental.

Vive en el ghetto oriental, en la parte sur de Adrilankha. Se gana la vida como brujo, porque se niega a permitir que su nieto le mantenga. Se preocupa por su nieto, pero no lo demuestra. Le ayuda, pero no vive de sus hijos, y no vive por ellos. Cuando uno de sus hijos intentó convertirse en un dragaerano de imitación, se entristeció, convencido de que su hijo estaba condenado a la decepción, pero jamás pronunció una palabra de crítica.

Fui a ver a este viejo caballero el día después de la muerte de Laris. Caminar entre

las inmundicias de la calle me dio ganas de vomitar, pero las disimulé. En cualquier caso, todos sabemos que los orientales son inmundos, ¿verdad? Fijaos en cómo viven. Da igual que no sepan utilizar la hechicería para mantener limpios sus barrios, como hacen los dragaeranos. Si quieren utilizar la hechicería, pueden convertirse en ciudadanos del Imperio mediante el expediente de trasladarse al campo y convertirse en tecklas, o comprando títulos de la Casa Jherreg. ¿No quieren ser siervos? Son tozudos, ¿verdad? ¿No tienen el dinero para comprar títulos? ¡Claro que no! ¿Quién les daría un buen empleo, con lo sucios que van?

Intenté que la mierda no me molestara, y Cawti también, pero vi la tensión en sus ojos y la noté en su paso decidido. Tendría que haberme complacido volver allí: chico oriental triunfador pasea por su antiguo barrio. Tendría, pero no era así. Me sentía fatal.

No había ningún letrero encima de la tienda de mi abuelo, y nada en el escaparate. Toda la gente del barrio sabía quién era y lo que hacía, y los demás le eran indiferentes. Los dragaeranos habían dejado de utilizar la brujería cuando el Interregnum terminó, y la hechicería volvió a funcionar.

Cuando pasé bajo la entrada (no había puerta), mi cabeza rozó un juego de campanillas, que se pusieron a tintinear. Me daba la espalda, pero vi que estaba fabricando velas. Se volvió y una sonrisa casi desdentada iluminó su cara.

—¡Vladimir! —exclamó.

Me miró, sonrió a Cawti y volvió a mirarme. Nos podíamos comunicar psiónicamente (él me había enseñado la técnica), pero se negaba a hacerlo a menos que fuera necesario. Consideraba la comunicación psiónica algo demasiado precioso para utilizarse con frivolidad, pese a que, como era su costumbre, nunca me criticaba por usarla a mi manera. Por lo tanto, nos desplazábamos cuando queríamos hablar. Como debíamos atravesar zonas donde caminar sólo era peligroso para los orientales, y como se negaba a ser teleportado, casi nunca abandonaba su zona.

—Vladimir —repitió—. ¿Quién es ésta?

Loish voló hacia el viejo, como si la pregunta se refiriera a él, y aceptó complacido que le rascara el cuello.

—Noish-pa —dije—. Me gustaría presentarte a Cawti.

Ella le dedicó una reverencia, que satisfizo mucho al anciano.

—Cawti —repitió—. ¿Tienes algún patronímico?

—Ya no —contestó ella.

Se mordió el labio. Algún día le preguntaría qué significaba, pero ahora no.

El abuelo le dedicó una sonrisa cordial, luego me miró, con los ojos algo centelleantes, y enarcó una ceja blanca.

—Nos gustaría casarnos —dije—. Queremos tu bendición.

Avanzó y la abrazó, y la besó en ambas mejillas. Después, me abrazó. Cuando nos

apartamos, vi lágrimas en sus ojos.

—Me alegro por ti —dijo.

Luego frunció el entrecejo, apenas un momento, pero yo sabía cuál era su pregunta.

—Lo sabe —dije—. Trabaja en lo mismo que yo.

Suspiró.

—Oh, Vladimir, Vladimir. Ve con cuidado.

—Lo haré, Noish-pa. Las cosas me van mejor. Casi lo perdí todo hace poco, pero ahora todo va bien.

—Estupendo. ¿Cómo estuviste a punto de perderlo todo? Eso no es bueno.

—Lo sé, Noish-pa. Por un momento, las sombras me distrajeron y no pude ver el objetivo.

Asintió.

—Entrad, comed algo.

—Gracias, Noish-pa.

—Gracias..., Noish-pa —dijo Cawti con timidez (creo que fue la única vez en su vida que se sintió tímida por algo).

Y la sonrisa del abuelo se hizo aún más amplia cuando nos condujo hacia el interior.

Al día siguiente me trasladé a la oficina de Laris y puse en marcha los negocios. Me encontré con Toronnan y hablé de controlar la zona que Laris había dirigido..., pero ésa es otra historia. Además, mientras pronuncio estas palabras, aún no sé cómo saldrá, de modo que será mejor callar. Aún espero noticias sobre Wym y Mirafn, y he ofrecido dinero por sus cabezas, de manera que espero verles pronto..., en cierto sentido.

El mismo día que me trasladé a la antigua oficina de Laris, tuve por fin la oportunidad de cocinar para Cawti. Debo decir que me superé: ganso con pimienta roja oriental, albóndigas de kethna al estilo Valabar, con crema de anís..., pero no creo que esto os interese.

No obstante, diré que, mientras cocinaba, topé con una cebolla que tenía un punto malo en un lado. Eliminé el punto, y el resto de la cebolla estaba en perfectas condiciones.

A veces, la vida es así.